



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA**  
**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES**  
**ESCUELA DE HISTORIA**

**Historiografía y política en el Reino Unido.  
La disputa ideológica entre las Historias de Grecia de W.  
Mitford y G. Grote**

**Luis Eduardo Fierro**

**Trabajo Final presentado para optar al título de  
Licenciado en Historia**

**Director: Álvaro Matías Moreno Leoni**

**Fecha de aprobación: 18 de mayo de 2018  
Córdoba, Argentina**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional

<https://rdu.unc.edu.ar/>

**Universidad Nacional de Córdoba**  
**Escuela de Historia**  
**Cátedra de Historia Antigua**

**Historiografía y política en el Reino Unido.**  
**La disputa ideológica entre las *Historias de Grecia* de**  
**W. Mitford y G. Grote**

**Tesis de Licenciatura**

**Autor:**  
**Luis E. Fierro**

19 de Febrero de 2018

A mi padre: el Dr. Carlos Alberto Fierro Villada.

*In Memoriam*

Quiero expresar mi mayor gratitud por la ayuda que prestaron para la culminación de este trabajo, en especial a mi madre Elena Rusiñol Christensen, ya que sin su apoyo de todo tipo, esto hubiera sido imposible.

A mi hijo Francisco, principal y poderoso motivo por el cual llegué a la culminación del mismo.

También a la Dra. Cecilia Ames y a todo el personal de la Cátedra de Historia Antigua de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Córdoba, por su desinteresada ayuda y constante apoyo.

Por último, quiero mencionar especialmente al Dr. Álvaro Moreno Leoni, de quien sin su capacidad y experticia como Director de esta Tesis de Licenciatura, hubiera sido imposible su concreción.

## **Índice:**

Introducción.....	5
Capítulo 1: Breve contexto intelectual y biográfico de los autores.....	22
Capítulo 2: Revoluciones y revueltas. Entre la Antigüedad y el mundo moderno.....	37
Capítulo 3: Mitford y el Terror Jacobino.....	52
Capítulo 4: Grote y las revoluciones burguesas.....	68
Capítulo 5: Política e historiografía: La apropiación y el uso de la historia antigua...	85
Conclusión:.....	101
Bibliografía:.....	105
Fuentes:.....	109

“Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación”.

Charles Dickens

“...llegó el día en que, para hablar del lejano pasado griego, algunos de nosotros decidimos basarnos en el presente...”

Nicole Loraux

## Introducción

En el prefacio del *Hellas*, su drama lírico sobre la restauración de la libertad griega, Percy Shelly afirma sin tapujos: “Todos somos griegos” (*We are all Greeks*),<sup>1</sup> algo que deja bien en claro en qué dirección marchaba, por lo menos, dentro del ambiente cultural, la elite intelectual británica a principios del siglo XIX. Esta vertiente del pensamiento nos queda aún más clara si le sumamos la frase de John Stuart Mill: “La batalla de Maratón, incluso como un acontecimiento en la historia inglesa, es más importante que la batalla de Hastings” (*The battle of Marathon, even as an event in English history, is more important than the battle of Hastings*).<sup>2</sup> Así, lo que posteriormente se va a llamar filohelenismo en la década del treinta de ese siglo, no va a ser una novedad, pues esto era ya parte de un largo y complejo proceso iniciado con la Revolución Inglesa, la instauración definitiva de la Iglesia de Inglaterra y la conformación del partido whig, todo esto dado en un periodo donde en la reflexión política y la búsqueda de ejemplos históricos “largamente se favorecía a Esparta en detrimento de una ‘democrática’ Atenas”,<sup>3</sup> presentada como ejemplo de corrupción y desequilibrio político, antes de las revoluciones americana y francesa. Incluso, los reformistas radicales ignoraron a Atenas, pero a partir de 1774 la democracia ateniense se convertiría, más que en una fragua, en el abrevadero donde los políticos americanos primero, los reformistas radicales británicos después y, por último, los revolucionarios franceses, acudirían para saciar su necesidad de darle un contexto ancestral a sus pretensiones libertarias, pero, sobre todo, democráticas.

Además, desde fines del siglo XVIII y durante todo el XIX la cuestión de cómo controlar a la población, y evitar movimientos revolucionarios, fue una preocupación central para la clase gobernante británica. Esta inquietud puede advertirse durante el largo periodo comprendido entre 1774 y 1917, entre el llamado Motín del Té en Boston (1773-74), que puso en jaque al imperio comercial británico, y las huelgas revolucionarias de 1916, que paralizaron la industria bélica en medio de la Primera Guerra Mundial.<sup>4</sup> La historiografía británica no se mantuvo ajena a esta convulsión política, que está enmarcada, a su vez, en el complejo proceso histórico de desarrollo y consolidación del Estado Nación y de las profundas transformaciones sociales de la Revolución Industrial.

Estos problemas van a hallar una sofisticada formulación intelectual, paradójicamente, en la historiografía sobre la Grecia clásica. En esa área del conocimiento, que aún no se conformaba en Inglaterra como un campo de estudios profesional, aparecieron dos obras monumentales. William Mitford (1744-1827), un miembro del ala tory más extrema del Parlamento, publicó los diez volúmenes de su

---

<sup>1</sup> Shelley, P., B., *Hellas*, Charles and James Ollier, Vere Street, Londres, 1822, p. 8.

<sup>2</sup> Citado en: Hartog H., “*The Mirror of Herodotus: The Representation of the Other in the Writing of history*” University of California Press, Los Angeles, 1988, p. 20.

<sup>3</sup> Turner, F. M., *Antiquity in Victorian Contexts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, p. 192.

<sup>4</sup> Thompson E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing Libros S.L., Madrid, 1963, p. 224.

*The History of Greece* entre 1784 y 1810, mientras que, por su parte, entre 1846 y 1856, George Grote (1794-1871), un partidario radical y reformista del partido whig, publicó su *A History of Greece* en doce volúmenes. Ambos autores, supieron leer la problemática sociopolítica de su tiempo, propusieron respuestas propias y apelaron, para ello, a la reflexión sobre la experiencia histórica griega, apropiándose del pasado en función del presente.

Desde fines del siglo XVIII hubo, en efecto, un movimiento intelectual que recurrió a la Antigüedad clásica, como sucedió, por ejemplo, en las colonias americanas, los actuales Estados Unidos de Norteamérica, o en Francia, durante la Revolución, cuando la Asamblea reivindicó vehementemente ser la restauradora de la República Romana, una idea reducida al absurdo en la Ciudad Antigua del historiador francés Numa Fustel de Coulanges (1830-1889).<sup>5</sup> Pero también, en el caso alemán, el resurgimiento de Prusia como motor de la unificación política condujo, por ejemplo, a historiadores como Johann G. Droysen (1833) a hacer un aporte intelectual significativo para legitimar este proceso en marcha mediante el recurso del ascenso de Macedonia y las conquistas de Alejandro.

En el caso británico, entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del XIX se experimentó un notable interés por el estudio de la historia griega clásica. Los antecedentes de esta fascinación están en el intenso movimiento cultural del Renacimiento y en la recuperación del legado grecorromano en las islas. Desde los humanistas italianos hasta los ingleses, “hubo un completo acuerdo sobre que los clásicos servían para instruir a los jóvenes en todo lo que hiciera falta para gobernar”.<sup>6</sup> Aunque se leía intensamente a autores griegos y latinos, lo que queda claro en la impronta dejada por Edward Gibbon (1776-1788), la reforma religiosa de los siglos XVI y XVII ya había orientado a las universidades inglesas a privilegiar el estudio del griego. Sin embargo, fue un suceso histórico a fines del siglo XVIII el que actuó como un estímulo notable para la aceleración de la tendencia a vincular historia con política: la Revolución Francesa, que impresionó notablemente a la sociedad inglesa de su tiempo.

La Antigüedad clásica había influido decididamente en el imaginario revolucionario moderno: “*No pretendemos en absoluto verter la República Francesa en el molde de Esparta*” supo reprocharle Camille Desmoulins a Robespierre en el fragor del debate.<sup>7</sup> Aunque la era de las revoluciones (1774-1848) provocó profundas transformaciones en la política, la sociedad, la economía y la cultura británica, los problemas de la “revolución” y las perspectivas expuestas por los autores sobre el mantenimiento del orden no han recibido un tratamiento sistemático en el caso de las obras de Mitford y Grote.

En ese sentido, mi hipótesis principal es que en ambas narraciones históricas existe una preocupación especial por el fenómeno revolucionario y que, tanto Mitford como

---

<sup>5</sup> Vidal-Naquet, P., *La Democracia Griega, Una Nueva Visión, Ensayos de Historiografía Nueva y Moderna*, Akal Universitaria, Madrid, 1990, p. 176-177.

<sup>6</sup> Levine, J., *The Battle of the Books. History and Literature in the Augustan Age*, Cornell University Press, Ithaca-Londres, 1994 (1991), p. 5.

<sup>7</sup> Vidal-Naquet, P., *La Democracia Griega...*, Op. Cit., p.196.

Grote, no ven problemas en aplicar el concepto moderno de revolución a la historia griega, despreocupándose incluso por la exactitud de los hechos narrados, así como también por los problemas de una interpretación anacrónica, y buscan contribuir, en cambio, al debate político contemporáneo usando la historia antigua griega. Mitford se va a ver sobrepasado por los movimientos revolucionarios que le va a tocar vivir en su época, algo que se va a encargar de dejar en claro en sus escritos, mientras que Grote va a analizar las crisis políticas de la antigüedad y las revoluciones que arrasaron con el *Ancien Régime* en la Europa de su tiempo, como elementos de un mismo proceso político. Todo esto se va a dar dentro de un marco temporal específico para ambos autores. Por lo tanto, se deberá dejar en claro que el concepto de revolución, va ser abordado de distinta manera por cada uno de los autores.

Hemos observado que el estudio de ambos historiadores como agentes sociales, que producen discursos dentro de una visión estratégico-conflictiva, y que generan una puja por el control del sentido del discurso acorde con los lugares (sociales) desde los cuales escriben, resulta clave para entender los matices interpretativos de la historia griega y el conflicto en cada una de las obras. A su vez, el aspecto discursivo-narrativo, nos ha permitido detectar la construcción del enunciador y, sobre todo, lo que ha resultado particularmente interesante: las estrategias dirigidas a lograr la aceptación social de la obra por un lector modelo, a través de criterios de verosimilitud y aceptabilidad construidos en el texto por el enunciador, sobre la base de la gestión de su competencia.<sup>8</sup>

A fines del siglo XVIII la historia como pensamiento ejemplar estaba en crisis. La experiencia de los antiguos no marca ya el horizonte de expectativas de los modernos y el modelo de la *historia magistra vitae* está siendo abandonado en favor del historicismo.<sup>9</sup> Algunos de los rasgos de aquel modelo son claramente reconocibles en la obra de Mitford, y un poco más tenuemente en la de Grote porque ambas obras son productos distintos de una etapa intelectual de desarrollo de la conciencia histórica. Aunque escindidos por la experiencia histórica, por la distancia experiencia-presente, algunos eventos antiguos siguen siendo comparados con eventos modernos (aunque no directamente asociados). Ambos autores se encuentran cronológicamente ubicados, por lo tanto, en el periodo denominado por Koselleck (1977) *Sattelzeit* o bisagra<sup>10</sup> (1750-1850), tras el cual se modifica decisivamente el modo de comprender el tiempo.

En mi opinión, es necesaria una comparación atenta a los momentos históricos y a los contextos político-intelectuales de escritura de estas dos obras, lo que constituye además un objeto de estudio interesante y relevante. En efecto, como ha sido indagado por Momigliano, la adhesión al liberalismo permea la escritura de la historia por Grote, lo que lo lleva a indagar hasta lo profundo del alma griega clásica para tratar de hallar los orígenes de la libertad de expresión, de la tolerancia y del compromiso político.<sup>11</sup> Mitford, por su parte, intentará recurrir a todas y cada una de las virtudes morales que

---

<sup>8</sup> Costa, R. y Mozejko, D., *El discurso como práctica*, Homo Sapiens, Rosario, 2001, p. 91.

<sup>9</sup> Koselleck, R., *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona, 1977, p. 77.

<sup>10</sup> La traducción correcta es "Silla de montar" o "Montura".

<sup>11</sup> Momigliano, A., *George Grote and the Study of Greek History*, University Press, Londres, 1952, p. 28.

podían contribuir a formar a un buen súbdito británico, lo que lo llevará a centrar su mirada en Esparta y su constitución mixta como generadora de buenos ciudadanos.

Para todo esto vamos a necesitar ubicar a ambos historiadores como agentes sociales, productores de discursos, acorde con los lugares sociales desde los cuales escriben, junto a sus estrategias dirigidas a lograr la aceptación social de la obra por un lector que pertenece a un cuerpo específico de la sociedad, el cual, de la misma manera en que lo están los autores, se encuentran dentro de un profundo proceso de cambio que va a modificar la sociedad y la manera en que se va a comenzar a escribir la historia<sup>12</sup>.

Los liberales y conservadores encontrarán en Mitford y en Grote a unos políticos e intelectuales preocupados por una lectura del pasado en función de su propio tiempo. Conspicuos parlamentarios e historiadores, focalizaron en los problemas presentes de Gran Bretaña, cuyas estructuras de control social habían sido sacudidas por la pérdida de las colonias americanas, pero, sobre todo, por la Revolución Francesa, hechos que habían propiciado ciertas restricciones a las libertades individuales, con reformas que modificarían la estructura social del Imperio Británico.<sup>13</sup> Con 36 años de distancia, aparecen, pues, dos visiones de la historia de Grecia y de su significado para el presente británico, que parten de perspectivas políticas muy distintas. Mitford presentó una postura pro-monárquica, con una visión histórica estática en la que se defendía el orden establecido mediante un estricto control social; Grote, por su parte, desde una visión más radical y democrática dentro del partido whig, va a intentar rescatar el valor de los principios dinámicos de la política y de las sociedades griegas, apelando a una visión que percibía el cambio constante y la evolución como rasgos positivos de toda sociedad política.

Mitford, autor contemporáneo del proceso revolucionario, advierte en su obra hasta qué punto la Revolución Francesa había producido una serie de cambios en la situación política inglesa, ya que muchas de las libertades de los súbditos británicos habían sido revisadas. Grote, por su parte, nace durante las guerras napoleónicas y es testigo, en cambio, de la “reconstrucción” de una Europa que preserva el recuerdo del “terror revolucionario”. Por lo tanto, se trata de dos momentos históricos distintos y con dos perspectivas políticas diferentes, que condujeron a estudios sobre la Grecia clásica marcadamente opuestos. Mitford escogerá centrarse en una Esparta estable, política y militarmente, que verá prevalecer sobre las demás poleis griegas por su superioridad moral, mientras que Grote recurrirá al ejemplo de la Atenas clásica de la edad de oro, centro de un vasto imperio comercial con una democracia pujante y un influjo cultural avasallador. Ambos advertirán, sin embargo, puntos de ruptura en sus mundos clásicos: Mitford culpará al “despotismo de la clase pobre”, diseminado desde Atenas, que actuará de forma corrosiva hasta erosionar incluso, las firmes bases político-sociales de Esparta. Grote, por su parte, vinculará la decadencia griega a la pérdida del poder ateniense durante la Guerra del Peloponeso que abrirá paso a Filipo II. Ambos coincidirán, sin embargo, cada uno con sus matices, en que la experiencia griega, tras una elipsis temporal de casi 2000 años, era finalmente continuada por la Gran Bretaña

---

<sup>12</sup> Para ello la perspectivas de Costa y Mozejko (ver cita bibliográfica) ha sido muy útil.

<sup>13</sup> Polanyi, K., *La gran Transformación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 126.

contemporánea, que, como reina de los mares, con un imperio militar y cultural equivalente al de los griegos de la Antigüedad, era con justicia su legítima heredera.

El meollo del problema era político, pues, a mediados del siglo XIX la democracia ateniense no era vista por los intelectuales como un ejemplo digno de ser seguido.<sup>14</sup> En efecto, antes de la Revolución francesa, se admiraba más los logros artísticos de Atenas que su desarrollo político democrático. En rigor, los antecedentes intelectuales de la reivindicación de la democracia ateniense, y de la idea de libertad asociada a la misma, pueden rastrearse en la traducción en 1674 del oscuro tratado antiguo de Longino titulado *Sobre lo Sublime*, que en su último capítulo exponía una antigua teoría sobre la creatividad artística como una consecuencia directa de la libertad política.<sup>15</sup> Pero tras los “problemas en Francia”, como denomina Mitford a la Revolución Francesa, a la democracia ateniense se la sometió nuevamente a una dura crítica.

Mitford embiste directamente contra ella en su obra con referencias claras a la política de su tiempo. Aparte de analizar con dureza el gobierno de los Treinta Tiranos (403 a.C.), donde convierte a Critias en un símbolo de todo lo malo que puede generar la democracia, en el volumen III de su obra hace una ejemplificadora comparación entre la política francesa y británica a través del cristal de la democracia ateniense, y la Esparta de Licurgo a quien ensalza a lo largo de su obra como uno de los políticos más importantes de la Grecia antigua, afirmando que “una historia de Grecia perfectamente escrita, puede ser una institución para todas las naciones.”<sup>16</sup> Sin embargo, Grote y uno de sus contemporáneos, John Stuart Mill, a pesar del terror revolucionario en Francia, se preocuparon por rescatar a la democracia griega para la historiografía victoriana. La obra de Grote, en ese sentido, está inmersa en un profundo espíritu progresista que lo llevará a presentar a sus contemporáneos la Grecia de Pericles y de Demóstenes como la cuna del liberalismo político, que por aquel tiempo llegaba ya a su madurez en Gran Bretaña de la mano del desarrollo industrial capitalista.

Las dos obras que hemos escogido tuvieron una influencia notable en el campo de la historiografía. Sin ser obras académicas, fueron los primeros estudios británicos sistemáticos sobre la historia de Grecia, además, influyeron de forma directa en la formación de varias generaciones de líderes políticos británicos, como, William Gladstone, David Lloyd George y Winston Churchill, durante cuyos gobiernos se produjeron profundas reformas sociales. El final del siglo XVIII trae aparejado en Gran Bretaña, el acceso del partido tory al gobierno, después de un largo periodo llamado la supremacía whig, lo que va a traer aparejado, un enfrentamiento no solo en el campo político, sino también en el campo intelectual y académico. Para entender este proceso, y antes de enfocarnos en el aspecto político propio de esta época de cambio, tenemos que echar una mirada a una serie de aspectos que tienen que ver más con la faz intelectual y cultural que se estaba dando en Inglaterra desde hacía más de un siglo, de

---

<sup>14</sup> Tolbert Roberts, J., *Athens on Trial. The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

<sup>15</sup> Murray, O., “The Western Futures of Ancient History” (pp. 385-399), en Lianeri A. (ed.), *Knowing Future Time in and through Greek Historiography*, Walter de Gruyter, Berlín, 2016, p. 387.

<sup>16</sup> Mitford, W., *The History of Greece*, Vol. III, T. Cladell, Londres, 1829, pp. 462, 463, 464.

la mano con el cambio dinástico que va a venir acompañado con el declive y la pérdida de poder de la monarquía en Gran Bretaña.

Para comprender las diferencias entre las obras de ambos autores, deberemos, por lo tanto, contextualizar su construcción como agentes sociales. Estableceré quiénes eran Mitford y Grote, qué intereses representaban y qué correspondencia política tenían, y además, las diferencias sustanciales que pudiéramos señalar, por otro lado: al ser la revolución un condicionante intelectual al momento de escribir sus obras, va a ser necesario que echemos una mirada a cómo contextualizan la revolución los autores en la antigüedad y qué referencias se tenían de las revoluciones en su propio tiempo, para poder analizar cómo abordaron el tema y desde qué perspectiva ideológica lo realizaron.

En este trabajo voy a poner énfasis en la revolución política como motor de cambio, de manera violenta como lo es para Mitford, o como el devenir propio de la evolución social como lo es para Grote. Cada una de las obras hace referencia al tiempo en que les tocó vivir a los autores, una estructura social que se caía a pedazos en medio del frenesí revolucionario como ocurre en el caso de Mitford, y una sociedad que se estaba construyendo sobre nuevos paradigmas como es el caso de Grote. Por último, indagaremos cómo fueron utilizadas políticamente dichas obras, cuál fue la trascendencia intelectual y política de cada una de ellas, cómo influyeron en su período y en las generaciones posteriores, a la vez de indagar en qué situación se encuentran en la actualidad, sobre todo dentro del campo intelectual.

### **La importancia de Mitford y Grote para la historiografía moderna.**

Hasta ya entrada la era victoriana, la Antigüedad griega clásica fue percibida por los historiadores y pensadores políticos como una época que tenía un vínculo especial con sus presentes. Los historiadores acudían a la misma y la construían como el primer eslabón de su historia, reconociendo en ella tanto el nacimiento de la experiencia histórica europea como de la forma de pensamiento europeo occidental.<sup>17</sup> Se ha observado, sin embargo, que la aproximación al pasado clásico no era ni indiscriminada ni carecía de orientación. A partir del liberalismo decimonónico se formó cierto consenso en torno a que era Atenas, y no Esparta, la pólis griega que podía proporcionar un modelo para el presente.<sup>18</sup> El estudio de la democracia en Grecia y cómo era esta vista durante la era victoriana, ha sido un tópico de interés para el historiador Domingo Plácido, siendo uno de los principales estudios en español que existen del tema. En los últimos años, el interés por entender la lógica intelectual y política de apropiación y uso de la historia de la antigua Grecia en el Reino Unido durante los siglos XVIII y XIX, en particular, durante la época victoriana, se ha incrementado considerablemente.<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> Lianeri, A., “Unfounding times: The idea and ideal of ancient history in Western historical thought” (pp. 3-30), en Lianeri, A. (ed.), *The Western Time of Ancient History. Historiographical Encounters with the Greek and Roman Pasts*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, p. 5-6.

<sup>18</sup> Fornis, C., “La Esparta ilustrada”, en *Quaderni di Storia* N° 76, 2012, p. 33.

<sup>19</sup> Turner, F. M., *The Greek Heritage in Victorian Britain*, Yale University Press, New Haven, 1984.

Aunque no se ha tratado específicamente el tema de la revolución, la obra de Grote como intelectual y político, ha sido en el presente objeto de una intensa reapreciación, como muestra la aparición de un *Companion* específico de Brill, editado por K. Demetriou autor que además se encuentra actualmente trabajando en una nueva biografía intelectual de Grote. La obra de Mitford, en cambio, no ha recibido la misma atención. El aspecto más importante ha sido quizá el de su relación con la obra de Grote<sup>20</sup>. Al respecto, se ha puesto el acento específicamente en que su obra fue una respuesta historiográfica (e ideológica) a la de Mitford, con el claro objetivo de disminuir la impronta conservadora que este ejercía sobre la elite gobernante victoriana.<sup>21</sup> También se ha advertido el foco diferente de los autores en la conceptualización de la participación popular en la política ateniense, como espejo de la participación política en el Reino Unido, y su interpretación diametralmente opuesta de las consecuencias del fenómeno.<sup>22</sup>

A esta aproximación políticamente orientada, no se le ha escapado el hecho de que tanto Mitford como, en menor medida, Grote, no eran historiadores “profesionales”. En ese sentido, Turner ha mostrado que recién cuando el estudio de los clásicos se profesionalizó en Gran Bretaña, a fines de la época victoriana, su uso fue perdiendo importancia desde un punto de vista político o, al menos, fue marginado de manera paulatina dentro del debate político-intelectual contemporáneo. Ello no ocurrió de manera drástica, pues aún se discutió durante décadas acerca del valor formativo de los clásicos para las administraciones coloniales. Sin embargo, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, la historia antigua clásica había adoptado finalmente el formato de una disciplina académica con departamentos universitarios o institutos, seminarios de investigación, grados doctorales, revistas especializadas y cátedras de profesores.<sup>23</sup> Francis Cornford, a principios del siglo XX, había dado por cerrada la discusión, en ese sentido, al sostener que los estudios clásicos en Gran Bretaña distaban mucho de lo que eran en 1875: “Los antiguos clásicos se parecen al universo. Siempre están ahí y son, en gran medida, los mismos de siempre. Pero a medida que la filosofía de una nueva era desarrolla su construcción del universo, los estudios clásicos encuentran un objeto perenne siempre fresco y original para su interpretación”.<sup>24</sup>

Además de algunos estudios marginales, *The History of Greece* de Mitford ha quedado ligada intrínsecamente, pues, a la obra de Grote, en tanto ayuda a explicar su aparición como una respuesta de esta a aquella o, incluso, como un ejemplo de una rara aproximación a posturas antidemocráticas. Aparte de esto, prácticamente no encontramos estudios al respecto, lo que nos lleva a incorporar al nuestro un análisis

---

<sup>20</sup> Demetriou, K. N., *Brill's Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.

<sup>21</sup> Briant, P., “Grote on Alexander the Great”, en Demetriou, K. N. (ed.), *Brill's Companion to George Grote and the Classical Reception*, Ed. Brill, Leiden, Boston, 2014, p. 351.

<sup>22</sup> Paíaro, D., “Entre el ‘gobierno de la muchedumbre’ y la ‘dictadura del proletariado’”. La historiografía de la democracia ateniense frente al espejo de la revolución”, en Moreno Leoni, A. y Moreno, A. (eds.), *Historiografía moderna y mundo antiguo (1850-1970)*, La Tinta Libre, Córdoba, 2018, pp. 93-134.

<sup>23</sup> Clark, W., *Academic Charisma and the Origins of Research University*, The University of Chicago Press, Chicago, 2006.

<sup>24</sup> Turner, F. M., “Antiquity in Victorian...”, Op. Cit., p. 6

específico de la obra, en cuanto al contenido y a la estructura, lo que resulta central para poder asir las intenciones políticas del autor.

En cuanto a Grote, los trabajos específicos son más abundantes. Se ha investigado su influencia como “radical liberal” en la construcción de lo que N. Loraux y P. Vidal Naquet han llamado una “Atenas burguesa.” L. Sancho Rocher ha explorado, por su parte, las raíces intelectuales de su visión liberal de la historia.<sup>25</sup> Pero es de suma importancia la compilación que ha realizado recientemente Kyriacos Demetriou, donde podemos encontrar un análisis del carácter de la democracia ateniense realizado por James Kierstead<sup>26</sup>, la influencia benthamita dentro del movimiento político en el que se encontraba el historiador victoriano escrita por Antis Loizides<sup>27</sup>, y la visión de Bruce Kisner<sup>28</sup> de Grote como filósofo radical.

La reflexión política en su relación con el orientalismo del siglo XIX ha sido otro tópico importante. M. Bernal había argumentado que *A History of Greece* de Grote había llegado a ser una obra estándar que influyó a los estudios clásicos en Occidente y, sobre todo, a una idea de Atenas como cuna aislada de la civilización occidental.<sup>29</sup> Sin embargo, A. Lianeri cuestionó esta mirada y, aunque reconoció que la exposición que el historiador inglés había hecho sobre las Guerras Médicas se enmarcaba en una tradición europea orientalista, que, desde Montesquieu en adelante, oponía sistemáticamente “política liberal europea occidental” y “despotismo oriental”, mostró que el asunto era más complejo.<sup>30</sup> En realidad, dicha oposición permitía a Grote trazar una verdadera continuidad entre la experiencia política griega (y europea), silenciando convenientemente el modelo político persa, pero también trazar ciertas continuidades en torno a la noción de “despotismo”. Así traduce, en efecto, a la “tiranía” arcaica, mostrando que no considera al fenómeno despótico como un producto oriental sino también griego. En esa línea, su reconstrucción de la historia lo lleva a ver a Filipo II como el verdadero encargado de “reintroducir” el “despotismo”, que será consolidado por su hijo Alejandro.<sup>31</sup>

Las consecuencias de su lectura para la interpretación de la realidad presente de su época también han sido exploradas. Como ha mostrado D. Plácido, la ruptura histórica identificada por Grote en el siglo IV a.C. permitía enlazar dicho siglo directamente con 1830 y con el renacimiento de una Grecia moderna liberada del Imperio Otomano, que

---

<sup>25</sup> Sancho Rocher. L., “La Historia de Grecia de George Grote y la Atenas de los Liberales”, en Sancho Rocher. L (Coord.), *La antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2015, p. 89.

<sup>26</sup> Kierstead, J., *Grote’s Athens: The Character of Democracy* en *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014. P. 161-210

<sup>27</sup> Loizides, A., James Mill and George Grote: A Benthamite Defence of “Theoric Reform” en *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014, p. 47-84.

<sup>28</sup> Kinzer, B., George Grote: The Philosophic Radical and Politician, en *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014, p. 16-46.

<sup>29</sup> Bernal, M., *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Editorial Crítica, Barcelona, Vol. 1, 1993, p. 244

<sup>30</sup> Lianeri, A., “The Persian Wars as the ‘Origin’ of Historiography. Ancient and Modern Orientalism in George Grote’s History of Greece”, en Bridges E., Hall, E. y Rhodes, P. J. (eds.), *Cultural Responses to the Persian Wars. Antiquity to the Third Millennium*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

<sup>31</sup> Briant, P., “Grote on Alexander...” Op. Cit., p. 348.

se insertaba a la perfección en la estructura del Imperio Británico y en sus ambiciones mediterráneas.<sup>32</sup> En ese sentido, se ha estudiado también las exploraciones intelectuales de Grote y Mitford acerca de las posibilidades del mantenimiento de un imperio sobre bases democráticas y liberales, atendiendo a las contradicciones inherentes que surgían al respecto del debate político entre los siglos XVIII-XIX.<sup>33</sup> En ese marco, se dio el auge de una discusión sobre las consecuencias culturales de las conquistas y los imperios, es decir, sobre si los conquistadores occidentales (del pasado y del presente) eran capaces de llevar la civilización a los vencidos. Frente a la moderna visión de J. G. Droysen, que no solo había valorado el ejemplo político que la conquista de Grecia por Filipo II proporcionaba a los alemanes del siglo XIX, sino también las positivas consecuencias culturales de la anexión por Alejandro del imperio persa, Grote subrayó los alcances limitados de ese “helenismo”.<sup>34</sup> P. Payen ha advertido, por su parte, y en relación con esta cuestión, que Grote no veía nada “ejemplar” en la gesta de Alejandro, un simple conquistador, sediento de guerras y sangre y, para colmo, destructor de lo más significativo que el mundo griego había legado al contemporáneo: la vida democrática.<sup>35</sup> En ese sentido, el carácter poco elogiado de las hazañas de Alejandro condujo al historiador inglés a buscar paralelos en la política internacional contemporánea, en especial, con la figura negativa de Napoleón Bonaparte.<sup>36</sup>

Pero Grote también exploró de forma crítica la política interna ateniense, buscando las causas de la crisis del siglo IV a.C. más allá de la violenta intervención macedonia. Sobre todo, en la evolución de la “asamblea” buscó un paralelo entre las opciones de política interna en la Gran Bretaña y las de la historia ateniense clásica, y planteó su revolucionaria tesis de que la crisis del siglo IV a.C. no fue una consecuencia de haber otorgado demasiado poder al *dêmos* (pueblo, plebe), como opinaba Mitford, sino de no haber permitido que las instituciones se volvieran lo suficientemente democráticas.<sup>37</sup> Se ha observado, en efecto, que esta tesis se oponía a la idea de Mitford de una política ateniense controlada por el *dêmos* y que veía, por el contrario, las intervenciones de Filipo y Alejandro como una esporádica reconstrucción del poder monárquico antes de la debacle general de una Grecia abandonada al poder de la multitud ociosa.<sup>38</sup>

Por lo tanto, podemos señalar llegados a este punto que Grote ha inspirado un buen número de investigaciones sobre su persona y su obra, lo que no ha ocurrido en el caso de Mitford. En buena medida, ello es el resultado del éxito absoluto de Grote en superar

---

<sup>32</sup> Plácido, D., “Nacionalismo, imperialismo y democracia: la Historia de Grecia de George Grote”, en *Revista de Occidente* N° 152, 1994, p. 35.

<sup>33</sup> Vlassopoulos, K., “Imperial Encounters Discourses on Empire and the Uses of Ancient History during the Eighteenth Century”, en R. Lane Fox, Hans-Joachim Gehrke, Nino Luragi (eds.), *Intentional History, Spinning Time in Ancient Greece*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2010, p. 356.

<sup>34</sup> Moreno Leoni, A., “Alejandro Magno como ‘conquistador-civilizador’: La lectura ilustrada de Flavio Arriano y Plutarco entre los siglos XVIII-XIX” (pp. 21-57), en J. Espino Martín y G. Cavalletti (eds.), *Recepción y modernidad en el siglo XVIII. La antigüedad clásica en la configuración del pensamiento ilustrado*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2016.

<sup>35</sup> Payen, P., “Conquête et influences culturelles. Écrire l’histoire de l’époque hellénistique au XIXe siècle (Allemagne, Angleterre, France)”, *DHA* 34 (1), 2008, p. 123.

<sup>36</sup> Briant, P., “Grote on Alexander...” Op. Cit., p. 337.

<sup>37</sup> Turner, F. M. *Antiquity in Victorian...*, Op. Cit., p.11.

<sup>38</sup> Briant, P., *Ibid*, p. 330.

la obra de Mitford y en convertirse en lectura obligada tanto para académicos interesados en Grecia, como para los políticos interesados en la historia antigua clásica,

La era de las revoluciones remarcó fuertemente la obra de ambos autores, por un lado, a consecuencia de la independencia de las colonias americanas, algo que va a tener sobre ascuas al propio Imperio Británico, pero va ser el periodo del terror jacobino durante la Revolución Francesa la que va a poner en riesgo a la misma clase social en la que Mitford se ve representado. Las revoluciones burguesas de la primera mitad del siglo XIX, por otra parte, van a significar para Grote la “evolución” de un proceso que va impulsar un cambio en la política no solo de la Gran Bretaña, sino de toda Europa. Este proceso continental impactó de forma especial en la política británica, por lo que sería de mucha utilidad, repasar algunas líneas importantes.

### **Cambio dinástico y parlamentarismo: el nacimiento del Imperio Británico**

La reina Ana falleció sin descendencia el 1 de agosto de 1714, teniendo el raro privilegio de haber sido la última de los Estuardo en gobernar Inglaterra, y la primera soberana de la Gran Bretaña, el cual no es un detalle baladí. A orillas del Danubio, el Duque de Marlborough había terminado con las ambiciones imperiales francesas en la batalla de Blenheim<sup>39</sup> el 13 de agosto de 1704, permitiendo que tres años más tarde, sin ninguna oposición del resto de las monarquías europeas, se firmara la “Union Act” poniendo a Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda bajo una misma corona, lo que, en el contexto anterior al desenlace de la Guerra de Sucesión de España, hubiera sido más complicado o, por qué no, imposible.

En 1688, sólo tres años después de haber sido coronado, la incruenta *Glorious Revolution* había depuesto al padre de Ana, Jacobo II, exactamente veinte días después de que la reina consorte, la archicatólica María de Módena, diera a luz a un sucesor varón, dejando abiertas las puertas para el regreso del catolicismo a la corona británica después de más de un siglo de protestantismo. Una de las consecuencias de la *Glorious Revolution* fue la sanción por el Parlamento del “Act of Settlement”, una ley fogueada por los whigs que impedía desde entonces que un heredero católico reclamara el trono de Inglaterra. A partir de ese momento, la política británica dejó de tener el fuerte vínculo que tenía con Francia, para enfocarse definitivamente en los Países Bajos y Alemania.

La siguiente en la lista de sucesores pasó a ser Sofía de Wittelsbach, una mujer de 83 años nacida durante el exilio de sus padres, los reyes de Bohemia y del Palatinado, quienes habían perdido sus coronas en manos de los católicos durante la guerra de los 30 años. Esto la hacía una febril protestante y, por lo tanto, la candidata perfecta que necesitaban los whigs para el trono británico. Sin embargo, nunca fue coronada, ya que falleció solo unos días después de la reina Ana. Su hijo Jorge fue quien finalmente heredó la corona británica en 1714, inaugurando lo que se llamó la era georgiana que duraría hasta 1795. Como es bien sabido, no sabía hablar inglés y, para evitar

---

<sup>39</sup> También conocida como la batalla Höchstädt por el bando perdedor.

suspicias, ya entrando en su senectud, delegó su poder de hecho en un gobierno por “Gabinete de Ministros”, en uso en Inglaterra desde el reinado de Enrique VIII, pero que se profundizó durante su gobierno. En la práctica, el poder recayó en el “First Lord of the Treasury”, Lord Walpole, a quién despectivamente se le comenzó a tratar como “Prime Minister”<sup>40</sup> por su excesivo poder. La historia británica lo reconoce como la primera persona en desempeñarse con ese cargo, el cual continúa hasta la actualidad sin interrupciones y coincide definitivamente con el ascenso del partido whig al poder y el declive de la monarquía.

Los Jorges habían sido reyes débiles, que fueron perdiendo poder a medida que pasaba el siglo XVIII, por lo que en plena era del despotismo Jorge III intentó recuperar el poder, aunque su salud mental se lo impidió. Durante su reinado la casa de los Hannover tuvo su primer revés importante con la pérdida de las colonias americanas, y fue durante uno de sus periodos de inestabilidad mental que su hijo, el futuro Jorge IV, asumió la corona momentáneamente como su reemplazante durante “*The Regency*”, cuando el poder real pasa a ser casi nominal.

Durante el gobierno de su hermano Guillermo, la reforma política que implicó la eliminación de los “burgos podridos”<sup>41</sup> permitió que el poder real decayera aún más. Ya en el reino de Victoria, los reyes de Gran Bretaña terminaron perdiendo todos los poderes políticos, por lo que quedaron solo como ejemplos de moralidad y virtudes, aunque no siempre alcanzaran a cubrir las expectativas. Cuando murió Victoria en 1901, dejó vacante un cargo decorativo. El eje político británico se había además alejado de las cuestiones religiosas, lo que hizo al reino oscilar nuevamente hacia Francia, mientras fortalecía sus relaciones con las antiguas colonias americanas.

Este complejo galimatías sucesorio es clave para la consolidación de Gran Bretaña como potencia global, pero sobre todo para la consolidación del partido whig, el cual, entre otras cosas, sustentará al Parlamento inglés en el que ambos historiadores van a ejercer como miembros de la cámara de los comunes, elemento clave para la construcción y desarrollo de sus obras.

La Inglaterra del siglo XVIII puede definirse como una nación dominada por una incontrastable realidad económica producto de la Revolución Industrial en curso y de los enormes cambios producidos en su campiña. Las discusiones parlamentarias previas a la *Glorious Revolution* de 1688 constituyen, sin embargo, el punto de partida de la política parlamentaria moderna. El sistema de partidos tal como lo conocemos en la actualidad nació allí. Sus nombres, whig y tory, surgen durante la discusión de la “Exclusion Bill”, que debía impedir al católico Jacobo Estuardo, por aquel entonces Duque de York, suceder a su hermano Carlos II en el trono británico. Inicialmente se llamaban a sí mismos Abhorrrers, por aborrecer dicho proyecto de ley, y Petitioners, aquellos que lo sustentaban. Sin embargo, cuando se referían los unos a los otros, los primeros llamaban “whiggamore” a los Petitioners, cuya traducción exacta sería “cuatrerros”, y que con el tiempo se apocoparía simplemente a whig. Por su parte, estos

---

<sup>40</sup> Parker, R., *British Prime Ministers*, Amberly Publishing, Gloucester, 2012, p. 10.

<sup>41</sup> Burgos podridos (*Rotten Boroughs*, en inglés) se les llamaba a las circunscripciones electorales de muy poca población, generalmente bajo la égida de un Patrón, las cuales obtenían tantos cargos en el Parlamento como otras de población muy superior.

comenzaron a llamar tories a los partidarios de los Estuardo, cuyo significado en gaélico es “asaltantes de caminos”. El motivo de ambos insultos haría referencia a que los “whig” actuaban en la política con descuido y mala fe, mientras que los tories, acusados de victimizarse como fuera de la ley, lo que equivaldría al inglés “outlaw”.<sup>42</sup>

Aunque el proyecto de ley no prosperó, el triunfo tory fue momentáneo, ya que los whigs fueron los impulsores y efectivos protagonistas de la revolución de 1688, que pondría a la dinastía protestante de los Hannover en el trono. Unidos en un fuerte anticatolicismo, ambos fueron mutuos soportes, puesto que en el Parlamento los whig mantenían alejada cualquier pretensión de los Estuardo al trono de la Gran Bretaña, mientras que los Hannover, sobre todo Jorge I y Jorge II, dejaban el manejo de la política en sus manos, ejerciendo un gobierno absentista.<sup>43</sup> De todas formas, hubo igualmente numerosos levantamientos jacobitas,<sup>44</sup> más que todo en Escocia. La continuidad de la casa de Hannover era algo necesario y complementario para la política del partido whig, ya que, en un claro enfrentamiento con los tories, van a ser los artífices de la llegada de estos reyes de origen alemán a la corona británica en 1714, cuando la política de la Gran Bretaña comienza a ser diseñada y orientada directamente desde el Parlamento. La cuestión de la sucesión quedó finalmente zanjada en favor de los Hannover tras la Batalla de Culloden (1746).

Mitford llega a la Cámara de los Comunes recién en la década de los ochenta del siglo XVIII, cuando la supremacía whig había concluido debido a la derrota de la fuerza expedicionaria británica en las colonias americanas. Las cuestiones de religión habían quedado superadas y se priorizaba ahora las cuestiones económicas y políticas en las discusiones parlamentarias. Mitford, que era un ferviente miembro del partido tory, era también un devoto practicante de la Iglesia de Inglaterra, que se opuso a la devolución de los derechos políticos a los católicos en las reformas de 1791 y 1801.

El partido whig, en gran medida a causa de su ala más radical, se mantendrá marginado del poder durante la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas,<sup>45</sup> y es recién después del desastroso segundo periodo del Duque de Wellington y las reformas políticas impulsadas por la burguesía como respuesta al Cartismo, que logran una cierta alternancia en el poder durante la segunda mitad del siglo XIX. Junto a otras facciones reformadoras, se convertirá en el Partido Liberal, nombre con el que también se los conocía para fines del siglo. Los tories, que también ser reconvertirán para esta época, dejarán de ser algo más que una facción monárquica y representante de la *gentry* rural, para ser un partido más conciliador, en muchos aspectos, no muy diferente del liberal en lo político y no tanto en lo social, profesando una ideología que llegó a conocerse como “conservadurismo liberal”. Es en este periodo en el que Grote tiene su participación política, un periodo de reformas donde las revoluciones burguesas en el continente y el Cartismo en Gran Bretaña, iban ganando la calle y renovando la política.

Tanto el partido whig, como el tory, son los grandes partidos no programáticos de la Gran Bretaña y los más antiguos del mundo. Con escasas excepciones, ha habido un

---

<sup>42</sup> Parker, R., *British Prime...*, Op. Cit., p. 8.

<sup>43</sup> Langdorf, P., *The Eighteenth Century: 1688-1815*, Oxford University Press, Oxford, 2002, p. 47.

<sup>44</sup> Partidarios de Jacobo II y sus descendientes en el exilio.

<sup>45</sup> Mori, J., *Britain in the Age of the French Revolution: 1785-1820*, Routledge, Londres, 2014, p. 9.

enorme transfuguismo entre ellos a lo largo de su historia, y no podemos afirmar que la alta nobleza y la *gentry* apoyaran a la corona o que la burguesía emergente, y el pueblo, al Parlamento. En efecto, los podemos ver actuar indistintamente en ambos partidos en la mayoría de las circunstancias. Dentro del partido tory hubo más políticos plebeyos que dentro del whig y, aunque la norma indicaba que las grandes reformas surgían de las filas de los whigs, aunque muchas de ellas también lo hicieron desde el partido tory.

El republicanismo británico, una herencia directa de la Revolución Inglesa, vivió un resurgir durante el proceso de la independencia americana, que estuvo muy ligado al ala más radical del partido whig, de donde surgieron sus principales ideólogos. Sin embargo, después de la ejecución de los monarcas franceses y del período del terror, este perdió impulso en Gran Bretaña. Con la llegada del Partido Laborista a principios del siglo XX, un partido popular y representante de la clase trabajadora, el Partido Liberal comienza a desaparecer de la escena política británica, al mismo tiempo que el Partido Conservador se va a ver fortalecido, ya que en gran medida, un porcentaje importante del partido whig terminará migrando a este con el paso de los años.

### **La herencia clásica en la cultura anglosajona.**

La herencia cultural de Occidente en Inglaterra se constituye como un caso particular en lo referente a la construcción de una imagen del mundo antiguo, puesto que se diferencia claramente del resto de Europa. Luego de la Reforma, la Iglesia de Inglaterra comenzó a rechazar de plano todo lo que viniera de Roma como retrógrado y peligroso, teniendo entre sus víctimas principales al latín y a la cultura latina. Esto dejó el camino abierto para que, con la experiencia republicana del protectorado de Cromwell, no sólo se produjera un cambio en el pensamiento filosófico de los siglos XVII y XVIII, sino que se permitiera la consolidación del griego y los estudios clásicos en la cultura británica. En aquel punto la Inglaterra moderna se reinventa y adapta a los cambios en proceso. La Revolución Industrial y la construcción literaria del Romanticismo serán a partir de ese momento reflejos de la singularidad de Inglaterra respecto al continente.

La pérdida de la Guerra de los Cien Años había producido una profunda crisis en un reino indiviso durante el medioevo, quizás porque nunca había sido más que un principado feudal para los reyes angevinos, que no hablaban inglés y, por lo general, no nacían ni vivían en Inglaterra. Durante la Guerra de las Dos Rosas, las islas británicas se mantuvieron convulsionadas durante toda la segunda mitad del siglo XV, lo que llevó a los reyes de Inglaterra a perder casi todas sus posesiones en Francia, pero, sobre todo, sus reales pretensiones sobre la corona francesa. Este es uno de los motivos, junto a la Reforma, entre otros, de que el Renacimiento llegase a Inglaterra no desde Francia o Italia, sino indirectamente desde los Países Bajos. La llegada a Londres de pintores de la talla de Hans Holbein, o la influencia que tendría Erasmo de Róterdam sobre los

filósofos y los escritores británicos,<sup>46</sup> nos proporcionan indicios claros de desde qué lugar este movimiento cultural estaba llegando a Gran Bretaña. Con la Reforma anglicana, los Países Bajos se convierten así casi en la única vía de acceso.

Aunque el Renacimiento parece algo ajeno a la cultura británica, y se lo engloba dentro de lo que se llama “Renacimiento nórdico”, este fue tardío y abarcó artes distintas a las que se desarrollaron en la zona central de este movimiento cultural. Pero fue en las ciencias y, sobre todo, en la literatura, donde el Renacimiento inglés se destacó sin lugar a dudas por sobre muchos de los países europeos. El ejemplo más claro de esto es la obra de William Shakespeare, que la cultura anglosajona atesora como su reliquia cultural más sagrada, incluso en nuestros días. El bardo de Avon va a ser clave para la tradición clásica en las islas británicas, en la medida en que el grueso de su obra tenía escenarios vinculados a la antigua Roma y la Grecia clásica, de donde tomaba hechos de la cultura como elementos paradigmáticos. Incluso, en sus postrimerías, sugestivamente, habrá más referencias a la Grecia clásica en sus obras que a Roma.<sup>47</sup>

Durante todo el siglo XVIII, el mundo antiguo, entendido casi exclusivamente como mundo greco-romano, en su vasta generalidad, se va a ir diferenciando con el paso de los años, a la vez que va a formar parte de la sociedad inglesa en un sentido político, social y educativo. Las fuentes serán utilizadas, más que como instrumento de conocimiento de la Antigüedad clásica, como apoyo a las expectativas culturales, sociales y políticas, pero, sobre todo, económicas de su propio tiempo. El contacto con las fuentes quedaba así reservado en Gran Bretaña a las capas dirigentes, ya que las sociedades de aficionados al estudio de la Antigüedad clásica y los grupos de viajeros por las tierras mediterráneas de Europa se componían principalmente de nobles y burgueses.<sup>48</sup>

En este sector de la intelectualidad, el mundo “grecolatino” se convirtió, desde finales del siglo XVIII, en parte fundamental de la vida social de los salones y también de las tertulias. Asimismo, los viajes a los lugares remotos donde se encontraban los vestigios de la cultura clásica (en este tiempo se articulan los términos turismo y turista), fueron esenciales para reconstruir la imagen de este mundo antiguo perdido y distante que se transmitía a la sociedad, ya que estos viajeros volvían cargados de notas y reliquias, con las que elaboraban extensos y aburridos diarios de viaje, pero que a su vez, excitaban la imaginación de sus pares al regresar a Londres.

En la Inglaterra de principios del siglo XIX, las universidades se encontraban inmersas en un modelo educativo en el cual se otorgaba poca importancia al conocimiento de la historia a través de las ciencias y técnicas directas, como la epigrafía y la arqueología. El modelo educativo alemán de seminarios de especialización claramente había tomado la delantera, y comenzaba a tener un influjo notable en el continente europeo, pero esta revolución académica apenas comenzaba a irradiar en las islas. Gran parte de estos estudios que se llevaron a cabo en Inglaterra fueron realizados

---

<sup>46</sup> Black, J., (et al.) *British Literature: A Historical Overview*, Vol. 1, Broadview Press, Calgary, 2010, p.70.

<sup>47</sup> Findlay, A., y Markidou V., *Shakespeare and Greece*, Bloomsbury, Londres, 2017, p. 8.

<sup>48</sup> Dyson, S., *En busca del pasado clásico*, Ariel, Barcelona 2006, P. 21.

fuera de las universidades. A veces, eran las mismas figuras ligadas al mundo universitario quienes se interesaban por estos métodos, pero los estudiaban al margen de sus actividades académicas, muchas veces lejos de la vista de sus colegas y mentores.

Paradójicamente, los estudios del griego se habían desarrollado en las universidades inglesas antes y de forma más completa que en las universidades continentales, sobre todo, las del sur de Europa, las que reposaban sobre las ruinas de esta cultura. En el ámbito religioso, el anglicanismo se hallaba mucho más ligado al idioma griego, lo que tuvo un influjo importante en la visión del mundo antiguo que se desarrolla en Inglaterra durante el siglo XIX, la cual es propia de esta nación e intransferible a otros modelos ilustrados o románticos, quedando en claro que la interpretación británica de la Grecia clásica está profundamente condicionada por el carácter protestante, comercial e industrial de su sociedad, al menos desde la perspectiva inglesa.

El Romanticismo británico no va a abreviar de lleno en el mundo medieval como lo hizo su contraparte europea, sino que va a hundir sus raíces en un pasado clásico y casi de origen mítico. Los principales autores de la poesía inglesa de los siglos XVIII y XIX, reciben una influencia determinante de la visión shakesperiana, la cual aporta elementos para esta romantización del mundo antiguo, la cual termina impregnando las ciencias y las artes, ya que no va a estar ausente de las reuniones sociales en clubes dinásticos para la nobleza subyacente británica, ni en las tertulias de la burguesía culta, donde la cultura grecorromana influye en su arquitectura y su pintura; pero es la literatura isabelina la que comienza a ser un referente insustituible de la idea de “mundo antiguo” para los ingleses de la época.

Para mediados del siglo XIX, la intelectualidad británica se encontraba en una encrucijada, ya que existía una disputa dialéctica entre las franjas más liberales y los conservadores. Lord Byron, que terminaría dando su vida por la independencia de la Grecia moderna, y Thomas Macaulay, miembro del ala más radical de ellos, dirigieron sus diatribas contra los escritos de historiadores como Gillies o Mitford, quienes sostenían el derecho de la monarquía sobre una política basada en la expansión y el colonialismo imperial, a la vez que se ensañaban con la idea de una Grecia democrática.<sup>49</sup> Los educadores, poetas y políticos del siglo XIX volverán la vista constantemente a la Antigüedad clásica, como Lord Tennyson, Percy Shelley, John Keats<sup>50</sup> y Dante Gabriel Rosseti, pero también lo harán hombres públicos como Charles Fox, William Pitt el Joven, Lord Acton y Benjamin Disraeli, quienes aportarán material abundante a la literatura política de su tiempo. Tanto whigs como tories van a intentar, desde distintas vertientes, establecer un vínculo entre la Antigüedad y el Imperio Británico. Cualquier indicio de helenización o romanización en los territorios extranjeros buscará ser asociada a la tarea colonial del Imperio Británico en los

---

<sup>49</sup> Momigliano, A., *George Grote and the Study of Greek History*, University Press, Londres, 1952, p. 217.

<sup>50</sup> Keats, J., *Ode on a Grecian Urn and Other Poems*, Kessinger Publishing, Whitefish, 2010.

territorios extra continentales con población no europea, que se justificará mediante el recurso a la misión “civilizadora” de los ingleses en esas tierras.<sup>51</sup>

Por último, dentro de la intelectualidad británica, hasta mediados del siglo XIX no podemos hablar todavía de una separación clara entre académicos y no académicos en los albores de la profesionalización de las ciencias. Sí podemos afirmar, en cambio, de que el ámbito universitario, en su mayoría, se mantuvo fiel a la monarquía, al menos durante la era victoriana; mientras que, en el ámbito cultural fuera de las universidades, sobre todo, en el que se gestaba en Londres, convivían ambas posturas, una monárquica y otra parlamentaria, algunas veces rayana en el republicanismo, en los mismos ámbitos y sectores sociales e intelectuales, quizás más por simpatías políticas que por trascendencia cultural.

### **Las eras inglesas y la era de las revoluciones.**

El fin del *Ancien Régime* en Europa y la aparición del Estado nación, es un proceso largo y confuso que no se va a dar de manera pareja. Como muchos de estos procesos que ocurrirán en el continente, algunos tuvieron sus inicios, con sus rasgos particulares, en Gran Bretaña antes que en otros países. La era de las revoluciones en su definición clásica, se inicia en 1774 en las colonias inglesas de América del Norte y finaliza en 1849, un año después de la revolución que barrerá con el *Ancien Régime* en casi toda Europa. En esta definición no se tienen en cuenta ni la Revolución Inglesa ni la Rusa, las cuales son analizadas muchas veces como fenómenos diferentes. La Revolución Inglesa va a poner fin a casi todas las prácticas del *Ancien Régime*, pero sobre todo va a consolidar el protestantismo en la Gran Bretaña y la supremacía de los principios de la democracia parlamentaria inglesa por sobre todas las demás formas de gobierno de los otros países que la integran. Desde ese momento, la política, primero de la Gran Bretaña, y del Imperio después, será manejada desde Westminster durante los siglos posteriores.

La *Glorious Revolution* de 1688, que será la génesis de la Gran Bretaña moderna y posteriormente del Imperio, va a ser junto a la Revolución Americana, gestora de grandes cambios en el sistema parlamentario; uno de ellos y que es de gran importancia para este trabajo, es la aparición en escena del sistema de partidos y del gobierno de gabinete, que con algunas modificaciones y actualizaciones se mantienen hasta nuestros días. Las Revoluciones Francesas de 1789 y 1830, van a tener una impronta fundamental en este sistema de partidos, generando una serie de cambios en la estructura social y económica de la Gran Bretaña, la cual va dar paso a la otra gran revolución por la que conocemos a este país que es la Revolución Industrial. Para 1848, momento en que el *Ancien Régime* claudica ante las revoluciones burguesas en el continente, por lo menos en la parte occidental de él, en Gran Bretaña el *Ancien Régime*, la Cámara Estrellada y cualquier elemento que nos los haga recordar, no se encontraban

---

<sup>51</sup> Particularmente interesante resulta la asociación entre el dominio británico en la India y el Imperio Romano, en escritores de comienzos del siglo XX como James Bryce, Lord Cromer y Sir Charles Lucas: Vasunia, Ph., *The Classics and Colonial India*, Oxford University Press, Oxford, 2014 pp. 119-155.

presentes hacía más de un siglo; por lo que estos movimientos revolucionarios no impactaron tanto como en otros regímenes. Gran Bretaña, entonces, a pesar de la Revolución Americana, permaneció estable y dinámica durante este periodo.<sup>52</sup>

Aunque las referencias que suelen hacerse a las “eras” inglesas suelen estar más ligadas a lo artístico, la llegada de los Hannover a la corona británica va a coincidir con un proceso de pérdida de poder de la monarquía mucho antes de que esto sucediera en el continente. La era Georgiana 1714-1795 comienza inmediatamente a la muerte de la última de los Estuardo, y con sus diferentes bemoles: momentos de gran debilidad como el gobierno de Jorge II, o de cuasi absolutismo como el de Jorge III, van a ser de singular importancia para el análisis historiográfico. Durante el periodo de la Regencia 1795-1837 la monarquía va a continuar en declive y es el momento en que durante la enfermedad del rey Jorge III su hijo: el futuro Jorge IV, deberá ir a mendigar a un Parlamento muy influenciado por las revoluciones americana y francesa, la sucesión anticipada al trono de su padre. Durante la era Victoriana (1837-1901) la monarquía en Gran Bretaña va comenzar a cumplir las funciones específicas que tiene ahora, lo que se va a desencadenar definitivamente durante la era Eduardiana (1901-1914), cuando las atribuciones reales y el poder del Parlamento se van a mantener con muy pocos cambios hasta la actualidad.

Es de suma importancia, por lo tanto, estudiar el trasfondo cultural que tuvo este proceso político económico de vital importancia, no solo para Gran Bretaña, sino para el resto del mundo, ya que podemos rastrear allí el inicio de la conformación de los partidos políticos, muchos de ellos aún en actividad. Esta clara intencionalidad de la elite intelectual y política británica en hundir sus raíces en la Antigüedad griega, por lo antes advertido, no nos parecería antojadiza de ninguna manera, ya que a partir de la revolución inglesa y la reforma, el proceso político y cultural británico se va a inclinar definitivamente en dirección a la Grecia Clásica a diferencia de Roma, que era el rumbo que estaban tomando las otras potencias europeas y los Estados Unidos, con la excepción notable de Alemania.

---

<sup>52</sup> Hobsbawm E, J., *La era de la Revolución*, Crítica, Barcelona, 1997, p.32.

# Capítulo 1

## Breve contexto intelectual y biográfico de los autores

### William Mitford

Mitford nació en Exbury Hampshire el 10 de febrero de 1744, en el seno de una familia perteneciente a la *gentry* rural acomodada. El apellido es de origen anglosajón y hace referencia a un lugar: Mitford (cruce de río o vado). En el *Doomsday Book* se indica que las propiedades alrededor del castillo de Mitford pertenecen a Sir John Mitford en 1066, pero en 1086 ya pertenecen a William Bertram, un caballero normando casado con Sibella,<sup>53</sup> única hija y heredera del propietario anterior. Cien años más tarde, el apellido figura como Bertram of Mitford Castle como rama principal; pero para el siglo XVII Bertram desaparece como apellido para convertirse en un nombre dentro de la familia. Los Mitford de Exbury, rama a la cual pertenece el autor, figuran como rama secundaria y menor de la familia para el siglo XVIII, con dedicación al comercio y a las profesiones independientes.<sup>54</sup>

Hijo primogénito de un rico abogado de Londres que logró acumular una importante fortuna, Mitford no heredó la profesión de su padre, ni la de su hermano: John Freeman Mitford 1er barón de Redesdale, quien fuera Speaker de la Cámara de los Comunes y Lord Chancellor de Irlanda.<sup>55</sup> Su madre, Philadelphia Reveley, heredera de un poderoso terrateniente de Northumberland y, a la vez, nieta del Presidente del Banco de Inglaterra, es quien va a engrosar la fortuna familiar, pero quizás lo más importante es que era prima hermana de Hugh Percy, Duque de Northumberland, patrón de los “burgos podridos” en los que su hermano y él fueron electos para el Parlamento cuando finalizó el predominio whig. En 1766 contrajo matrimonio con Frances (Fanny) Molloy, la hija de un rico comerciante irlandés.

Su padre y hermano fueron “Barrister” del “Inner Temple”, que son las dignidades más elevadas dentro de la abogacía en el Reino Unido, con capacidad para litigar y aconsejar en “The Bar”, es decir, en casos de mayor cuantía. No es equivalente, pero sería algo similar a un abogado habilitado para litigar en Cámara y elevar casos a la Suprema Corte en la Justicia en un país republicano. La situación de su hermano menor es particular: heredó el puesto en “The Bar” al morir su padre, pero además, era heredero testamentario de un Mayorazgo en Gloucester perteneciente a Sir Thomas Freeman, y de la fortuna de su tía materna, a la vez que estaba casado con Frances Perceval, hija del conde de Egmont y hermana del Primer Ministro Spencer Perceval. Al morir su padre, William fue el único heredero de la fortuna familiar. Aunque pertenecía a la nobleza baja y no detentaba ningún título, sin embargo, su vida giraba alrededor de lo más alto de la política y la justicia británicas.

---

<sup>53</sup> *Doomsday Book*. (Versión en inglés moderno) Ed. John Nichols, Bell Yard Temple Bar, Londres, 1788, p. 42.

<sup>54</sup> Burke, J., *A Genealogical and Heraldic History of the Commoners of Great Britain and Ireland*, vol. II, Ed. Henry Colburn, Edimburgo, 1886, p. 285.

<sup>55</sup> Equivalente a ser presidente de la Corte Suprema de Justicia en una república.

La Cheam School, un aristocrático internado en Hampshire no muy lejos de su casa en Exbury, fue el lugar donde William Mitford descubrió su afición por la historia. Quedaron pocos registros de su participación escolar, pero sabemos según se afirma en su biografía, que prefería el estudio del griego por sobre el latín, y a la cultura griega sobre la romana.<sup>56</sup> Al mismo tiempo, desarrollaba cierta autoridad en la lectura de clásicos como Plutarco y Jenofonte, entre otros.

En 1756, el hermano menor de su madre, Roger Reveley, no mucho mayor que él, murió sofocado en el “Black Hole of Calcuta” y su cadáver fue arrojado en un canal del río Hooghly, lo que lo habría impactado fuertemente, afectando su salud, puesto que enfermó gravemente ese mismo año y retornó a la casa paterna en Exbury<sup>57</sup> para salir recién en 1761 para asistir al Queen’s College de Oxford. A la muerte de su padre, y heredar una considerable fortuna, abandonó ese mismo año los estudios para establecerse y formar una familia en sus propiedades de Exbury y New Forest. En 1774 enviuda lo que le produce una nueva recaída en su “enfermedad”. Para su recuperación, viaja a Niza (Francia) en 1776 donde tuvo contactos con parte de la intelectualidad francesa especialista en la Grecia antigua como el Barón de Saint Croix, de quien recibiría un importante respaldo en sus posiciones sobre la democracia en Grecia. Llegó a ostentar, por otro lado, el cargo de Tte. Coronel de la milicia de South Hampshire y, aunque se desempeñó durante las Guerras Napoleónicas, es posible que no entrara nunca en combate por pertenecer a una milicia rural, además de tener casi sesenta años. Allí, fue camarada de Edward Gibbon, a quien le unió una gran amistad. Según se detalla en su biografía, este le persuadió para que escribiera su obra, basado en su propia experiencia como autor, y le sugirió la estructura que su libro debía tomar.<sup>58</sup> Durante este período ambos recibieron, en efecto, la experiencia militar que se decía que todo historiador clásico necesitaba.<sup>59</sup>

El primer volumen de su obra fue publicado en 1784, apenas un año después del fin de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos y tuvo una muy buena recepción, lo que lo impulsó a continuar con nueve volúmenes más,<sup>60</sup> a los que fue modificando su estructura según los avatares políticos de la época. El resto de sus obras fueron muy variadas, desde estudios filológicos como el *Essay on the Harmony of Language* (1774), regulaciones legales que favorecían a los latifundistas,<sup>61</sup> *Essay on the ‘Corn Laws’* (1791), o un intento de historia de los árabes *Review on the Early History of the Arabs* (1816) y, además, algo muy ligado a su clase social, la *gentry: Principles of design in architecture traced in observations on buildings* (1819), que era un estudio sobre la arquitectura rural en Gran Bretaña. Ninguno de ellos tuvo trascendencia alguna.

Como representante de Newport, un pequeño burgo en Cornwall, es como el hermano de John Mitford y sobrino del Duque de Northumberland llega a la Cámara de

---

<sup>56</sup> Mitford, J. F., “Brief Memoire of the author”, en Mitford, W., *The History of Greece*, T. Cadell, Strand; and W. Blackwood and Sons, Edinburgh, 1836, p. 10.

<sup>57</sup> Burke, J., *A Genealogical and ...*, Op. Cit. Vol. II, p. 286.

<sup>58</sup> Mitford, J. F., “Brief Memoire of ...” Op. Cit. p. 12.

<sup>59</sup> Grafton, A., *Los Orígenes Trágicos de la Erudición*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 1998, p. 63.

<sup>60</sup> English Review, Vol. V, 1785, Murray, Londres, p. 96.

<sup>61</sup> Esta es una de las leyes que quiere abolir el movimiento cartista durante la década de los 1830.

los Comunes en 1785, permaneciendo en su escaño hasta 1790. Entre 1796 hasta 1806 retornó a los Comunes, pero esta vez representando al infame burgo de Bere Alston,<sup>62</sup> ahora en Devon, también territorios pertenecientes a su tío. No se puede identificar su participación en el Parlamento, pues en las actas y escritos parlamentarios siempre se refieren a “Mr. Mitford”, tanto en el caso de su hermano como al suyo, y el primero parece haber sido más activo que nuestro autor. Las intervenciones detectables de W. Mitford, por su parte, son escasas y siempre en cercanía de las posiciones de su hermano, quien era el que realizaba una carrera política exitosa. Salvo tres discursos sobre las leyes de la milicia rural, no pudimos identificar otra intervención individual.<sup>63</sup> Esta situación lo diferencia claramente de Grote, quien tenía una participación frecuente en los debates parlamentarios. Sin embargo, consiguió mayor renombre que su exitoso hermano por ser el autor de *The History of Greece*, que llegó a ser una de las obras más influyentes de su época.

Según surge de los escasos registros, Mitford pasó gran parte de su vida postrado y sufriendo una enfermedad de la cual no hay mayores datos, posiblemente algo derivado de la depresión. Enfermo, y padeciendo Alzheimer, según los síntomas descriptos, falleció en 1827 a los 87 años en la casa solariega donde había pasado casi toda su vida. No existe una biografía extensa del historiador, además de que existen pocos datos biográficos de él en libros contemporáneos sobre la sociedad británica de la época. La breve y acotada biografía escrita por su hermano para ser incluida en la edición póstuma de la *The History of Greece* de 1829 se detiene muy poco en su vida privada para transformarse en una ferviente defensa de su obra, de su capacidad intelectual y de su autoridad como agente social. Esta defensa tiene el claro objetivo de que *The History of Greece* continúe teniendo la trascendencia que había alcanzado en el año de su primera edición, lo que estaba siendo cuestionado en aquel momento.

Una de las críticas suscitadas aparentemente en el círculo político y social donde se leía, era sobre las opiniones de Mitford sobre las repúblicas de la antigua Grecia, lo que motiva a su hermano a detenerse en una rigurosa aclaración: que dichas opiniones se debían sobre todo al tiempo en que vivió, haciendo referencias directas a la independencia de las “colonias” en América y a la Revolución Francesa.<sup>64</sup> A continuación, John Mitford va a realizar una comparación entre la Grecia antigua y la Gran Bretaña desde la época de los sajones y las invasiones normandas hasta el momento en que escribe la breve biografía, donde se refiere muy poco a la vida de su hermano e, incluso, a su obra en sí. Gran parte de la carga política contemporánea de la obra de *The History of Greece* se suscita, por lo tanto, a partir de las opiniones políticas vertidas por su hermano, John Mitford, quien al parecer va utilizar la popularidad de la obra para hacer una clara e intencionada interpretación de la misma. W. Mitford fue para el partido tory, entonces, una reserva intelectual más que un cuadro político, quien

---

<sup>62</sup> Bere Alston es un pueblo con muy poca población que mandaba dos representantes a los comunes, fue desafectado en 1832. William Mitford y su hermano John, fueron representantes por este villorio.

<sup>63</sup> Supplement to the Penny Cyclopaedia of the Society for the diffusion of useful knowledge, vol. II, Ed. Charles Knight, London, 1846, p. 312.

<sup>64</sup> Mitford, J. F., “Brief Memories....” Op. Cit., p.17.

para la edición póstuma en la que se escribe su memoria estaba perdiendo la influencia que había tenido hasta entonces.

Después de 1776, un año complejo en su vida, Mitford emprende la tarea de escribir su mamut: una historia de Grecia en cinco volúmenes que luego sería extendida a diez. Ese mismo año enviuda y la Gran Bretaña comienza a perder las colonias americanas, al tiempo que el historiador sufre también una fuerte recaída en su enfermedad. Luego de su paseo por la Costa Azul y ya de regreso en Inglaterra, prácticamente se recluyó en su mansión solariega en Exbury. Para 1780, siendo miembro de la milicia de South Hampshire con el grado de Capitán, una actividad típica de la clase dominante británica, y de la que todo caballero de la *gentry* rural debía participar como un deber, más que como una obligación, estableció un fuerte contacto con su inmediato superior por esos años: Edward Gibbon. Según la biografía que escribió el hermano de Mitford, esta actividad militar se veía interrumpida con largas charlas con aquel sobre historia antigua clásica, de las cuales surgiría la obra.

Mitford parte como historiador de un aceptable conocimiento de las fuentes literarias clásicas. Aunque su educación fue incompleta, sabía leer griego y latín, muchas de sus citas en el cuerpo de la obra se encuentran reproducidas de forma textual en su lengua original.<sup>65</sup> Intenta en el texto perfilarse como enunciador confiable y objetivo, pero no lo logra. Su obra no se inserta en los círculos académicos y es abiertamente criticada por los grupos liberales de la época, incluso con más fuerza tras el fallecimiento del autor. Se incluye, además, dentro de su público, al referirse al mismo como “us” (nosotros), dejando entrever un claro sesgo de continuidad temporal entre los hechos relatados y su época. También se refiere a los griegos antiguos como “our” (nuestros) y establece así un vínculo especial, “occidental”, con ellos, para resaltar el mismo hecho. Con interminables referencias y opiniones, su obra está escrita en primera persona, lo que denota una posición de enunciador eficiente y con la suficiente autoridad para emitir opinión: para ello utiliza los términos: “my opinion” (mi opinión) y “point of view” (punto de vista) en numerosas ocasiones a lo largo de la obra.

El primer volumen verá la luz en 1784, apenas un año después del fin de la guerra de independencia de las Colonias Americanas, aunque no hay referencias directas a este hecho político en la obra. El volumen abarca desde la época homérica hasta la invasión de los persas, pero es quizás en el segundo volumen donde se le da una trascendencia aún menor a las Guerras Médicas para ir de lleno a un acontecimiento al que el autor da mayor importancia: la Guerra del Peloponeso (c. 431-404 a.C). No es casualidad que nuestro autor le dé mayor importancia a este acontecimiento, ya que a lo largo de toda su obra pondrá demasiado énfasis en la credibilidad de Tucídides, describiendo incluso a su propio procedimiento historiográfico de la siguiente manera: “tomando a Tucídides como mi estrella polar y confiando que los escritores (historiadores) posteriores solo (se dedicaron a) dilucidar lo que él ha dejado en la oscuridad”<sup>66</sup>

---

<sup>65</sup> Cita a Diodoro Siculo, Plutarco, Tucídides, Herodoto, Jenofonte, Aristóteles y Estrabón: Mitford W., *The history of Greece*, Vol. I, T Cadell, Londres, 1838, p. 251.

<sup>66</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., Vol. II T. Cadell, 1838, p. 199.

Publicado en 1790, el segundo volumen va estar plagado de referencias a la Francia revolucionaria, no solo en el aparato erudito, sino también en el cuerpo mismo del texto. Esta situación parece que lo ha tomado por sorpresa. Aunque para ese año la Revolución era un hecho consumado, para la prensa y la sociedad británica, era algo que podía todavía cambiar de rumbo. La sociedad culta británica hablaba en un principio positivamente de la conversión del régimen despótico francés en una monarquía constitucional, similar a la que regía en la isla, o como mucho, que continuara el derrotero de la Revolución Americana con la que había claras coincidencias en muchos de los antecedentes ideológicos y científicos. A partir de ese año hubo una década de agitación política que alteró las actitudes y las costumbres del pueblo británico. Las protestas, que en un principio tenían un carácter espontáneo y local, fueron perdiendo su motivación económica para cobrar ahora un nuevo carácter eminentemente político.<sup>67</sup>

Para cuando se produce la edición del volumen tercero, la Revolución ya es un hecho consumado, el rey de Francia ya había sido ejecutado y aunque había terminado el periodo del terror jacobino, para el año de su publicación, 1797, el mandato del Directorio y su autoridad eran discutidas. Se veía que este gobierno podía volver a perder el control en manos de la turba en cualquier momento. El Consejo de los Quinientos, un órgano que llamaba poderosamente la atención, al llevar el nombre ya utilizado en la Antigüedad por la *boulé* ateniense de Clístenes, continuidad del Consejo de los Cuatrocientos de Solón, convocaba a los enormes ejércitos que sostenían las fronteras de la Francia revolucionaria cuando aún no habían logrado solucionar la reacción de “La Vendée”. Allí, el Directorio había fracasado en el intento por reclutar a 300.000 hombres para enfrentar a la primera coalición en la frontera del Rin.<sup>68</sup> El volumen III es, sin lugar a duda, el más militante en contra de la democracia y en el que se hacen mayores referencias a la situación política de coyuntura contemporánea. Dependiendo de la edición que se consulte, por lo general, abarca la totalidad de la Guerra del Peloponeso. Para este trabajo voy a tener en cuenta el de la edición de 1814/18, que abarcaría los Volúmenes III y IV. Los restantes, el IV (1808), insisto, dependiendo de la edición, trata sobre el periodo de la democracia ateniense y el predominio espartano y sobre todo el V (1810) son escritos durante las guerras napoleónicas y hacen referencia especialmente a la época alejandrina. En las ediciones de 10 volúmenes, desde el V al X, solamente versan sobre la expansión del imperio de Alejandro, tomando los hechos desde la época de su padre Filipo II.

La obra de Mitford fue publicada por Thomas Cadell desde 1784 hasta principios del siglo XX con una continuidad importante. La misma es parte, por ello, de las bibliotecas universitarias de lengua inglesa hasta nuestros días. La editorial era la más importante de la Gran Bretaña para aquellos años y estaba ubicada en el Strand, es decir, en el centro de la política de entonces. T. Cadell había publicado, además, las principales obras de la historiografía británica, incluyendo, entre ellas, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon.

---

<sup>67</sup> Thompson, E. P, *La formación de la...*, Op. Cit. p. 127.

<sup>68</sup> Dupuy, R., « La République jacobine, Terreur, guerre et gouvernement révolutionnaire (1792-1794) », Tomo II, en *Nouvelle histoire de la France contemporaine*, Ed. du Seuil, Paris, 2005, p. 101.

Originalmente constaba de cinco volúmenes, pero llegó a ser extendida a diez, quedando más que claro, por lo tanto, que la forma inicial de la obra se fue cambiando a medida de lo que la coyuntura política exigía al autor. En cierta medida, sobre todo en los volúmenes finales, se puede notar un cierto desorden a la hora de confeccionar los capítulos. En vida del autor, la obra se fue publicando a medida que salían los volúmenes con la reimpresión de los anteriores, e impresiones de volúmenes sueltos. La primera publicación completa de la que tenemos vestigios se realizó entre 1822 y 1823. En 1829 aparece la primera edición póstuma con la inevitable biografía y reseña de su hermano Lord Redesdale, en todos y cada uno de los volúmenes de esta edición y de las subsiguientes. Si bien la obra tenía en sus primeras ediciones cinco volúmenes, Mitford luego la llevó a ocho en 1823, agregando siempre nuevos capítulos. En 1836 se publicó la edición definitiva que constaba de diez volúmenes. En ese sentido, aunque se consultarán todas las ediciones, para mi investigación específica voy a basarme principalmente en las de 1823 y 1835, ya que son las más comunes de encontrar en las bibliotecas, lo que evidencia su mayor difusión. Las primeras ediciones tienen el problema adicional de no solo no ser definitivas en sus planteos, sujetos a revisión constante por el autor, sino también que, al ser muy “artesanales” las impresiones, no se respetaba en las mismas aún una estructura lógica que nos permita un fichado coherente.

En su aproximación histórica al mundo griego, Mitford tiene en cuenta los períodos oscuro, arcaico, clásico y alejandrino, que constituyen la periodización actual ortodoxa, pero para una mayor comprensión vamos a establecer una división temporal de acuerdo con la propia sinopsis utilizada por el autor, que denominaba a dichos periodos: Homérico, Temprano, Guerras Médicas, Guerra del Peloponeso, Democrático Ateniense, Predominio Espartano y Período Alejandrino. Tendremos en cuenta también la importancia atribuida a cada uno de estos periodos. Por lo general, cada capítulo de la obra tiene un promedio de 70 páginas.

### **Cantidad de capítulos dedicados a cada tema:**

Desde el punto de vista del autor	Desde un punto de vista moderno
Período Homérico:.....4	Período Oscuro:.....4
Período Temprano:.....3	Período Arcaico:.....3
Guerras Médicas:.....3	Periodo Clásico:.....26
Guerra del Peloponeso:..... 10	Período Helenístico:.....40
Atenas Democrática:.....5	
Predominio Espartano:..... 8	
Período Alejandrino:.....40	

Las características literarias de la obra de Mitford son típicas de la época. El estilo es enciclopédico y abarcativo, y busca presentar al lector con la narración de un todo sin fisuras. El orden temporal es preciso y lineal, aunque hay claras pruebas de alteración de la secuencia temporal, que permite dar importancia a los hechos que ayudan a establecer

vínculos con la situación histórica en la cual se vive. Esto se da sobre todo en el volumen III, donde el autor hace referencia directa a hechos que acababan de suceder en Francia, la cual se encontraba en pleno proceso revolucionario.<sup>69</sup> El lenguaje es florido y hace uso de palabras extrañas al uso común, algo típico de la aristocracia de la época. Como se trata de su primera obra, hay una clara intención, dado que el autor hasta ese momento no es conocido en los círculos intelectuales, de demostrar su erudición haciendo un uso excesivo de las notas al pie y al margen, muchas de ellas en griego. Pero, sin lugar a dudas, su mayor utilización de las citas es para emitir opinión, para denostar a algún rival político, aunque, sobre todo, también para ensalzar a miembros de la sociedad afines a su pensamiento político. Podemos notar siempre improvisación en la manera de encarar los temas y cierta redundancia en temas improbables, sobre todo, en los primeros volúmenes donde la frontera entre la mitología y la historia parece desdibujada. Detallista y descriptivo en extremo, fue criticado por su excéntrico uso de la ortografía lo que lo terminó incluyendo dentro de los “Ortographic Mutineers” de Thomas De Quincey, una de las más fervorosas críticas sobre su obra.

## George Grote

Grote nació en Clay Hill, Kent, actualmente un distrito suburbano de las afueras de Londres, el 17 de noviembre de 1794. Aunque no pertenecía a la nobleza, tenía relaciones estrechas con ella. Se comportaba, vivía y demostraba ser, sobre todas las cosas, un Caballero.<sup>70</sup> Su apellido es de origen sajón, en alto alemán, un dialecto más que todo utilizado en la antigua Liga Hanseática, y que tiene cierta ligazón con el holandés, significa “gran” o “grande”. Su abuelo, Andreas, había sido un mercader de Bremen, quien había emigrado a Inglaterra en 1740 por las oportunidades que se les abrían en la Gran Bretaña a los súbditos del por entonces Ducado de Hannover.<sup>71</sup> Este fundó en 1766 la banca Grote, Prescott & Company, que funcionó como tal hasta 1879. Su casa central estuvo ubicada en Threadneedle Street, es decir, en plena City de Londres. Gran parte del tendido de las vías férreas durante la Revolución Industrial fue financiado por este banco. Los pocos registros que tenemos indican, además, que era uno de los más poderosos de la Gran Bretaña durante la “*Regency*” y durante todo el periodo victoriano, con gran participación junto al Banco de Inglaterra en el sorteo de las crisis financieras.<sup>72</sup>

Su madre, por su parte, descendía de una familia de hugonotes que había debido escapar a Inglaterra después de la revocatoria del edicto de Nantes, y que habían actuado a favor de la coronación de Guillermo de Orange como rey de Inglaterra luego de la *Glorious Revolution*. Esta participación activa de los calvinistas franceses le

---

<sup>69</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., Vol. III, T Cadell, 1808, pp. 9, 41,72,463, 474,

<sup>70</sup> En relación al término de origen normando “Gentilhomme”, que hace referencia a un código de conducta, que ya era de uso común en la época en que George Grote nació, y que se diferencia del término anglosajón Knight, que significa miembro de la caballería, relacionado más a la nobleza de espada.

<sup>71</sup> Burke, John, *A Genealogical and ...*, Op. Cit., Vol. X, p. 609.

<sup>72</sup> Grote, H., *The Personal Life of George Grote*, John Murray, Londres, 1873, p. 238.

granjeó el apoyo de los Hannover durante todo el siglo XVIII, sobre todo, a su bisabuelo, Salomon Blosset de Loche, un oficial que fue partícipe activo del ejército de María y Guillermo.<sup>73</sup> El partido whig, en efecto, nació de este conflicto religioso e hizo del protestantismo una condición necesaria para la participación política, como señalamos anteriormente.

Grote, desempeñó durante su vida numerosas tareas que iban desde los asuntos comerciales propios, ya que era artífice del funcionamiento del banco, hasta alternancias con periodos en la Cámara de los Comunes. Su familia lo recordó como un padre cariñoso y amado esposo. Su viuda, una activista política de relativa importancia en el mundillo político de Londres, Harriet Lewin, escribió una exquisita y detallada biografía de su vida donde lo recuerda con mucho cariño. La misma constituye una fuente de primer nivel para la reconstrucción de su trayectoria biográfica. Es notable que pese a sus actividades financieras, y su participación activa en la política británica contemporánea, en su tumba situada en la abadía de Westminster se recuerda a Grote específicamente como “Historiador de Grecia”, promotor del Museo Británico y de la Universidad de Londres.<sup>74</sup>

Como era muy común en la época, Grote fue educado por su madre Bella Blosset, aunque en la biografía escrita por su esposa, afirma que también asistió al *Sevenoaks Grammar School* hasta 1804, luego al internado *Charterhouse School*.<sup>75</sup> Al finalizar sus estudios, su padre, también llamado George, desistió de enviarlo a la Universidad para foguearlo en el mundo de las finanzas desde su banco. Sin embargo, en *Charterhouse School* se había rodeado de otros intelectuales e historiadores liberales, como Connop Thirlwall,<sup>76</sup> el otro de los grandes historiadores de Grecia de su época. Autodidacta, el interés de Grote por la cultura continuó el resto de su vida. Estudió por su cuenta historia, economía, francés e italiano. Fue un conspicuo creyente del utilitarismo británico, frecuentando al economista David Ricardo y también a los filósofos Jeremy Bentham y James Mill en la década de los 1820-30, todos ellos en la plenitud de su vida y apogeo de su fama. Trabajó incluso una gran amistad con el hijo de James Mill, el también filósofo John Stuart Mill con quien llevó una fructífera correspondencia epistolar.<sup>77</sup>

Al contrario de la de Mitford, la obra de Grote es amplia y compleja, y está dedicada específicamente a temas sobre la política: *Statement of the Question of Parliamentary Reform* (1821), *Essentials of Parliamentary Reform* (1831), entre otras, y también sobre filosofía griega: *Plato's Doctrine Respecting the Rotation of the Earth, and Aristotle's Comment upon that Doctrine* (1860), *Plato, and the Other Companions of Sokrates* (4 vols.) (1865), que son sus principales obras. En 1872 su esposa Harriet publicó un libro de poemas escrito por Grote en la plenitud de su vida. Muchas de estas obras tuvieron una trascendencia póstuma, y son aún objeto de discusión entre los

---

<sup>73</sup> Grote, H., *The Personal Life of ...*, Op. Cit., p. 5.

<sup>74</sup> Sitio web *Find the grave*. URL: <http://www.findagrave.com/cgi-bin/fg.cgi?page=gr&GRid=20885>. [Acceso Dic-2016].

<sup>75</sup> Grote, H., *Ibid* p. 6.

<sup>76</sup> Grote, H., *Ibid*, p.7.

<sup>77</sup> *Additional Letters of John Stuart Mill*, Marion Filipiuk, Michael Laine, John M. Robson editors, University of Toronto Press, Toronto and Buffalo, 1991, P. 3, 136,151,205.

estudiosos del mundo griego. Su *A History of Greece*, en doce volúmenes, ha tenido frecuentes ediciones hasta la actualidad, así como también varias traducciones a lenguas modernas (francés, italiano, alemán) convirtiéndose así en la primera obra histórica inglesa con éxito internacional. Fue incluso publicada una edición en los Estados Unidos.<sup>78</sup>

La única participación política de la familia de Grote de la que quedan registros fue la de su padre como juez de paz y último Sheriff de los condados de Oxford y Kent hasta 1809,<sup>79</sup> lo que denota cierta lógica, ya que su actividad bancaria absorbía la mayor parte de su tiempo. Su abuela había vivido posiblemente en América durante el servicio de su padre, el General John Hale, quien había sido comandante del Fuerte Edwards en lo que hoy es Canadá y que participó de las Guerras Indias enfrentando al Marqués de Montcalm en dos ocasiones.<sup>80</sup> Aparte de algunos parientes directos por vía materna que prestaron servicio civil en la India a fines del siglo XVIII, la familia de Grote fuera de sus asuntos comerciales, no parece haber tenido una participación política más allá de la que un caballero de la aristocracia podía prestar por “*The King and your Country*”, como se acostumbraba en la época.

Por su parte, Grote tuvo en su esposa Harriet un gran apoyo en la faz política, puesto que ella se encontraba muy ligada al círculo pre-sufragista en la Gran Bretaña, siendo uno de los sustentos de Jeremy Bentham en sus políticas electorales. Para esas elecciones, Grote presentó su postulación para los comunes por la City de Londres en una campaña política complicada y en la cual tuvo que hacer un gran esfuerzo para obtener la banca.<sup>81</sup> La familia Grote fue también reconocida como una gran benefactora, sobre todo, en vida del autor. La Universidad de Londres y el Museo Británico lo cuentan como uno de sus principales benefactores económicos y artífices; un aporte directo a la educación del pueblo británico por la que es recordado aún hoy y que podemos enlazar de manera directa con su afición a los estudios clásicos.<sup>82</sup>

Quedan bien establecidas, por lo tanto, las diferencias entre los complejos sociales de cada uno. Mientras la familia Mitford participaba activamente en la construcción del Imperio, con dos de sus miembros cercanos a él, que perdían incluso la vida en la consecución de este objetivo,<sup>83</sup> la familia Grote estaba más vinculada a la banca y a los negocios financieros, importantes durante el periodo de despegue económico británico durante la revolución industrial, y construía su capital social a través de obras de prestigio y filantropía en su apoyo económico a la cultura. Dos mundos sociales y dos visiones diametralmente opuestas, por lo tanto, pero convergentes en una sociedad sumergida en la vorágine del cambio entre el siglo XVIII y el XIX.

---

<sup>78</sup> Demetriou, K. N., *Brill's Companion...*, Op. Cit., p. 8, n. 15.

<sup>79</sup> Burke, John, *A Genealogical and ...*, Op. Cit., Vol. I, P. 609.

<sup>80</sup> Sus superiores fueron los generales Webb y Wolfe, ambos conocidos por ser los personajes reales de la obra de J. F. Cooper *The Last of the Mohicans* (1826).

<sup>81</sup> Grote, H., *The Personal Life of ...*, Op. Cit., Londres, 1873, p. 71 – 73.

<sup>82</sup> El mecenazgo y la evergesía eran dos condiciones típicas de las clases dirigentes durante el período clásico en Grecia.

<sup>83</sup> A parte de su tío: Roger Reveley muerto en la India, su hijo Henry Mitford, Capitán del HMS York (64), un buque de línea, murió en 1803 durante las Guerras Napoleónicas, al estrellarse contra la “Bell Rock” donde murió ahogado con toda la tripulación: 491 hombres.

Cuando apareció el primer volumen de *A History of Greece* en 1846, Grote era ya un escritor experimentado. Aunque su monumental trabajo en doce tomos es su primera obra, es por la cual se lo recuerda en la actualidad. La obra ve la luz cuando después de una década agitada en la política británica, en la que el movimiento cartista, el coletazo reformador de la Revolución Francesa que sacudió la sociedad británica luego de las guerras napoleónicas, estaba perdiendo impulso. Ello no ocurrió por falta de interés, sino porque el proceso de reformas se fue dando a pesar de la represión del movimiento que perdió vigor en el mismo año en que la Revolución de 1848 arrasaba la Europa en pleno proceso de industrialización.<sup>84</sup> El último volumen de la obra va a salir al público en 1856, cuando la lucha de carácter político parecía haber sido puesta en un segundo plano por la clase obrera británica, debido a una serie de mejoras económicas que impactaron, sobre todo, en la clase media urbana. De esta manera, se moderaron las reivindicaciones políticas para concentrarse en la lucha de carácter sindical de los *Trade Unions*, que terminarían creando el partido laborista en los albores del siglo XX.

La obra de Grote deja entrever características típicas de la escritura del siglo XIX, con un sello positivista demasiado ajustado a las reglas y procedimientos de la crítica documental, en demasía quizás, aunque coincide con la obra de Mitford en cuanto al afán de abarcar y agotar un tema. El tipo de lenguaje utilizado para la exposición ya había comenzado a mutar con la obra de Thirlwall (1835-1844), siendo ya de tipo científico, en el que, sobre todo, se habían abandonado los giros literarios para centrarse directamente en la exposición de los hechos.<sup>85</sup> Además, *A History of Greece* no es la primera obra de Grote, por lo que podemos observar que es la pluma de un escritor avezado, no un profesional, pero tampoco un improvisado en la materia. La estructura de su obra condice con el movimiento que se estaba generando en la época, sobre todo en Alemania, donde la historia científica ya estaba dejando de lado al iluminismo. No tenemos que olvidar, sin embargo, que, por sobre todas las cosas, él es un político y la obra se encuadra dentro de su proyección política e intelectual, por lo que no descarta del todo el uso de las citas para fines que van más allá de lo puramente científico. A diferencia de Mitford, Grote cita a autores contemporáneos y no solo las fuentes, lo que lo pone dentro del movimiento de vanguardia que va camino a la profesionalización de los estudios clásicos en Gran Bretaña a principios del siglo XX.

Los primeros dos volúmenes de *A History of Greece* de Grote salieron de la imprenta en marzo de 1846 y fueron editados por la editorial John Murray de Albemarle Street, una de las editoriales británicas más importantes hasta la actualidad. Los principales libros de Lord Byron, Jane Austen y Samuel Coleridge fueron impresos allí, pero la fama de la editorial siempre estuvo puesta en el material científico que publicó, entre ellos, *El Origen de las Especies* (1859) de Charles Darwin. En los siguientes diez años vieron la luz los restantes volúmenes. Debido al avance de la tecnología de impresión, la obra tiene mayor coherencia estructural que la de Mitford, incluso, las impresiones transatlánticas como la de Harpers & Brothers de Nueva York parecen haber utilizado la misma estructura y, al igual que la de J. Murray, parecen utilizar los

---

<sup>84</sup> La última convención cartista se celebró en 1851, cuando deja de salir la tirada del periódico “*The Northern Star*”, órgano del movimiento por antonomasia.

<sup>85</sup> Bernal, M., *Atenea Negra...*, Op. Cit., p. 300, 304.

mismos Masters de impresión para las siguientes ediciones, lo que hace que no haya modificaciones sustanciales en el texto y en la diagramación en la obra. La misma fue editada en diez volúmenes en 1888 y en cuatro en 1900 sin modificaciones estructurales, salvo la cantidad de capítulos por libro.

El estilo del autor es, por lo general, académico. Discute fuentes, proporciona aparato erudito para que el lector coteje y, además, incluye discusiones historiográficas con historiadores, sobre todo, continentales. Aunque continúa utilizando citas políticas que podrían considerarse desde un punto de vista académico como superfluas, ello es menos frecuente que en Mitford. No abusa de la utilización del idioma griego en las citas, insertando el texto generalmente en su traducción inglesa, lo que revela un interés por un público más amplio para su obra. Además, su inclusión siempre es a los fines de probar un punto en cuestión, a modo de validación de hipótesis, revelando su maestría en el manejo y crítica hermenéutica de las fuentes antiguas. En su estilo narrativo, se refiere a él mismo en primera persona, pero solamente en las citas, en el cuerpo del libro se refiere a sí mismo en primera persona del plural “us” (nosotros), incluyendo de esta manera a los lectores en la autoría y participación de la investigación.<sup>86</sup> En su aproximación histórica al mundo griego, el autor también va a abarcar los períodos conocidos actualmente como oscuro, arcaico, clásico y helenístico, pero para una mayor comprensión vamos a utilizar la misma división establecida para ambos autores. Por lo general, cada capítulo tiene un promedio de unas 20 páginas.

#### Cantidad de capítulos dedicados a cada tema

Desde el punto de vista del autor	Desde un punto de vista moderno
Período Homérico:..... 21	Período oscuro:.....21
Período Temprano:.....32	Período arcaico:.....32
Guerras Médicas:..... 14	Periodo clásico:.....54
Guerra del Peloponeso:... 17	Período helenístico:.....13
Atenas Democrática:..... 9	
Predominio espartano:.... 14	
Helenística:..... 13	

### Impacto y recepción

Ambas obras tuvieron un gran impacto en la sociedad británica de la época. La obra de Mitford fue reseñada por las principales revistas contemporáneas, que la definieron como una obra fundamental. Ello ocurrió en el *Critical Review* (1784),<sup>87</sup> en el *Monthly Review* (en esta revista fueron reseñados todos los volúmenes de la obra) y en el

<sup>86</sup> Citas contemporáneas en Vol. 1; Rousseau, 205, Potter y H Prideaux 262. Hume y Dr Blair 326, y Mr Robertson y Walter Raleigh, 316, entre

<sup>86</sup> *Critical Review*, vol. 58, Hamilton A., 1784, p. 278.

*Gentleman Review*. J. R. Major hizo una adaptación de preguntas sobre esta historia de Grecia para uso escolar para el Trinity College de Oxford en 1827, y H. Clinton, en su *Fasti Hellenici* (1824-1851), que era una suerte de cronología de la Grecia antigua, dice haberse inspirado en la obra de Mitford, a la cual cita más de 100 veces. R. Davenport, por su parte, escribió una continuación de la obra en 1835 en el lugar donde la había dejado el autor. Con todo, el libro causó rechazo en buena parte de la intelectualidad británica de la época. Thirlwall, por ejemplo, la denostó directamente desde un plano más académico, sin dejar de ser un amateur en la materia. Aunque siguió teniendo peso dentro de la literatura británica, hoy en día es más recordada por las referencias que de la misma hizo Grote, que por su valor historiográfico intrínseco. El joven Grote, de hecho, inició su crítica con una reseña que escribió para la revista radical *The Westminster Review*, con el soporte filosófico de James Mill en abril de 1826, cuando Mitford aún vivía.<sup>88</sup> La última edición de la *The History of Greece* de Mitford apareció en 1938. Desde entonces, no volvió a ser reeditada.

Cuesta mucho, con nuestra visión de principios del siglo XXI, entender a Grote, el burgués, banquero, una de las más grandes fortunas de la Gran Bretaña victoriana, como un radical liberal que influyó en la postura de un moderado whig como William Gladstone, con el cual, sin embargo, tenía grandes diferencias respecto a la función del Parlamento y de la Monarquía.<sup>89</sup> Mucho más fácil es, a la distancia, calibrar la influencia de Gibbon y Mitford sobre W. Churchill, más de un siglo después, puesto que incluso compartían lazos familiares.<sup>90</sup> La obra de Mitford es claramente representativa de una clase social determinada: la *gentry* rural enriquecida, y va a condicionar su posición, la de su familia y su entorno como agente social, ya que es por *The History of Greece*, que se lo recuerda y no por otra cosa. Su interés principal es demeritorio, es decir, que en su obra intentará deconstruir una visión de la democracia griega, que era nueva en aquel momento debido a la Revolución Americana, pero que estaba teniendo un profundo significado político dentro de su estructura social.

Su estilo erudito y directo desnuda un claro intento de imposición de sentido, que busca generar aceptación para convertir a su historia de Grecia en el prelude perfecto de la *Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano* de Edward Gibbon, al tratar indirectamente un mismo tema de interés intelectual: las causas de la decadencia de las sociedades. La obra se ve más cuidada en la superestructura que en el contenido infraestructural, evitando de esta manera un diálogo entre el autor y el lector, y peor aún, entre el autor y los intelectuales que la analizan.<sup>91</sup>

La obra de Grote, sin dejar de representar a su grupo político y su base social, la burguesía urbana y parte de la *gentry* rural, intentará ser una obra académica. Aunque entra en diálogo crítico con las obras de su antecesor, la intención del autor es que *A History of Greece* tuviera peso intelectual por sí misma y que, de alguna manera, reemplazara o corrigiera antiguas y equivocadas interpretaciones de la historia antigua

---

<sup>88</sup> Briant, P., "Grote on Alexander ..." Op. Cit., p. 330.

<sup>89</sup> Babington, D., "Gladstone and the Classics", en Hardwick, L. y Stray, C., *A Companion to Classical Receptions*, Ed. Wiley-Blackwell, Hoboken, 2011, pp. 90-97.

<sup>90</sup> La esposa de W. Churchill, Clementine Hozier, era bisnieta de William Mitford.

<sup>91</sup> Esta clase de problemas formales se advierten por ejemplo en: Grafton A, *Los Orígenes Trágicos...*, Op. Cit., p. 131.

griega. Sin carecer de erudición, el autor va a coincidir con Mitford en imponer un pensamiento, pero permitiendo algo de interacción con el lector, citando autores contemporáneos de las escuelas británica como Thirlwall, un cercano amigo con el que compartía un común interés por la erudición, francesa, como Larcher, Rochette, pero sobre todo de la alemana como Droysen, con el que tuvo un contrapunto en referencia al helenismo a quien el autor consideraba un rival, También estima los aportes de Niebuhr, Boeckh, K. O. Müller, que son mencionados en el prefacio de su obra,<sup>92</sup> las cuales eran fácilmente asequibles en la época de la publicación. Hay que tener en cuenta que, para ese período, se encontraba en pleno proceso la construcción de la Grecia moderna en la que Gran Bretaña era un actor predominante desde su independencia del Imperio Otomano, al tiempo que el Gran Tour aristocrático, que antes se limitaba solamente a Italia, había terminado por abrirse a toda Grecia, permitiendo a decenas de jóvenes aristócratas visitar el suelo de los clásicos. La relación con la intelectualidad es más que obvia, ya que es una obra que fue discutida en los círculos intelectuales, como lo es hoy en día.

Existe un claro contraste infraestructural entre ambas obras, ya que el contenido no solo está destinado al gran público, sino a los intelectuales de la época. Las frecuentes citas de autores contemporáneos, sobre todo, los de la escuela alemana como Droysen y Müller le dan una contextualización, y una inserción en los debates académicos modernos, de los que la obra de Mitford carece por completo. Demasiado detallista e interminable, redundante en datos que carecen de importancia, algo típico del historicismo en boga en esa época, lo que la hace en muchos momentos aburrida para el lector profano. Con todo, desde el momento de su publicación, la obra de Grote se convirtió en un clásico para los especialistas no solo de Gran Bretaña, sino del resto de Europa, aunque iba dirigida al mismo público que el de Mitford. El impacto que tiene en el mundo académico va a sostener su prestigio.

Durante la época de su publicación en la Gran Bretaña se van a producir una serie de reformas sociales y educativas,<sup>93</sup> que van a modificar, entre otras cosas, las leyes laborales y su consecuente impacto en la estructura social del Imperio, algo que se condice con la obra parlamentaria de Grote. El Cartismo va a ir perdiendo impulso y, en ese sentido, cualquier vestigio de un levantamiento revolucionario va a quedar en lo anecdótico. Todas estas reformas, que tienen referencias directas al sistema democrático, del que Gran Bretaña se verá como legítima continuadora, van a crear un cierto conformismo con el sistema político establecido. Las reformas a las leyes de pobres van a crear, por otro lado, un despertar económico en las clases medias y bajas sin precedentes en el resto del mundo,<sup>94</sup> lo que va a hacer que cualquier vestigio de republicanismo quede al margen de cualquier discusión, incluso, después de la conformación del Partido Laborista y de su llegada al poder por primera vez en 1924. El éxito de las reformas promovidas por Grote y su grupo más radical del partido whig, por lo tanto, no hicieron más que sostener a la monarquía y a su principal aliado el partido

---

<sup>92</sup> Briant, P., "Grote on Alexander..." Op. Cit., p.337

<sup>93</sup> Bernal, M., *Atenea Negra...*, Op. Cit., p. 304.

<sup>94</sup> Polanyi, K., *La gran Transformación...*, Op. Cit., 1944, p. 126.

conservador, heredero del tory, mientras que el partido whig se disolvió finalmente entre el espectro político hasta desaparecer a fines del siglo XX (1988).

Para la presentación al gran público del primer volumen en 1846, Grote trataba de imponer un nuevo paradigma, que sólo consigue dentro de un determinado estrato progresista de la sociedad británica, más afín a su discurso. Durante todo el siglo XIX, e incluso ya entrado el siglo XX, *La Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano* y su historia de Grecia siguieron teniendo público, incluso, el mismo Grote al final de su vida confesó su admiración por la obra de Gibbon.<sup>95</sup> Pero su gran logro es que durante el proceso de profesionalización de la historia antigua clásica, la obra de Grote fue tenida en cuenta dentro del círculo académico.

En la Inglaterra del rey Jorge III existía, por su parte, una organización de pares, social, política y económica para darle un sustento intelectual al discurso de Mitford, aunque no va a lograr imponerse como canon, ya que de inmediato su obra se vio enfrascada en una dialéctica contestataria dentro del mismo grupo social del que era originario. Esto ponía en duda que *The History of Greece* se encuadrara como “correcta y científica”, ya que sus conocimientos clásicos provenían de sus paseos por Francia, donde había estudiado la antigua Grecia en un periodo en el que recuperaba su salud y, al mismo tiempo, se relacionaba con autores franceses como el Barón de Saint Croix. Su historia académica es de por sí bastante pobre, aunque su cultura general, debido al círculo social donde se movía, se destaca por ser bastante rica. Pero esto comenzaba a ser considerado insuficiente en esa época, lo cual puede advertirse con claridad en las ediciones posteriores a 1824,<sup>96</sup> donde la obra comienza recibir severas críticas desde el ámbito académico de Oxford y Cambridge.<sup>97</sup> Pero en definitiva, el pasado y su relación con el presente de la Gran Bretaña constituyen una representación elaborada desde un lugar específico de la estructura social: la fracción dominante de la burguesía y la nobleza británica.<sup>98</sup>

El público de la *The History of Greece* de Mitford debe ver, en primer lugar, una continuidad histórica, dado que la Gran Bretaña es heredera directa de la cultura clásica, en lo que va a coincidir con Grote, pero, a su vez, en segundo lugar, debe quedarle en claro una advertencia de lo que puede suceder si se desvía del camino, lo que aparece como una referencia de tipo profético. Durante el periodo en que se publica su obra, la era de las revoluciones, una del otro lado del Atlántico y otra solo a unas millas cruzando el canal, parecen darle la razón y logra, en cierta medida, suscitar adhesiones dentro del grupo social al que va dirigido.<sup>99</sup> La visión de un destino manifiesto para el esplendoroso Imperio Británico, parece ser uno de sus principales objetivos, haciendo netas comparaciones con lo sucedido en las colonias americanas, pero, sobre todo, en la Francia revolucionaria. La situación en la que se encuentra el Imperio Británico expandiéndose por todo el mundo, hace del mismo una entidad extraordinaria, casi

---

<sup>95</sup> Grote, H., *The Personal Life ...*, Op. Cit., p. 296.

<sup>96</sup> Mitford, W. *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cadell, (1835 -1838). Advertencia a la primera edición póstuma por el editor William King, p. 7.

<sup>97</sup> Clinton, H. F., *Fast Hellenici*, vol. I, II y III, Oxford at the Clarendon Press, 1824.

<sup>98</sup> Costa, R. y Mozejko, D., *El discurso como...*, Op. Cit., p.78-79.

<sup>99</sup> Sobre este tema, de ver a los autores como agentes sociales; ver: Costa, R. y Mozejko, D, *Lugares del decir*, Homo Sapiens, Rosario; 2002, p. 34.

destinada al éxito por el favor de Dios, salvo que el poder y las decisiones dejaran de pasar por la exitosa clase gobernante y, en cambio, se depositaran en el populacho, que Mitford considera que no tiene ni las herramientas intelectuales ni morales para dicha tarea.<sup>100</sup>

Podemos decir, una vez más, que la tarea que Mitford se planteó fue conseguida con cierto éxito en un principio, pero sin lograr una trascendencia dentro de la intelectualidad británica. La educación en esa época no tenía un carácter estatal, no estaba centralizada y, por supuesto, tampoco estaba destinada a toda la población, por lo que, aunque la obra gozaba de los favores de la corona y del partido en el poder, era imposible que se pudiera imponer como una especie de historia oficial. La independencia y la tradición de las instituciones educativas británicas, tan heterogéneas y dispersas, lo hacían imposible. Como ya existía una intelectualidad, que además había hecho de los estudios clásicos una norma, *The History of Greece* de Mitford se vio de frente con una pared de pensadores y políticos que la cuestionaron al poco tiempo de ser publicada.

La intención del autor de enmarcarse junto a Edward Gibbon como propietario del tema, si bien es conseguido en un principio, esto finalmente no pudo cristalizar. Puede decirse también que la obra de Mitford fue la encargada de generar una reacción intelectual que terminaría quitándole autoridad y enviándola al esquicio de una biblioteca. Grote, por su parte, “sí logró” insertarse en el mundo académico de la Gran Bretaña, y de todo Occidente hasta la actualidad, en un momento en que en la historiografía europea se daba un quiebre. No logró del todo, sin embargo, imponerse como canon, pero consiguió tener un peso académico que la obra de Mitford no conseguiría. Para ya entrado el siglo XX, W. Churchill mencionaba que su interés por la historia había nacido después de leer la obra de Gibbon,<sup>101</sup> de la cual *The History of Greece* de Mitford fungía como prelude. Grote no les quitó el título de propiedad de la historia antigua, que pretendían Gibbon y Mitford, pero las erosionó lo suficiente en el campo social y político. Es en el mundo académico donde logra su éxito más resonante. Con su apoyo a las instituciones educativas y a la creación de la Universidad de Londres, colaboró significativamente en la profesionalización de los estudios clásicos y en la adopción de paradigmas traídos del continente, sobre todo, de Alemania, impidiendo nuevos intentos conservadores de apropiación de la historia, quizás a costa de que en ese proceso entrara también su propia obra.

---

<sup>100</sup> Mitford, W. *The History of Greece*, T. Cadell, (1835 -1838). Vol. III, pp. 216, 462-463.

<sup>101</sup> Quinault, R. "Winston Churchill and Gibbon," en *Edward Gibbon and Empire*, eds. R. McKitterick and R. Quinault, Cambridge, 1997, p. 317-332.

## Capítulo 2

### Revoluciones y revueltas.

#### Entre la Antigüedad y *el mundo moderno*.

#### El concepto de revolución

La idea de revolución, por el abuso que se ha hecho del término, es una de las principales víctimas de la historiografía moderna, por lo cual, es muy complicado, y hasta a veces azaroso, abordar el tema. Las revoluciones en la edad moderna se dieron en una época especialmente fértil para la creación de mitos de orígenes y reinterpretaciones de la Antigüedad.<sup>102</sup> Mitford va a escribir su obra y va a ser partícipe de este proceso, siendo contemporáneo de dos grandes revoluciones: la de las Colonias Americanas y la Francesa, a la que se refirió como “los sucesos de Francia”. Por su parte, Grote va a analizar la revolución en la Antigüedad desde un enfoque historicista, lo que le va a dar a la temática una visión conceptual de avanzada para la época.

El concepto moderno de revolución, e incluso la misma idea construida alrededor de este, procede del siglo XVIII, y está intrínsecamente ligado a la Revolución Francesa y a la génesis del mundo contemporáneo. Esto vuelve difícil la aplicación de este concepto, enunciado en los términos del mundo capitalista, a la Grecia clásica sin más. Al respecto, una definición concisa y operativa de revolución es la provista por Griewank, para quien este fenómeno implica: un proceso violento y repentino, en especial en lo que hace a cambios en las instituciones estatales y la ley; un contenido social que aparece en el movimiento de grupos y masas, manifestado en acciones de resistencia abierta; y una forma intelectual programática (o ideología), que define objetivos<sup>103</sup>.

En efecto, como se ha sostenido, no es fácil advertir en la Antigüedad la existencia de una idea nítida de cambio progresivo en la estructura político social, que genere una transformación radical de la misma.<sup>104</sup> Si queremos extrapolar este concepto a la Antigüedad, nos vamos a encontrar con que su utilidad explicativa es limitada. La idea de revolución, con movimientos de masas y disturbios callejeros conducente a un proceso de cambio político-social, va a chocar de plano con un mero anhelo de tener una política independiente en referencia a una potencia, para caer en la representación que hace Tucídides de la stásis: todavía fiel a las construcciones autorizadas de esta, caracterizará a la guerra civil como la inversión de los valores que constituyen una tradición de pensamiento cívico.<sup>105</sup> Los objetivos dentro de los movimientos o rebeliones populares en el mundo griego antiguo, no eran acciones estrictamente revolucionarias porque tenían como objetivo retrotraer las cosas, es decir, buscaban una

---

<sup>102</sup> Porter R. y Teich, M., *La revolución en la historia*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990, p. 10.

<sup>103</sup> Griewank, K., *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff*, Suhrkamp, Böhlau, Frankfurt am Main, 1973.

<sup>104</sup> Finley, M., “La Revolución en la Antigüedad” en *La Revolución en la Historia*, Ed Crítica, Barcelona, 1990, P. 76.

<sup>105</sup> Loraux, N., *La guerra civil en Atenas La política entre la sombra y la utopía*, Ed Akal, Madrid, 2005, p. 112.

vuelta al pasado, fundamentalmente, una reincorporación del ciudadano a la estructura política políada mediante la mejora de sus condiciones materiales tras un reparto de tierra y una cancelación de deudas.<sup>106</sup> Es decir, la revolución tenía un carácter de vinculación con el pasado, de allí la creación de mitos políticos de orden ideal, como el aristocrático de la *pátrios politeía* (la constitución de nuestros padres).

La historiografía moderna ha podido establecer una frontera entre las perspectivas de los antiguos y las de los modernos, entendiendo que las condiciones históricas en las que los hombres y las sociedades se desarrollan son, en buena medida, únicas. Ello fue, sin embargo, producto de un largo derrotero intelectual que condujo a la aparición del historicismo. Los autores que estudiamos en esta investigación están en el umbral, valga la redundancia, de esta revolución en el pensamiento y la conciencia histórica.

En la mayoría de los casos en que Mitford atribuye el nombre de “revolución” a un acontecimiento antiguo, se trata más bien de rebeliones, de eventos en los que hubo algún tipo de conmoción social, en los cuales, una vez conseguido el objetivo, se produjo el regreso a un estado anterior. Un claro ejemplo de esto es cómo el autor interpreta el accionar de Trasíbulo en la deposición de los Treinta Tiranos, a los que Mitford les asigna un carácter revolucionario que lleva a Atenas a una situación similar a la que existía antes de la derrota en manos de los espartanos.<sup>107</sup> ¿Por qué el autor se refiere a esto como una “revolución”? Hasta la Revolución Francesa, una de las acepciones del concepto de revolución es la de “retorno”, algo que marca la reaparición de mejores días,<sup>108</sup> lo que vincula el término específicamente con el campo de las leyes de la mecánica. La revolución, desde esta perspectiva, se da cuando una sociedad se ve trastocada por un conflicto social, cuyo objetivo es solucionar las causales de dicho conflicto con el regreso a la situación anterior. Es decir, no hay una idea de proyección hacia futuro, sino de retroceso.

Sin embargo, la época de Mitford estará surcada por dos de las principales revoluciones de la modernidad: La Revolución Americana y, sobre todo, la Revolución Francesa, por lo que el término revolución se va a ir asociando a lo largo de su obra a cualquier tipo de revuelta que ponga en riesgo el orden establecido. Ello ocurre particularmente en el caso de que el régimen en riesgo sea una monarquía, con la cual Mitford es particularmente afecto políticamente. En el caso de ser una democracia, aquí se va a producir el desenlace previsto por el autor, que era algo ya “intrínseco” a ese tipo de gobierno. La democracia conlleva para Mitford, entre otros aspectos, la administración por el “populacho” (*mob-rule*) de los asuntos del Estado, lo que, en su opinión, debía estar en manos de una élite. El gobierno de una multitud ociosa, concepto asociado al propio Mitford, traía intrínsecamente el desencadenamiento de una lucha por el poder que en la mayoría de los casos conducía a un caos revolucionario que restituía la situación anterior:

Grote escribirá su obra, por su parte, principalmente durante la época victoriana, donde la Guerra de Independencia de Grecia, junto con el recuerdo del Trienio Liberal en España, de las revoluciones independentistas en América Latina y la Revolución de

---

<sup>106</sup> Martínez Lacy, R., *Rebeliones Populares en la Grecia Helenística*, UNAM, México, 1995. p. 21.

<sup>107</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., Vol III, 1838, p 147.

<sup>108</sup> Vidal Naquet, P., *La democracia griega una nueva visión*, Ed. Akal, Madrid, 1992. p. 165-166.

Julio en Francia, daban forma en la memoria colectiva a la idea de un movimiento revolucionario progresivo, que implicaba cambios irreversibles. Todos estos eran vistos tanto como una revolución contra un régimen imperante, como sendos movimientos democráticos, más parecidos a la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, que a la propia Revolución Francesa, por lo tanto, no entrarían dentro del molde de la definición clásica de revolución, donde el proceso de cambio dentro de la propia estructura de la sociedad es el objetivo final y no la liberación de esta de un poder “despótico” extranjero.<sup>109</sup> Como ya he afirmado, Grote utilizará con cautela el término “Revolución” en su *A History of Greece* para conceptualizar procesos similares en la Antigüedad. En particular, se interesará en el mismo como parte de la evolución de la democracia dentro de la sociedad griega, como proceso de revueltas y rebeliones, y no como revoluciones que generarán transformaciones sociales. Para Grote, en efecto, el término revolución significa un cambio dentro del proceso democrático, como es el caso específico de lo que él llama “la revolución de Clístenes”, que no es más que la explicación con ejemplos de este proceso.<sup>110</sup> Donde en relación a la evolución y la soberanía de la mayoría afirma:

This is an idea new to the Athenian bosom; and with it came the feelings sanctifying free speech and equal law, - words which no Athenians citizen ere afterwards heard unmoved<sup>111</sup>

(“Está es una idea nueva para los atenienses; y con esta llegaron los sentimientos que santificarían la libertad de palabra e igualdad ante la ley, palabras que ningún ciudadano ateniense poco después escuchó indiferente”)

Desde el punto de vista histórico, el concepto más antiguo es el de guerra civil, que puede o no estar ligado a rebeliones y revueltas. La guerra es tan antigua como la historia del hombre, por lo tanto, las revueltas y rebeliones lo son también. Pero la revolución en sentido estricto no existió con anterioridad a la modernidad. De todos los fenómenos políticos más importantes, la revolución es uno de los más recientes.<sup>112</sup> Esto no implica negar los conflictos sociales en el mundo antiguo, que existieron de forma manifiesta. Nadie puede olvidar que Aristóteles, cuando se disponía a interpretar y explicar la *metabolé* de Platón, ya había descubierto el rol de lo que ahora llamamos motivación económica. En esta, tanto en el derrocamiento del gobierno a manos de los ricos y el establecimiento de una oligarquía, como en el derrocamiento del gobierno a manos de los pobres y el establecimiento de una democracia, va a tener un papel predominante. Tampoco pasó inadvertido para los aristócratas desplazados de la toma exclusiva de decisiones políticas, el hecho de que los tiranos se elevaban al poder

---

<sup>109</sup> Finley M. “La Revolución en...” Op. Cit., p.80.

<sup>110</sup> Grote, G., *A History of Greece*, Vol. IV, John Murray, Londres, 1869, p. 126.

<sup>111</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op Cit, Vol. IV, 1869, p. 139.

<sup>112</sup> Arendt, H., *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 2013. p. 12.

gracias a la ayuda de los pobres o al pueblo llano y que su mantenimiento en el poder dependía del deseo que tuviera el pueblo de lograr la igualdad de condiciones.<sup>113</sup>

El concepto de revolución no está asociado simplemente a la noción de cambio. Las revoluciones en la modernidad van a tener muy poco en común, en ese sentido, con la *mutatio rerum* que se plasma en Roma, o con la *stásis*: la pérdida de poder seguida de la lucha civil que perturbaba la vida de las *poleis* griegas. Ambos autores ingleses estaban familiarizados con estas definiciones sobre las conmociones sociales en la antigua Grecia y Roma, ya que Mitford era un erudito en lo referente a la Grecia clásica y Grote escribió su segunda obra en importancia *Plato and the other companions of Sokrates...* dedicándole cuatro volúmenes justamente al pensamiento del filósofo.

El posicionamiento de Mitford al respecto es claro, se encuentra muy cercano al pensamiento de Barthélemy Hauréau y Louis LeRoy, sobre la degeneración de los tipos de constitución, empezando por la Monarquía hasta descender en la Olocracia,<sup>114</sup> algo que afirmaba abiertamente en su obra. La posición de Grote es más ambigua y expectante, aunque reconoce excesos en las convulsiones sociales en la antigüedad y en su propio tiempo, tiende a situarlas dentro de un proceso donde la evolución democrática, por lo general, sale favorecida.

Para finalizar, si hay un acuerdo generalizado en coincidencia sobre el término revolución, esto ocurre a propósito del concepto de cambio, el cual no se encuentra aislado y que se vincula a las acepciones de revolución política, social y económica tanto como a las conceptualizaciones contemporáneas de revolución científica, tecnológica e industrial, que era de la manera en que estaba comenzando a verse el término revolución en la época en que Grote estaba escribiendo su obra, algo que puede distar de la visión que tenemos del término en la actualidad.

La revolución política, la más visible de todas, encaja dentro de un amplio proceso que termina trastocando a todo el conjunto de la sociedad, con sus puntos de no retorno que hacen de esta un proceso irreversible y donde el concepto “ruptura” se yergue sobre los otros. Pero ¿qué hace que una rebelión popular se transforme en una revolución? Mitford va a hacer pivote en la crisis de dominación y en la violencia del proceso revolucionario, que son los aspectos que más van a condicionar su obra, a la vez que Grote va a poner énfasis en la amplia participación de la población y en el cambio de autoridades condicionadas por esta misma participación. Pero este último va a desarrollar una idea más sofisticada de la revolución, en consonancia con los avances científicos de su época. La revolución política, económica y social, va a estar en la obra de Grote íntimamente ligada a la revolución tecnológica, científica e industrial, en medio del impulso evolucionista propio de la época en la cual escribió su obra. Ambos análisis de la revolución en la antigüedad, sesgados en mayor o menor medida por sucesos contemporáneos a la vida de los autores, dista en gran medida de la visión que tenemos en la actualidad del término, el cual se encuentra inmerso dentro de un proceso global donde los cambios se suceden con una cadencia mayor, y nos obligan a mirar a la revolución en la época de los autores a través de una óptica diferente.

---

<sup>113</sup> Arendt, H., *Sobre la Revolución...*, Op. Cit., p. 21.

<sup>114</sup> Koselleck R. *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1977 Cit., p. 70.

## Las revoluciones en la modernidad y en el mundo anglosajón.

La visión de lo que es un proceso revolucionario vista desde los ojos de Mitford, o de Grote, varía en gran medida por los efectos que todos estos movimientos revolucionarios implicaron para ellos, y la propia interpretación de sus respectivos presentes. Los tories van a tener una mirada particular sobre las revoluciones “regicidas” que removieron a los Estuardo en Inglaterra, algunos de ellos, incluso, después de que esta dinastía ya no reinara. Podemos ver esta situación en el apoyo que consiguió el destituido Jacobo II en la invasión a Irlanda en 1690 que terminó con una derrota a orillas del río Boyne, o el levantamiento popular en las tierras altas de Escocia llevadas a cabo por su nieto Carlos Estuardo, que lograron la simpatía de un amplio espectro de la población, por más que culminaron en rotundos fracasos.

Para Grote, las revoluciones solo van a existir como parte del proceso democrático, como elementos íntimamente vinculados en su interpretación histórica, aunque, sin embargo, va a reaccionar de alguna manera ante la violencia descontrolada desatada allí. La *Glorious Revolution* de 1688 y la Revolución de Julio de 1830, ambas son las que van a terminar con el poder real y van a instaurar un orden basado en la burguesía que va a regir la política a ambos lados del canal. La revolución “derrotada” de 1848, aunque para la memoria popular tuvo su eje central en París, se desarrolló principalmente en Europa central, donde barrió como una bocanada de aire puro con el *Ancien Régime*, pero principalmente consiguió el reemplazo de las Dietas, que se basaban en estructuras estamentales en Austria, Polonia y principalmente en Alemania, por parlamentos similares al que funcionaba en Inglaterra.<sup>115</sup>

Uno de los elementos que parecen claves dentro de un proceso revolucionario, es su comparación directa con las revoluciones rusa y francesa, sobre todo con esta última. La Revolución Francesa es, en el fondo, a lo que todas las revoluciones aspiran<sup>116</sup>. Este modelo es solo aplicable a las revoluciones posteriores, y de ninguna manera podemos utilizar este concepto a las revoluciones de la Antigüedad, aunque la perspectiva de la historia *magistra vitae* siempre estuvo tentada de anular toda distancia real entre ese campo de experiencia lejano y la realidad presente, sobre la base de pensar una continuidad entre ambas<sup>117</sup>.

La movilización de masas es un factor central en la revolución moderna, que generalmente está asociada a revuelta, aunque no es absolutamente necesario que suceda de esta manera. La etapa violenta, no precisamente proviene de la participación de la masa movilizada, sino que se produce en consecuencia. El descontento popular expresado de este modo, favorece, y es condición *sine qua non* a otro de los elementos claves dentro de un proceso revolucionario que es la pérdida de poder de los sectores dominantes. El desencadenamiento de la violencia, la parte más visible de una revolución, es, por lo tanto, la consecuencia primordial; pero no necesariamente la

---

<sup>115</sup> Klíma, A. “La Revolución Burguesa de 1848-49 en Europa Central”, en Porter, R. y Teich, M., *La revolución en la historia*, Ed Crítica, Barcelona, 1990, p. 110.

<sup>116</sup> Hobsbawn, E. J., “La Revolución” en Porter R. y Teich, M., *La revolución en la historia*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990, p. 18.

<sup>117</sup> Koselleck, R., *Futuro Pasado...*, Op Cit., p. 128-129.

movilización de masas, la pérdida de poder por la elite gobernante y la violencia por sí mismas, pueden generar una revolución. La revuelta en si puede transferir el poder de un régimen anterior a uno nuevo, donde en muchas ocasiones suele haber una contrarrevolución, la cual puede tener un éxito dispar dentro del mismo proceso, algo que se presenta como un fenómeno común dentro de las revoluciones en el mundo moderno. Un ejemplo claro de esto es la Restauración Monárquica de 1660 y la posterior *Glorious Revolution* de 1688 que no se pueden analizar por separado de la revolución parlamentaria de 1642.

Una revolución, sobre todas las cosas, es un incidente que pone en crisis un sistema sometido a una tensión creciente, un punto de ruptura en el cambio macrohistórico que impacta en toda la sociedad. En la época moderna, este proceso se produce dentro de un macrofenómeno en el que “las fuerzas productivas de la sociedad entran en conflicto con las relaciones existentes de producción”, según afirma Marx. Este punto de vista no solamente es sostenido por el pensamiento marxista, sino que también es la base del pensamiento conservador.<sup>118</sup>

Mitford asevera con insistencia que una revolución en Gran Bretaña es injustificable e innecesaria. Aunque no hace referencia al sistema democrático en funcionamiento en su país, no deja de hacer referencias a Inglaterra como un país de personas libres.

The English nation, it may be fairly said, was always free. Justice is wanting among the historians, even to the Norman reigns. The debt to the first Plantagenet, the second Henry, is incalculable.<sup>119</sup>

(“La nación inglesa, sería justo decir, siempre fue libre, La justicia es deficiente entre los historiadores, incluso en los reinos normandos, la deuda con el primer Plantagenet, Enrique II, es incalculable”)

Lo que vincula con algo que él afirma era norma en la antigua Grecia, los reclamos por la libertad y la constante pérdida de control del gobierno en manos de la masa ociosa, algo que puede ocurrir en una Inglaterra revolucionaria. Mitford afirma que es algo innecesario, al igual que la instauración de la república, ya que los fundamentos de la constitución y el carácter del pueblo británico, eran suficientes para el establecimiento de un gobierno sólido:

*I may here perhaps be a digression (...) to observe that the British Constitution is compounded of all the legal simple form acknowledged by the Greeks, Monarchy, Oligarchy, Aristocracy and Democracy*<sup>120</sup>

---

<sup>118</sup> Hobsbawm E.J., “La Revolución...” Op. Cit., p. 18.

<sup>119</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., Vol. VIII, 1838, p.194.

<sup>120</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cadell, Vol. I. 1838, p 255.

(“Podría haber aquí quizá una digresión (...) para observar que la Constitución británica está compuesta de toda forma simple legal reconocida por los griegos, Monarquía, Oligarquía, Aristocracia y Democracia”)

La revolución parlamentaria de 1642-51, no tiene para Grote, en cambio, la significancia de la *Glorious Revolution*, pero sí lo va a tener el gobierno despótico de Cromwell como Lord Protector de la Gran Bretaña, alguien que detentó el gobierno basado en el poder de la gente, apartando al legítimo gobernante, al rey, pero que luego se va a convertir en un tirano como ocurrirá posteriormente con Bonaparte.<sup>121</sup>

Después de la Restauración, se podía pensar que la Revolución Inglesa, parecía no haber cambiado nada, pero el peso del Parlamento en la política británica dio un giro significativo. El Parlamento que mandó a buscar a Carlos II, fue el mismo que decidió sobre la sucesión del hermano de este, Jacobo II, veintiocho años después, quedando en claro que a partir de ese momento ya no era el rey quien gobernaba Gran Bretaña, sino el Parlamento. 1688, año de la *Glorious Revolution*, es justamente tomado por Grote como un hito sobre las obligaciones y deberes de los ciudadanos o para la creación de instancias superadoras a nivel judicial.<sup>122</sup>

La otra gran revolución que se produjo en territorios británicos y que tendrá una fuerte influencia en la obra de los autores será, sin lugar a dudas, la Revolución Americana. Esta es difícil de catalogar, ya que en el momento de producirse, los súbditos de las colonias eran considerados británicos que se alzaban contra la corona, aunque aquí hay claramente dos facciones en conflicto. Las fuerzas monárquicas que se enfrentan a las fuerzas republicanas o independentistas, se convierten claramente en un ejército de ocupación, como lo refleja insistentemente la historiografía americana. Aunque existieron fuerzas monárquicas probritánicas en América, sobre todo en Canadá, no se puede hablar de una lucha de facciones como en la Revolución Inglesa. Específicamente se habla de “*American Revolution*” en la historiografía anglosajona, a los sucesos de 1774-76, es decir, solo a la primera parte de la Guerra de Independencia americana que dura oficialmente hasta 1783, un año antes de que Mitford publicara el primer tomo de su *The History of Greece*.

No existía un nombre específico, en efecto, para referirse en ese momento a la Revolución Americana, a la cual el autor hace referencia como parte de un proceso histórico intrínsecamente británico.<sup>123</sup> Cuando Mitford hace mención a la guerra entre Inglaterra y sus colonias americanas, lo hace como algo en curso y, lo que es más importante, en ningún momento hace referencia a una revolución.<sup>124</sup> Para Grote, que escribió su obra pocos años antes de que se desencadenara la Guerra Civil en los Estados Unidos, el proceso de la revolución americana era un hecho ya concluido, él

---

<sup>121</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., Harper & Brothers Vol. III, 1849, p. 27.

<sup>122</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., John Murray, Vol. II, 1849, pp. 86, 448.

<sup>123</sup> Durante, e inmediatamente después de la guerra de independencia, los británicos en América foguearon la conformación de la Confederación india de Tecumseh en los territorios del Noroeste de lo que son hoy los Estados Unidos, para conformar un Estado tapón y así confinar la revolución al territorio de las trece colonias, siendo esta la principal causa de la guerra de 1812, un hecho que sucedió dos años después de que el autor culminara su obra y que fue la consolidación del proceso revolucionario

<sup>124</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol II, 1829, p. 13.

denomina al lugar donde aconteció con el nombre con el que se le asigna en la historiografía moderna: *Estados Unidos de América*, el cual no se hallaba del todo asentado todavía en la época de Mitford, quien se refería a ellas todavía como: “*The American Colonies*”.

La Revolución Americana, que para los años en que Grote escribió su obra todavía era conocida comúnmente en Gran Bretaña como “*The American War*”, ya es un hecho consumado. Incluso el ala conservadora del partido whig, encarnada por Edmund Burke, había entablado la propuesta de una convivencia pacífica a través del *Discurso de Conciliación* ya antes de 1776. Por su parte, Grote interpreta que Burke basaba sus argumentos en las recomendaciones que Aristóteles le había hecho a Alejandro sobre que debía comportarse para con los griegos como un líder, o como un jefe limitado, y que estos principios eran los que debía seguir la Gran Bretaña con sus colonias díscolas.<sup>125</sup>

Como ya he señalado antes, Grote tenía una amplia simpatía para con los movimientos revolucionarios. En su tiempo, colaboró económicamente con la Revolución Francesa de 1830, la cual tiende a compararse con la *Glorious Revolution*. En el caso de la Revolución Francesa propiamente dicha, “*The First French Revolution*”, como era conocida para esa época, la verá como un paso necesario para la consolidación de la democracia, con sus aciertos y errores, tal el caso de la evolución democrática de los cantones suizos, aunque menciona que fue un hecho violento de la historia reciente.<sup>126</sup>

Ambos historiadores, sin embargo, van a ser testigos de una parte importante de la era de las revoluciones: la oleada de 1810 en las costas del Mediterráneo, que principalmente afectará a las colonias españolas de América. Gran Bretaña va a tener una participación clave en este estallido revolucionario pero aunque ello va a ser de mucha importancia para la política y la economía británica de la época, ninguno de los dos autores hará referencia alguna a estos sucesos

El fracaso de la revolución de 1848 en el continente traza la línea entre reforma y revolución en Gran Bretaña, y también estableció un clivaje entre liberales y radicales. Aunque ambas facciones coincidían en eliminar las trabas feudales y crear un sistema capitalista, los liberales eran partidarios de entablar un compromiso con la elite, mientras que los radicales eran partidarios de medidas más drásticas, entre ellas el abolir la monarquía e instaurar una república.<sup>127</sup> Era obvio que al estar establecido el Parlamento en Gran Bretaña, el reformismo liberal, como era visto en el resto de Europa, en la tierra de los autores ya no era necesario; por lo que los demócratas, como también eran llamados los radicales en Europa, en Gran Bretaña solo tenían la vía del radicalismo político, eso sí, al estilo inglés, por lo que el radicalismo de Grote es un reformismo construido sobre una estructura democrática ya medianamente establecida. Para dejar en claro esto de alguna manera, mientras por toda Europa estallaban manifestaciones y barricadas, y donde la muchedumbre exigía cambios urgentes en la estructura de poder, la única manifestación que se realizó en la Gran Bretaña para esta

---

<sup>125</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., John Murray, Vol. XII, 1853, p. 266.

<sup>126</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., John Murray, Vol. IV, 1853, p.154.

<sup>127</sup> Klíma, A., “La Revolución Burguesa de...” Op. Cit., p106.

época, fue la que se agolpó en el Cristal Palace durante la inauguración de la *Great Exhibition*.<sup>128</sup>

## La revolución en el mundo antiguo

No voy a tener en cuenta para este trabajo al proceso largo en la antigüedad, ni a los estudios sobre eventos anteriores o posteriores al periodo clásico en Grecia, los cuales hacen hincapié en revueltas populares y en las rebeliones de esclavos en Roma, sino que voy a poner énfasis en el proceso que van a describir los autores británicos en sus obras. El mismo tiene que ver con el largo proceso en Atenas desde fines del siglo VII hasta mediados del V a.C., que se conoce normalmente como el paso de una polis aristocrática a una democrática, la cual va sobrevivir incluso a la tiranía de Pisístrato.<sup>129</sup> El mismo comienza con Dracón, y sigue específicamente con las reformas de Solón, pasando por la constitución de Clístenes y el gobierno de Pericles, luego con la crisis producida durante la Guerra del Peloponeso, que va a culminar con la revuelta contra el Consejo de los Treinta Tiranos, este último quizás, el caso paradigmático de lo que podría ser un proceso revolucionario en la Antigüedad.<sup>130</sup>

Para analizar la revolución en la Antigüedad, o lo que los autores podían ver como revolución, tenemos que referirnos al término *stásis*. Este significa “detención”, pero es como los antiguos denominaban a la guerra civil o lucha de facciones, que devenía, por lo general, cuando un régimen instituido perdía repentinamente el poder. La *stásis* también está asociada a la lucha callejera y, en algunas ocasiones, como en la *stásis* de Corcira, a matanzas y venganzas con participación de las masas populares de la polis. La *stásis* solo se podía dar en un contexto determinado, que era cuando el pueblo se unía a alguna de las facciones, y de las cuales, algunos de sus líderes se proyectaban como caudillos. El término no permaneció invariable durante el mundo antiguo griego. Se observa que la *stásis* es el resultado de la acción de las clases populares en rebelión unidas a otras facciones contra el poder establecido en busca de reformas constitucionales, que confirieran al cuerpo ciudadano una mayor participación.<sup>131</sup> Por lo general, las clases populares van a participar de las revueltas con objetivos precisos, uno de ellos, por no decir el principal, va a ser la abolición de las deudas y redistribución de la tierra,<sup>132</sup> por lo cual, las revueltas van a parecer más un tumulto por impuestos, o por deudas privadas, más que un movimiento en busca de cambios drásticos que implicaran reformas constitucionales, y que garantizaran a los ciudadanos derechos durante varias generaciones.

El uso del concepto de revolución para entender la historia griega antigua ha sido por ello sometido a crítica. No se puso en duda el sistema económico prevalente, ni se intentó transformar violentamente la estructura social sobre el que aquel se sustentaba.

---

<sup>128</sup> Schama, S., *A History of Britain*, The Bodley Head, Londres, 2009. p. 197-198.

<sup>129</sup> Pomeroy, S., Burstein, S., Donlan, W., Tolbert Roberts J., *La Antigua Grecia, historia política, social y cultural*, Crítica, Barcelona, 2001, p. 201.

<sup>130</sup> Finley M. “La Revolución en...” Op. Cit., p. 76.

<sup>131</sup> Martínez Lacy, R., *Rebeliones populares en...*, Op. Cit., p. 21.

<sup>132</sup> Martínez Lacy, R., *Ibid*, p. 21.

No hay traza de que se haya puesto en duda la legitimidad de la esclavitud, o las formas colectivas de servidumbre como tales, salvo en casos muy puntuales y coyunturales.<sup>133</sup> En el mundo antiguo griego eran las circunstancias políticas en cada caso las que detonaban la revuelta.<sup>134</sup>

Los escritores antiguos, que provenían de la aristocracia casi en forma total, van hablar muy peyorativamente de los episodios de *stásis*, naturalmente. Incluso, ya entrada la edad moderna, los historiadores, asociados con el orden establecido, no van a dejar de anatemizar esta noción. La *stásis*, o “guerra civil”, quedará relegada al campo de lo que debía ser conjurado, anulado, silenciado, pero que había aparecido por el fracaso de la política en conseguirlo.<sup>135</sup> Esta perspectiva recién va a comenzar a tener cambios durante el siglo XIX, cuando la evolución de los procesos sociales y políticos va a comenzar a ser analizada por la historiografía moderna dentro de un todo.

Aristóteles ya afirmaba que los nobles y el pueblo se encontraban en pugna desde los albores de la historia en Grecia, por lo que estamos en vista de que fue un conflicto social, más precisamente, una posible guerra civil, la que va a generar las reformas de Solón. Nunca se ha puesto en duda que este proceso es específicamente eso: una reforma, y aunque estuvo signada por la violencia desde su inicio, la palabra revolución no ha sido utilizada para este caso con el significado de conmoción política o social.

La llegada de Solón a la política de Atenas se va a producir a comienzos del siglo VI a C. en un momento donde existía una fuerte tensión social. Las familias que se encontraban en el peldaño inferior solían vivir al borde de la ruina y el endeudamiento, debido a la concentración de la tierra en manos de los *Agathoí*, la clase más favorecida, los que estaban obligados de alguna manera a soportar el estigma de trabajar para otros, algo que los griegos equiparaban a la pérdida de la libertad<sup>136</sup> y los ponía en muchas ocasiones al borde de perderla definitivamente. La *stásis* se generará a consecuencia de esta tensión entre las facciones pro oligárquicas y el *dêmos*, en un intento por conseguir la ciudadanía para aquellos que participaban de la falange del ejército, ya que realizaban actividades militares para la polis, aunque seguían marginados de su vida política. Las reformas solonianas van a llegar oportunamente para contener la situación conflictiva en la polis, en momentos en que Atenas necesitaba de todo su poder militar.

Tanto Grote como Mitford van a situar el origen de la democracia ateniense en la constitución de Solón,<sup>137</sup> y ambos autores van a coincidir en el prestigio y el valor de este legislador. Sin embargo, la descripción de Mitford se centrará en la “depravación” de la justicia en Atenas en este periodo de desarrollo de la democracia en la polis, y la influencia que esta va tener en la Revolución Francesa.<sup>138</sup> Ello basta para dejar en claro su cosmovisión política al respecto. Pero no todo era funesto, si extraemos sus denodadas críticas a la democracia, podemos ver que el historiador realizará una

---

<sup>133</sup> En Corcira se le ofreció a los esclavos su emancipación, pero solo como una medida de coyuntura, sin establecerse modificaciones en esta institución.

<sup>134</sup> Martínez Lacy, R., *Rebeliones populares en...*, Op. Cit., p. 184.

<sup>135</sup> Loraux, N., *La ciudad dividida, el olvido en la memoria de Atenas*, Ed Katz, Buenos Aires, 2008, p. 24.

<sup>136</sup> Pomeroy, S., Burstein, S., Donlan, W., Tolbert Roberts J., *La Antigua Grecia...*, p. 128.

<sup>137</sup> Turner, F. M., “The Greek Heritage in...”, Op. Cit., p. 217.

<sup>138</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. V, 1814, p. 13.

comparación entre Solón y Licurgo, sobre todo, en lo referente a la visión de reconciliación que tenía el legislador ateniense, donde afirma que con sus leyes se buscaba evitar el abuso del rico para con el pobre y no abolir la riqueza.<sup>139</sup> Mitford, por último, hará hincapié en que Solón va a dejar un serio defecto en la constitución de Atenas, que va hacer que esta tienda directa e irresistiblemente a su destrucción al comprometer la soberanía absoluta a la multitud, dejando la semilla de lo que para él va a ser la causa principal de la decadencia ateniense: la democracia.<sup>140</sup>

Grote verá en el gran legislador ateniense, en cambio, al primer reformista, artífice necesario de la génesis de la democracia en la polis, quien controlará la inestabilidad que se estaba generando en la política de Atenas al establecer una especie de alianza entre la clase de la nobleza hereditaria y el pueblo.<sup>141</sup> De esa forma, creará un régimen basado en lo que él llama una “oligarquía mitigada” (*mitigated oligarchy*).<sup>142</sup> Esta constitución mixta, a mitad de camino entre moderadamente oligárquica y no del todo democrática, paradójicamente, está más cercana al pensamiento conservador de Mitford que al de Grote, sin embargo, este último lo verá como un paso necesario dentro de la evolución política intrínseca de la democracia ateniense.

La primera revuelta popular que se podría encuadrar dentro de los parámetros en los que los autores pueden ver ciertas similitudes con una revolución en la modernidad, es precisamente cuando, tras el derrocamiento de Pisístrato, se produce un periodo de anarquía y enfrentamiento entre dos facciones. Una pro oligárquica encabezada por Iságoras, y otra pro democrática, cuyo líder será Clístenes. Este último va a incluir dentro de su facción al pueblo común, al *dêmos*, estableciendo una coalición necesaria para enfrentar al partido pro oligárquico. Este tipo de alianza, será lo que caracterizará la política de Atenas incluso hasta después de la conquista macedónica. Aunque en un principio Clístenes no tendrá éxito, fue expulsado de las ciudad, en efecto, por una alianza entre la facción pro oligárquica y el rey espartano Cleómenes, esto va a producir un levantamiento popular en Atenas que durará tres días, tras lo cual,<sup>143</sup> Clístenes retornará a la ciudad para promover su nueva legislación, a la que Grote va a tachar de “revolucionaria”, por lo que el autor dedicará todo un capítulo a desarrollar sus pormenores y explicar sus efectos políticos.

Sin embargo, van a ser las reformas introducidas por Efiltes, el mentor político de Pericles, las que van a producir los grandes cambios dentro de la sociedad ateniense, los cuales están englobados en otro proceso que dista mucho de las tumultuosas visiones revolucionarias que interpretaba Mitford en sus lecturas de los clásicos, pero mucho más cercanas a la evolución democrática que creará ver Grote. Este último aseveraba que con la participación del pueblo en el gobierno de la polis se habían dado las condiciones necesarias para la llegada posterior de Pericles al gobierno.

En la obra de Mitford, el régimen de los Pisistrátidas (560-510 a.C.) se puede enfocar, con todas sus diferencias, como un producto legítimo de las reformas

---

<sup>139</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. I, 1814, p. 365.

<sup>140</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. I, 1814, p. 9.

<sup>141</sup> Kierstead, J., “Grote’s Athens: The Character of Democracy”, en Demetriou, K., *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014, p. 191-192.

<sup>142</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., John Murray, Vol. IV, 1869, p. 90.

<sup>143</sup> Will, E., *El mundo griego y el Oriente I*, Vol.1, Akal, Madrid, 1997, p. 70.

solonianas. El historiador georgiano va a realizar una defensa de esta familia, señalándola como una facción benigna, tanto como protectores de las ciencias y de las artes, como de la estabilidad social. Pero va a poner el énfasis sobre todo en la violencia política de las facciones en pugna durante este período.<sup>144</sup> Una de ellas será representada por Clístenes como líder de los Alcmeónidas, quien utilizará las armas más bajas de la política, apoyándose en el pueblo para producir una revuelta en contra de sus enemigos. La “revolución” según Mitford, se va a producir por una rencilla dentro de la misma elite gobernante, y no por los altos ideales democráticos que estaban en boga a fines del siglo XVIII, ya que, citando a Heródoto, afirma que Clístenes era un tirano más que no distaba mucho de lo que había sido Pisístrato para Atenas.<sup>145</sup>

En *A History of Greece* de Grote, la revolución democrática de Clístenes tendrá una preeminencia particular. Todo el capítulo XXXI en el volumen IV estará dedicado a este tema.<sup>146</sup> Aquí, Clístenes será un personaje fundamental dentro del proceso democrático en Grecia y el condicionante *sine qua non* para el surgimiento de Pericles, en lo que para el autor será una real e importante revolución. Pero, debemos insistir en ello, su visión de la revolución estará más ligada a los términos de evolución social y política que a la visión de crisis y tumultos sociales seguidos de una transformación radical. Toda la estructura política de la Atenas democrática, para el historiador, va a comenzar a desarrollarse en este periodo.

Esto va a distar mucho de lo que Mitford había volcado en su obra décadas antes, donde Hippias, el último tirano de Atenas, pierde el poder por un complot realizado por un grupo de aristócratas dirigidos por los Alcmeónidas, los cuales habían sido apartados del gobierno y se encontraban en el exilio. Uno de los principales impulsores era Iságoras, un referente de la oligarquía, a quien pone a la misma altura de Clístenes, como un político prodemocrático cuya acción fue clave en la instauración de la *isonomía* en la polis.<sup>147</sup>

Aunque para esta época había una gran ebullición social en el pueblo de Atenas, las reformas de Clístenes, sobre las cuales Grote afirma que son verdaderamente revolucionarias, y de las cuales no tenemos registros de que haya habido una revuelta popular violenta en la ciudad, tampoco eliminaron las viejas estructuras existentes, solo las vaciaron de poder evitando el conflicto entre las clases censitarias, en las que la ciudadanía había quedado organizada a partir de las reformas de Solón.

Pero es Efialtes quien va a dar el golpe definitivo contra el Areópago, que era el consejo aristocrático que había venido concentrando el poder desde la época arcaica temprana, donde aún se aglutinaba parte del poder de Atenas. Según Plutarco, “Efialtes alborotó y trastornó el orden establecido de la constitución y de las leyes ancestrales”<sup>148</sup>. Fue este quien, junto a la muchedumbre, dio el golpe contra el poder aristocrático,

---

<sup>144</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. I, 1814, p. 138.

<sup>145</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. I, 1835, p. 351.

<sup>146</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. IV, John Murray, 1869, p. 136.

<sup>147</sup> *Isonomía* (igualdad ante la ley) porque en el siglo VI a.C. el término democracia todavía no se había desarrollado, como deja en claro la obra de Heródoto.

<sup>148</sup> *Plu., Cim. 15.2*

instaurando la democracia radical por la cual será conocida Atenas desde entonces.<sup>149</sup> Despreciado por Mitford, al tratarlo como un demagogo más cercano a un Danton o a un Robespierre, este líder de la democracia radical, es dejado de lado incluso por Grote, que va a hacer hincapié en Pericles como la personalidad que instaurará definitivamente la democracia en Atenas. Durante este periodo, las reformas que introducirá Efiltes van a reducir de manera significativa las competencias del Consejo del Areópago controlado tradicionalmente por la aristocracia, que habría sospechosamente incrementado sus atribuciones en el período que media entre las reformas de Clístenes y los enfrentamientos con Persia (510-479 a.C.).<sup>150</sup>

El gobierno de Pericles no se podría caracterizar actualmente como un proceso revolucionario, dado que ninguno de los rasgos del fenómeno se observan en el mismo. Incluso, Mitford y muchos de los historiadores de la época afirman que durante el “Pericleo” no hubo protestas callejeras ni muchedumbres agolpadas ante los símbolos del poder. Durante este periodo, aunque desordenado y algo caótico, el gobierno se mantuvo dentro de las estructuras de poder creadas años antes durante la época de Solón, Clístenes y Efiltes, por lo que podemos concordar con Grote en que el gobierno de Pericles es la continuación de un proceso, y las acciones de este último, aunque no son comparables con las de un Primer Ministro como Lord Walpole, dieron forma sin lugar a dudas, y con todas las limitaciones del caso, al mejor gobierno que Atenas se pudo dar. Cleón no va a llenar los requisitos, en cambio, para ser un William Pitt el viejo, ni mucho menos, como afirma Grote. Pero tampoco podemos aseverar que sea el imprudente que jugaba el juego de la multitud ociosa que afirmaba Mitford. Será la continuación del gobierno democrático que se estaba gestando en Atenas, y no la pérdida de control del gobierno, siendo una circunstancia externa al proceso la que va a poner en riesgo a la democracia en Atenas. En última instancia, las lecturas diametralmente opuestas de ambos historiadores ingleses de la figura de Cleón y su relación con el *dêmos* ateniense, muestran el papel activo de sus lecturas con respecto al proceso de democratización en Atenas, y, en particular, sobre el papel de los líderes posteriores a Pericles en la consolidación o quiebre del régimen democrático.

Otro de los movimientos populares que podían ser objeto de una comparación implícita o explícita con una revolución moderna, será, sin ninguna duda, la *stásis* en Corcira, una colonia corintia en el mar Adriático en la que, a principios de la guerra del Peloponeso, se va a producir una puja de intereses entre las facciones pro oligárquicas y pro democráticas. Las primeras más cercanas a Corinto y a Esparta, mientras las segundas eran apoyadas por Atenas. En el año 427 estallará allí una cruenta guerra civil que será calificada por Mitford como una “fábula trágica”.<sup>151</sup> Aunque su descripción está tomada de Tucídides, el historiador tory describe una de las más horribles masacres recordadas en la historia, eso sí, ante la presencia cómplice de la flota ateniense,

---

<sup>149</sup> Gallego J. “Siempre es la pesadilla. Las reformas de Efiltes y el derrotero de la democracia radical ateniense” en *Dialéctica Histórica y Compromiso Social, Homenaje a Domingo Placido Vol. 1*, Fornis, C., Gallego, J., López Barja, P., Valdés, M., (Eds) Pórtico, Zaragoza, 2010, p. 89.

<sup>150</sup> Paiaro, D., *Las paradojas de la democracia. Igualdades y asimetrías en la Atenas clásica*, Universidad de Buenos Aires, Tesis Doctoral, Buenos Aires, 2011, Mimeo, p. 19.

<sup>151</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. III, 1814, p. 196.

partícipe necesaria en esta acción,<sup>152</sup> cuyas calamidades estarán conectadas con la historia de esa ciudad y servirán como advertencia de aquí en más.<sup>153</sup> Se trata, sin duda, de una lectura muy apegada al texto de Tucídides, con quien comparte Mitford una mirada conservadora crítica de la actuación de los atenienses en aquella oportunidad.

Años más tarde, y lejos del frenesí revolucionario causado por la Revolución Francesa, Grote va a señalar con respecto a los hechos de Corcira que “tal drama no podría haber sucedido en una ciudad importante” sin haber tenido un fuerte impacto en las otras ciudades, y que Tucídides habría hecho referencia a la “sedición” de Corcira solo para dar un pantallazo general de lo que estaba sucediendo en las ciudades griegas durante la Guerra del Peloponeso. Además, afirmó que ese caso no era aplicable a otras sociedades políticas muy distantes, y que mucho menos era comparable con el fenómeno contemporáneo de la Revolución Francesa ocurrida entre 1789-1799.<sup>154</sup> Es indisimulable la crítica indirecta al enfoque hasta cierto punto modernista de Mitford. Así, además, mientras aquel había dedicado toda una sección de su libro a describir detalladamente los sucesos de Corcira, Grote solo le va a dedicar un poco más de media página con la clara intención de restarle importancia al hecho “revolucionario”.

Para Mitford, la derrota en la Guerra del Peloponeso será un suceso fundamental en la historia, y significará para Atenas mucho más que la pérdida de su imperio ultramarino y posición predominante. Para Grote, será el principio del fin del periodo democrático más significativo de su historia, lo que difiere con la historiografía actual que sostiene que, salvo el breve interludio de los Treinta Tiranos entre 404-403 a.C., la democracia incluso se radicalizó en el siglo IV. El gobierno de los Treinta Tiranos será lo más parecido que podemos encontrar en la historia griega al descontrol revolucionario moderno. Durante este periodo se ejerció el poder sin ningún tipo de control institucional. Para Mitford, en efecto, la influencia del pueblo movilizado en las políticas de los oligarcas en el poder va a ser decisiva. La confiscación de bienes y el posterior exilio de parte de la población van a ser moneda corriente, las ejecuciones públicas y la persecución política fueron, en gran medida, los elementos de control de este régimen. Con una visión pre historicista podríamos ver que todo encaja a la perfección, pero algo fundamental en el gobierno de los Treinta Tiranos los deja fuera de cualquier fervor revolucionario, ya que el gobierno de los Treinta Tiranos no era un gobierno popular, por más que tenía sus seguidores, sino un gobierno conservador y oligárquico impuesto por una potencia extranjera, instalado por Lisandro tras Egospotamos (404 a.C.), contra el cual, en el año 403, se va a producir una “reacción” democrática.

Después de una detallada descripción del accionar político del Consejo de los Treinta, en una nota al pie, Mitford va a apelar al lector para que tenga en cuenta los puntos de semejanza que supuestamente existían entre este con el Consejo de Judicatura y el Comité de Salvación Pública durante la Revolución Francesa. Al mismo tiempo, va a sugerir al lector la importancia de reconocer la similitud de lo que en época del autor se llamaba democracia, que en Grecia se le llamó oligarquía, y que no era más que la

---

<sup>152</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. III, 1814, p. 206.

<sup>153</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. III, 1814, p. 209.

<sup>154</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. VI, John Murray, 1849, p. 374.

pasión popular que, sin escrúpulos, eran utilizadas por los demagogos para conseguir sus propósitos.<sup>155</sup>

Sobre este punto, la visión de Grote va a ser diametralmente opuesta. Los seis meses de “amargo” sufrimiento después de la rendición de Atenas, que implicó la pérdida de su flota y, por consiguiente, de su poder imperial, posibilitaron que se agravara la opresión interna al retornar el partido oligárquico que se encontraba en el exilio. El historiador victoriano va a coincidir con Mitford en lo referente a la violencia y a la represión y ambos van a poner énfasis en que Critias era el más violento en dicho concilio, pero nada de esto se produce, para Grote, por el descontrol de la multitud y la tiranía del pueblo. Los Treinta Tiranos son presentados simplemente como miembros del partido oligárquico que va a intentar reformar la constitución democrática de Atenas sin éxito, todo esto bajo los dictados y responsabilidad de los espartanos y su rey Lisandro. El Consejo de los Cuatrocientos, es después del año 403 en Atenas, la restauración de la democracia más que un proceso revolucionario en sí mismo.

Podemos ver, de esta manera, que la visión sobre la revolución, tanto en los tiempos modernos como en la Antigüedad va a diferir en gran medida. La sospecha de la gran marea revolucionaria producto de la emancipación de la multitud ociosa, devenida actor político central, que se encuentra patentizada en *The History of Greece* de Mitford a lo largo de todas sus páginas, está muy lejos de su interpretación como devenir histórico lógico de la evolución de las instituciones democráticas, como observará e interpretará Grote. Los momentos históricos de ambos autores, sus posturas políticas y sus distintas apuestas intelectuales, los llevaron a mirar el hecho político de la democracia ateniense desde una óptica en la que sus posturas sobre la revolución, y sobre cómo concebirla difirieron, porque la Grecia que con ello imaginaban, sugería una visión marcadamente distinta de la Inglaterra en la que vivían.

---

<sup>155</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. IV, 1814, p. 55 -56.

## Capítulo 3

### Mitford y el Terror Jacobino

#### La crisis en la Gran Bretaña de los Hannover

Las políticas de coyuntura no suelen ser buenas consejeras en tiempos turbulentos, quizás la amplia experiencia británica en lo referente a levantamientos populares y revoluciones propiamente dichas le hayan dado alguna ventaja al gobierno británico sobre el francés en los tumultuosos mil setecientos, aunque con suerte dispar.

La guerra del rey Jorge, que se conoce como de la Sucesión de Austria para la historiografía hispanoparlante clásica, y su secuela, la Guerra de los Siete Años, habían puesto al Imperio Británico en el rol de primera potencia indiscutida en Europa. Al finalizar su versión americana, las Guerras Indias o Franco-Indias como también se las suele llamar, estas también le proporcionaron a la Gran Bretaña un imperio ultramarino casi del mismo tamaño del que tenían los borbones españoles. Era la potencia más poderosa en la faz de la tierra, pero también estaba al borde de la bancarrota.

Para paliar la crisis, el gobierno de Lord Grenville se vio obligado a hacer un severo ajuste. Debido a las experiencias revolucionarias en Gran Bretaña, que para aquellos años eran algo relativamente reciente, decidió hacer hincapié en que ese ajuste no se sintiera en la metrópoli. El grueso de las medidas fue de aplicación real en las colonias, sobre todo, en las de América del Norte. Ni el marqués de Rokingham, ni William Pitt el viejo, supieron salir del embrollo que fue para el gobierno whig de la Gran Bretaña el asunto de las colonias que terminó estallando en las manos de Lord North, el primer Primer Ministro tory después de la denominada “supremacía whig” en la Cámara de los Comunes, casi ininterrumpida desde 1715 con la instalación definitiva de los Hannover después del tratado de Utrecht.<sup>156</sup>

Los padres de la patria al otro lado del Atlántico: Alexander Hamilton, Thomas Jefferson y John Adams,<sup>157</sup> entre los más moderados, despotricaban en contra del parlamento británico, pero utilizando en sus discursos la retórica griega, algo que se venía enseñando en las universidades anglosajonas desde tiempos de la reforma religiosa dos siglos antes. El ejemplo de la descontrolada democracia ateniense del *dêmos* no era del todo bien visto en el bando federalista, pero citaban indistintamente de memoria tanto a Pericles como a Cimón, y abogaban por un gobierno mixto con tres poderes, haciendo referencia tanto a Polibio,<sup>158</sup> como a Aristóteles.<sup>159</sup> Como ellos, pensaban que debía existir un órgano moderador en la asamblea, un órgano conservador

---

<sup>156</sup> En 1714 la reina Ana muere sin descendencia y al finalizar la guerra de sucesión de España, Luis XIV de Francia deja de apoyar a Jacobo Estuardo como legítimo sucesor a la corona.

<sup>157</sup> Hamilton, A., Madison, J., Jay, J., *The federalist Papers*, Oxford University Press, Oxford, 1787-2008, pp. 24- 92.

<sup>158</sup> Plb 6. 18

<sup>159</sup> Arist, *pol* 3. 7

como el senado, injertando una institución extraída de la tradición romana dentro de una discusión que se pensaba plenamente griega.<sup>160</sup>

El paso de Mitford por el Parlamento va a coincidir en parte con la *Regency* (1795-1837), cuando el poder real va a comenzar a desmoronarse. El Parlamento, en efecto, había acusado a Jorge III de intentar convertirse en un monarca absoluto como su contraparte francesa. Esto generó un grupo de reacción dentro de los radicales whig. Uno de ellos, John Wilkes, participó de los comunes junto a Mitford y a su hermano durante el periodo en que fueron representantes en el Parlamento. Se puede decir que Wilkes fue lo más extremo dentro del ala radical institucional en Gran Bretaña en todo el siglo XVIII. Había sido sheriff de Buckinghamshire y coronel de la milicia rural, por lo que no podemos decir que haya sido un outsider. Como una curiosidad, podemos agregar que en 1757, durante la custodia de prisioneros de guerra franceses, conoció al por entonces Capitán Edward Gibbon. Cuando Wilkes llegó al Parlamento, lo hizo representando al burgo de Aylesbury, y desde su banca promovió la libertad de expresión y la publicación de los debates parlamentarios, algo impensado para esa época. Durante la independencia americana apoyó abiertamente a los revolucionarios desde el Parlamento,<sup>161</sup> y desde su revista *North Briton*<sup>162</sup>, acusó a Jorge III de mentir en el discurso que pronunció luego de la paz de París, lo que lo llevó a quedar fuera de la ley durante el gobierno de Lord Grenville.

Durante este mismo período van a participar del Parlamento, contemporáneamente a Mitford, tanto el dramaturgo Richard Brinsley Sheridan,<sup>163</sup> como también una persona que haría sus primeras armas políticas, Charles James Fox, que supo decir en un discurso en el Parlamento durante los momentos más azarosos de la revolución americana: *America... might be won in Europe, while England might be ruined in America* (“América... podría ganarse en Europa, mientras Inglaterra podría arruinarse en América”). Los tres políticos tomarían partido por los independentistas americanos y serían la voz en numerosas ocasiones de Benjamin Franklin, Thomas Jefferson o del mismo Thomas Paine, quien fuera el autor del panfleto incendiario *El Sentido Común* (1776), por el cual también quedó fuera de la ley en Gran Bretaña.

Dentro del mismo partido whig estaban los que aportaban a los revolucionarios americanos y los que los combatían, el mismo Grenville, por ejemplo, quien persiguió a Wilkes con tanto ahínco por un asunto más cercano al pensamiento tory, era, sin embargo, un prominente miembro del partido whig. Esta ruptura dentro de las filas liberales presagió la política del siglo venidero, los tories se reconvertirían en el partido conservador atrayendo a gran parte del partido whig, mientras que la facción antimonárquica, republicana y radical “*The old whigs*” que seguía los conceptos de Charles James Fox y, en menor medida, de John Wilkes, quedarían al margen de la política británica como una facción menor hasta ya entrado el siglo XX. Dentro del

---

<sup>160</sup> Adams, J., “Thoughts on Government”, 1776 en *The political writings of John Adams*: Peck G.A, Ed Hackett Publishing, Cambridge, pp. 17-19.

<sup>161</sup> Aunque no pertenece al grupo de Padres fundadores, durante el siglo XIX fue un nombre muy popular en América como Benjamin Franklin o Thomas Jefferson. John Wilkes Booth, el asesino de Abraham Lincoln se llamaba así en su honor. El nombre quedó en desuso después del infortunado suceso

<sup>162</sup> Existía una revista conservadora que se llamaba Briton.

<sup>163</sup> El gobierno de los EEUU se ofreció a pagar sus deudas en el ocaso de su vida, algo que rechazó.

partido whig se podían encontrar para esa época dos alas claramente diferenciadas, la ya mencionada y otra pro monárquica y conservadora, también conocida como “*The new whigs*” liderada por Edmund Burke y William Cavendish, la cual terminaría fusionándose con los tories durante el gobierno de William Pitt el Joven (1783-1804), y que se diferenciaba claramente de la más radicalizada de Wilkes, Sheridan y Fox.

## **La Revolución en América: una secuela de la Antigüedad**

Durante el conflicto de las colonias era claro advertir, y de hecho Mitford lo hizo, que a ambos lados del Atlántico la historia griega se había convertido en una cantera de ejemplos para los políticos de la época, puesto que les permitía argumentar y ejemplificar sus posturas ideológicas, situación que continuaría y de manera mucho más pronunciada durante la Revolución Francesa.

En América, dentro del bando antifederalista, para los más radicalizados dentro de la convención de Filadelfia, la democracia ateniense era algo inobjetable. En la discusión política de la antigua Grecia, se extrapolaba a la crisis contemporánea, como si existiese una continuidad entre ambas experiencias, y no una brecha de más de dos mil años. Thomas Paine y Pierce Butler agitaban a los representantes de las trece colonias afirmando a viva voz que Solón les había dado a los atenienses no solo el mejor gobierno que podían tener, sino el mejor que podían recibir y que ellos debían hacer lo mismo con la nación que estaban gestando en el yunque del congreso revolucionario.<sup>164</sup> Pero George Mason llegó quizás más lejos citando a Plutarco y comparando directamente a Lord Grenville con Pericles, responsabilizándolo, por lo tanto, de ser el causante de la Guerra del Peloponeso y de haber técnicamente robado el tesoro de la Liga que se encontraba resguardado en Delos para embellecer la acrópolis y emprender la trágica aventura siciliana donde Atenas perdería su imperio marítimo.<sup>165</sup>

Fuera de todos estos “Padres fundadores” menores y poco conocidos fuera de los Estados Unidos, fue Ben Franklin, el científico, el poeta y quizás el más simpático de estos padres fundadores por su afición al alcohol y a las parrandas, quien fuera el más radical en su uso de la historia: comparó a los tories del gobierno de Lord North con Alcibíades por su decisión de actuar violenta y definitivamente para resolver el conflicto.<sup>166</sup> John Dickson haría lo mismo que Franklin, pero su elegido sería en este caso Cleón.<sup>167</sup> Para él, las colonias sicilianas en desgracia serán equivalentes a los nacientes Estados Unidos, dejando el papel de Esparta, por su parte, a Francia. De la mano de Pericles, pero sobre todo de la de Demóstenes, por quien Mitford profesaba una especial aprehensión, la democracia ateniense va a corromper todos los estratos

---

<sup>164</sup> Farrand, M., (ed.) *The Records of the Federal Convention of 1787*, Junio 5, 1787, Yale University Press, N. Haven, 1966, vol. I, p.125.

<sup>165</sup> Rowland, K.M. (ed.) *The Life and Correspondance of George Mason*, Russell and Russell, Nueva York, 1964, vol. I, p. 386.

<sup>166</sup> Franklin, B., *Reply to Coffee-Orators, 9 de abril 1767: J. A. L. Le May: The Writings of Benjamin Franklin*, Library of America, Nueva York, 1987, p. 590.

<sup>167</sup> Martínez Maza, C., “Democracia ateniense vs. revolución americana: el rechazo al paradigma clásico”, en *Potestas*, Revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica, No 3, p. 222.

sociales y políticos de la Grecia antigua, algo que va ir más allá de ese periodo. No va a existir barrera geográfica o espacio temporal que le ponga límite, ya que la misma democracia va a comprometer siglos más tarde la integridad moral de Esparta, llevándola a la revolución que terminaría con ella, para luego, después de dos mil años, hacer lo mismo con los futuros Estados Unidos y Francia.

La revuelta en las colonias americanas había causado una profunda conmoción en la sociedad británica, sobre todo, entre los miembros de la *gentry*, aunque paradójicamente no habían tenido una participación importante en la explotación comercial de las mismas. La mayor parte de los terratenientes americanos pertenecían, en efecto, a la alta nobleza, además de que en las mismas colonias, durante los siglos XVII y XVIII, se había creado una *gentry* local que participaría activamente del movimiento revolucionario.<sup>168</sup>

En medio de la Guerra de Independencia en Norteamérica entró en debate en el Parlamento la cuestión del envío de una fuerza expedicionaria para reforzar al ejército que ya estaba en operaciones lo que, forzosamente, hacía recordar a la Expedición a Sicilia del año 415. Atenas, en una operación comercial más que militar, envió a su flota en auxilio de la ciudad de Egesta, supuestamente una de las más ricas de la Magna Grecia y que estaba en guerra con su vecina Selinunte. Una vez en la isla, la fuerza expedicionaria ateniense desencantada por las falsas promesas económicas de Egesta, decidió atacar a Siracusa, ciudad célebre por los tiranos que la gobernaron y que, paradójicamente, pasaba por un período democrático. Hermócrates, el general siracusano, aconsejó al gobierno de la ciudad que pidiera ayuda a las polis enemigas de Atenas. Corinto y Esparta enviaron tropas, pero esta última, sobre todo, a uno de sus generales: Gilipo. No podemos afirmar cuáles fueron las causas de la derrota ateniense, si fue por la traición de Alcibíades que informó a los espartanos sobre las operaciones militares, por la pésima conducción de la campaña por parte de Nicias, o por la pericia de Gilipo, posiblemente fue una conjunción de las tres. Lo que sabemos es que en Sicilia Atenas comenzó a perder su imperio comercial. Aunque similar en algunos aspectos, en realidad, muy poco tiene que ver la acción militar de Atenas con la Guerra de Independencia Americana, pero en el ideario de los revolucionarios, quienes se habían educado leyendo esta historia y se identificaban con Siracusa, la comparación era real, presente y ayudaba a imaginar su momento histórico a la luz del ejemplo de la Antigüedad.

Mitford, por su parte, pondrá el acento en que la expedición a Sicilia había sido una aventura económica propia del sistema democrático, capaz de una contradicción tan grande como el enfrentamiento de “la” democracia contra “otra” democracia. En realidad, para él, la democracia no era más que un sistema opresivo.<sup>169</sup> El historiador tory cargará todas las tintas individuales en su análisis contra Nicias, uno de los comandantes atenienses, como el arquitecto de la derrota, pasando a un segundo plano la dudosa actuación de Alcibíades, que paradójicamente será contra toda la tradición histórica antigua así exculpado en su *The History of Greece*. Pero su acento explicativo

---

<sup>168</sup> Rudé, G., *Ideology and Popular Protest*, The University of north Carolina Press, 1980, p. 93.

<sup>169</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. III, 1838, p155

estructural se hará descansar además en el carácter desmedido de la multitud ociosa ateniense que buscaba conseguir logros rápidos, poniendo en riesgo lo más valioso que tenía Atenas que era su flota cuando se cernía la amenaza espartana por tierra en el Ática. Además, Mitford va a remarcar la volubilidad de las repúblicas griegas, que no dudaron después de la pérdida de la flota ateniense en el puerto de Siracusa en cambiar de bando y ponerse a disposición de una oligárquica Esparta, que fungía de esta manera como libertadora de la tiranía de la multitud a la que Atenas los había sometido.

La Revolución Americana, con sus diferencias y similitudes imaginadas con la expedición ateniense a Sicilia, marcó el fin de un predominio whig desde que se consumó la *Glorious Revolution* y no es que los tories, que lograron mayoría parlamentaria y formaron gobierno durante esos doce años, hayan consumado la crisis política que dejaron las alas más radicales del partido whig, solo vinieron a ocupar el lugar vacante. Las colonias se terminan de independizar cuando los tories enviaron más tropas y refuerzos a América para compensar la supuesta debilidad del gobierno anterior comandado por los whig, lo que fuerza a Francia y al decadente Imperio Español, a aprovechar la coyuntura derrotando a la flota del almirante Graves en la batalla de los cayos de Virginia, dejando las puertas abiertas para la derrota del marqués de Cornwallis en Yorktown.

Esta era la situación al momento de pergeñar su obra Mitford, cuyo primer volumen apareció en 1784. Un imperio ultramarino que comenzaba a desgajarse y una situación interna dentro de la estructura del gobierno británico que se dividía en dos, mientras el partido tory y el ala conservadora o negociadora del partido whig intentaban contener la Revolución Americana, el ala radical se mantenía expectante, por no decir al margen de la situación, si no era el caso de participar activamente a favor de ella. Durante la revolución en las colonias americanas (1774 -1776), se habían invocado por primera vez las ideas de la libertad en la Antigüedad como base para construir una nueva sociedad, pero que lo hicieran a costa de desmembrar al Imperio Británico, era algo que claramente contradecía los deseos de Mitford y su clase y no podía, por lo tanto, dejar de ser hostil a estas posiciones.

## **Democracia y revolución en la Antigua Grecia**

En su primer volumen, Mitford nos había convencido de que el *dêmos* ateniense se comportaba como un verdadero buscapleitos en la cuenca oriental del Mediterráneo, y que el rey Jerjes harto de estas tropelías, aprovisionaba a su mejor general, Mardonio, para enviarlo a poner orden al oeste de su imperio. En los siguientes dos volúmenes, va a describirnos cómo la democracia llega a convertirse en “revolución”, palabra que va a utilizar infinidad de veces en su obra para referirse a cualquier revuelta popular que alterara el orden público. Mitford, autor contemporáneo del proceso revolucionario, va a intentar advertir hasta qué punto la Revolución Francesa había producido también una serie de cambios en la situación política inglesa.

La Guerra del Peloponeso, propiciada por Atenas y su sistema democrático, va a ser la causa principal del descontrol político y posterior debacle de la ciudad. Mitford no va

a encontrar en Cleón al heredero del círculo virtuoso de la democracia griega y continuador de la obra de Pericles como lo hará Grote, sino a un imprudente, a una especie de John Wilkes de la Antigüedad que va a poner en riesgo todo el sistema político establecido. Pero es el gobierno de los Treinta Tiranos el que va a llegar a ser paradójicamente para él el epítome del accionar democrático. Para ello, hace caso omiso del carácter oligárquico del régimen que, como señalamos, había sido instalado por Esparta tras su triunfo en el 404 a.C. En ese periodo el desbalance en el gobierno queda definitivamente en manos de la masa ociosa y de los políticos como Critias, que van a tratar de complacerla a toda costa. Mitford, en una cita al pie, va a hacer el más burdo paralelismo entre los dos procesos, comparando incomparables instituciones revolucionarias francesas como el Consejo de Judicatura o el Comité de salvación pública con instituciones de la Grecia antigua.<sup>170</sup> Pero quizás la comparación más burda es la del gobierno de los 400 con el Terror, para lo cual, son los revolucionarios franceses los que colaboraron con su paralelismo histórico forzado al haber utilizado los mismos nombres de las instituciones griegas de ese periodo:

*If, in pursuing the course of Athenian affairs, the reader carries in his recollection the progress of the French Revolution, he cannot fail to be struck with the many points of resemblance between the proceedings of the Thirty in Athens, with its Council of Judicature, and of the Committee of Public Welfare, in Paris with its Revolutionary Tribunal [...] And here the similitude between what in France is called democracy, and what in Greece was esteemed an Oligarchy.*

(“Si, al seguir el curso de los asuntos atenienses, el lector lleva en su recuerdo el progreso de la Revolución Francesa, no puede evitar sorprenderse de los muchos puntos de parecido entre los procedimientos de los Treinta en Atenas, con su Consejo de Judicatura y del Comité de Salvación Pública en París con su Tribunal Revolucionario... Y aquí la similitud entre lo que en Francia se llama democracia, y lo que en Grecia se estimaba como una oligarquía”).

A partir de esta definición, el autor va a tomar partido en la guerra al interior del mundo griego, optando por un modelo político abiertamente no-democrático. Así, escogerá centrar su admiración por una Esparta que considera como un Estado estable política y militarmente, que prevalece sobre las demás poleis por su superioridad moral, al mismo tiempo que advertirá una ruptura en el mundo clásico; culpará al “despotismo de la *“mob-rule”* (“gobierno del populacho o la masa”), diseminado desde Atenas, de ser el culpable al final de haber erosionado incluso las firmes bases político-sociales de la propia Esparta.

En el resto de su obra, pero sobre todo en los últimos volúmenes, principalmente los escritos después de 1800, es decir del IV al X, Mitford interpretará la democracia como la antesala de la tiranía, demostrando su expresa simpatía por los griegos del siglo IV a.C. que pensaban que la hegemonía de Persia era preferible al sistema de poleis

---

<sup>170</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. IV, 1823, pp. 53-54.

democráticas, para luego demostrar esa misma simpatía, o incluso más, por Isócrates y los pro macedonios. Ello se advierte notablemente por el inusitado peso que asigna dentro de la economía general de la obra a la era helenística, a la cual dedica más de 40 capítulos. Su motivo no era haber sido ésta el faro que esparcía la cultura griega por todo el mundo conocido, o por no serlo, sino la satisfacción que le generaba la restauración de los atributos reales en manos, primero, de Filipo, y luego, de su hijo Alejandro de Macedonia.<sup>171</sup> La corte de Pella se convierte así en los últimos volúmenes escritos después de 1800 en la meca de la cultura y de la política en Grecia, principalmente de Atenas, donde los hombres de la cultura y de los negocios entran en un círculo cercano al rey con títulos que son sorprendentemente equivalentes a los que pudieran otorgar los Hannover, como “King’s Friends” o “King’s Companions”, para hacer directas comparaciones entre la casa reinante macedónica, con la equivalente inglesa de su época.<sup>172</sup>

Al mismo tiempo, la figura de Demóstenes, que tanto ha sido utilizada por la historiografía moderna como un modelo de defensa de la libertad contra el despotismo, es equiparada a la de un oportunista que intentará construir una república imperial en Grecia con él a la cabeza, algo que va a ser sabiamente abortado por Alejandro.<sup>173</sup> Su visión es así incluso más negativa que la que expondrá Droysen (1833) un par de décadas más tarde, cuando llegue a sostener que Demóstenes era un hombre desorientado que no se daba cuenta de que la historia estaba a punto de tomar otro curso, el de la monarquía, la unificación política y la expansión del helenismo.

Esta visión de la democracia griega había impregnado al mundo anglosajón durante la revolución americana. El historiador Gordon S. Wood describió a *El sentido común* de Thomas Paine como “el folleto más incendiario y popular que se publicó durante la etapa revolucionaria”.<sup>174</sup> El ensayo afirmaba que las colonias norteamericanas no obtenían ninguna compensación de parte de su metrópoli, cuyo único propósito era explotar sus riquezas, y que cualquier análisis sensato concluiría con la necesidad de obtener la independencia del dominio británico y establecer un gobierno republicano propio.<sup>175</sup>

### **La democracia de la “masa ociosa”**

Mitford desde el principio de su obra trata de guiar a su público en una lectura histórica antidemocrática, buscando imponer de alguna manera su ideario político y el de su clase social, es decir, la *gentry* rural acomodada.

---

<sup>171</sup> Briant, P., “Grote on Alexander...” Op. Cit., p. 331.

<sup>172</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T Cladell, Vol. VII, 1838, pp. 242-247-249 y 279.

<sup>173</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. VII, 1838, p. 55.

<sup>174</sup> Wood, G. S., *The American Revolution: A History*. New York, Modern Library, Nueva York, 2002 pp. 55-56.

<sup>175</sup> Paine, T., *Common Sense*, Gutenberg Org, 1776.

*Democracy signified Government by the People at large; all the Freemen of the state in assembly forming the Legal Sovereign, Absolute and Uncomfortable. But Democracy was beyond all others governments subject to irregularity and absurd conduct, where unchecked by some balancing power lodged in few hands, it become distinguished by the opprobrious title of Ochlocracy, Mob-rule. But most of the Grecian governments had some mixture of two or more of these forms. A simple monarchy, indeed, would be despotism and tyranny: a simple oligarchy but tyranny of an association, instead of the tyranny of an individual; and a simple democracy scarcely above anarchy.*

(“La Democracia significaba el Gobierno de la Gente en general; todos los hombres libres del estado en asamblea formando el Soberano Legal, Absoluto e Incómodo. Pero la Democracia estaba más allá que todos los otros gobiernos sometido a la irregularidad y a la conducta absurda, donde no estaba controlada por algún balance de poder que residiera en pocas manos, se volvía notable por el título de Oclocracia, Gobierno de la muchedumbre. Pero la mayoría de los gobiernos griegos tenían alguna mixtura de dos o más de estas formas. Una monarquía simple, de hecho, podía ser un despotismo y tiranía: una oligarquía simple pero la tiranía de una asociación, en vez de la tiranía de un individuo; y una democracia simple apenas por encima de la anarquía”.)

El autor tenía una severa aprehensión al referirse a la democracia griega, y no dudó en tacharla de Oclocracia, “gobierno de la muchedumbre”, que era el término despectivo utilizado por los pensadores griegos desde Aristóteles en adelante para referirse a la degradación del ideal democrático por la falta de control. Es decir, era una especie de versión radical de ésta, sin controles institucionales, y librada al devenir de los caprichos del pueblo. Tratando de imponer al lector una visión caótica de las repúblicas<sup>176</sup> griegas, hizo hincapié en que las atribuciones del pueblo llano ateniense para expresar sus opiniones en la Asamblea eran la causa principal de su ruina. Esta situación era ya una posición demeritoria para Mitford. Para él, el control de todos los aspectos del gobierno y del sistema judicial por este estrato de la población, era considerado una seria amenaza para el orden establecido, en la medida en que no existían pesos y contrapesos institucionales típicos de una constitución mixta en el imaginario aristocrático, pero además porque esta debilidad institucional iba a condicionar la continuidad del imperio comercial ateniense.

La visión de Mitford aludía al mito de que los pobres en Atenas eran libres y no estaban obligados a pagar ningún tipo de tributo, por lo que se encontraban eximidos de realizar tareas específicas, ya que el trabajo productivo y de servicio era realizado por esclavos. De esta manera, se produce una disociación entre ricos y pobres al desaparecer la dependencia que generan las relaciones laborales, y para agravar todo esto, los pobres tenían acceso a la Asamblea donde, además, eran la mayoría. Estas masas ociosas y

---

<sup>176</sup> Mitford va a hacer referencia a las poleis democráticas llamándolas repúblicas a lo largo de toda la obra.

poco preparadas para la administración del Estado, iban a terminar “siempre” imponiendo sus intereses por sobre los del cuerpo social, es decir, sobre los aristócratas. Esta idea de la masa ociosa continuaría en el ideario político durante todo el siglo XX y sería retomada, de la misma manera, en el siglo XIX, por Jacob Burckhardt que la va a considerar como complemento ideal de la esclavitud y la democracia en lo que él llama: La enfermedad de Atenas.<sup>177</sup>

La paulatina pérdida del poder real primero y de la aristocracia después, condujo según afirma el historiador, a la tiranía y posterior ruina de Atenas. La llegada de la democracia, desde este punto de vista, no podía terminar de otra manera que no fuera con la pérdida del control en manos de las masas, lo que llevaría al Imperio, que era un asunto que incumbía a toda la sociedad, a un callejón sin salida. El argumento de Mitford era claro, la mayor parte de la población dominaba a la Asamblea y los Tribunales, corrompiendo toda su actividad política. En la interpretación que hace en su relato histórico, la toma de decisiones sobre el accionar del Estado y la deliberación fue arruinada por la influencia de las facciones apasionadas que, al oponer sus propios intereses, obstaculizaron el devenir virtuoso de la política desembocando en el voluble accionar de los demagogos que implementaron una tiranía en manos del pueblo.<sup>178</sup>

Contra esta obscena, utilización a los ojos de Mitford, de la democracia ateniense como mérito y demérito a la vez, es que planifica la tarea de escribir los volúmenes de su *The History of Greece* claramente ordenados en una línea cronológica estándar para la época, en la que deja bien en claro que va utilizar el método Newtoniano para garantizar la continuidad temporal de su obra.<sup>179</sup> En el primer volumen se puede ver claramente su intención de denostar a la democracia, haciendo referencia a ella en ocasiones como a una infección,<sup>180</sup> y a la república federal como un sistema político fallido y poco práctico en sí mismo,<sup>181</sup> mientras que en capítulos posteriores va a poner énfasis específicamente en la Liga de Delos, la cual verá como una construcción hecha a medida de las necesidades de la Atenas democrática de Pericles.<sup>182</sup> Al mismo tiempo, a este régimen opondrá una exaltación de los valores de la monarquía y la aristocracia espartana.<sup>183</sup> Para ello, se apoya, incluso paradójicamente, en Rousseau para sostener las capacidades intelectuales de Licurgo por sobre las de Platón.<sup>184</sup>

En su texto, las idas y vueltas del pasado griego al presente son muy frecuentes. En algunos casos, ello ocurre de manera notoriamente explícita, como cuando Mitford dedicará una parte del capítulo XX del volumen III a la comparación entre la virtuosa constitución mixta que supuestamente poseía la Gran Bretaña y el despótico régimen absolutista francés, y a describir y explicar por qué en su país sería imposible, siempre y

---

<sup>177</sup> Meiksins Wood, E., “La polis y el ciudadano campesino”, en Gellego, J., en “*El mundo rural en la Grecia antigua*”, Akal, Madrid, 2003, p. 269.

<sup>178</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T, Cladell, Vol. V, 1814, p.11.

<sup>179</sup> Las fechas van a llevar el orden astronómico y no el de los distintos calendarios utilizados hasta el momento, utilizando la obra de Isaac Newton para darle un viso científico a su obra.

<sup>180</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T, Cladell, Vol. I, 1838, p. 468.

<sup>181</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T, Cladell, Vol. I, 1838, p. 261.

<sup>182</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T, Cladell, Vol. III, 1839, p. 2.

<sup>183</sup> El autor pocas veces referencia a la palabra Oligarquía y cuando lo hace, rara vez lo hace de manera peyorativa.

<sup>184</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T, Cladell, Vol. I, 1838, p. 299.

cuando se continuara con el sistema político vigente, que sucediera lo mismo que en Francia.<sup>185</sup>

Para fines del siglo XVIII la estructura política de la Gran Bretaña lejos estaba de ser sólida, en sí misma, se encontraba inmersa en un proceso de constantes cambios. Las revoluciones inglesas y americana, habían acelerado las reformas parlamentarias. Sin embargo, estos cambios que conllevaban transformaciones en la estructura política no eran vistos con buenos ojos, la paulatina pérdida de poder a favor de los miembros de la cámara de los comunes y la consolidación del Parlamento como eje del gobierno le quitaban sustento a la constitución mixta inglesa, que junto al carácter particular de su pueblo, para Mitford, hacían de la Gran Bretaña el mejor sistema de gobierno. \*-\*

En Gran Bretaña, el *Ancien Régime* comenzó a ser desmontado mucho antes que en cualquier otro lugar del mundo. El sometimiento de las personas a la tierra ya no existía para la época de la Revolución Inglesa, pero esto no significaba que se hubieran dejado de lado los sistemas de control social. La puesta en producción comercial de la tierra terminó por expulsar a una ingente cantidad de personas, aumentando el vagabundeo y la mendicidad. Gran parte de esta población terminó emigrando a las ciudades para integrarse a un nuevo ciclo de producción.<sup>186</sup>

Si bien la primera codificación de las leyes de pobres data de la época isabelina, no fue otra cosa que poner en letra de molde la legislación ya existente desde la época de Enrique VIII. Por sobre la ayuda casi elemental que recibían los pobres desde el Estado, estos estaban obligados a mantenerse dentro de una parroquia determinada para evitar el bandolerismo, y salirse de las mismas estaba fuertemente penado. Las limitaciones a la movilidad subsistieron hasta 1832,<sup>187</sup> cuando fueron abolidas junto a la mayoría de las restricciones y subsidios a la pobreza, situación que le ponía férreos límites a las necesidades de un mercado laboral moderno y sin controles que necesitaba la revolución industrial. Los principales reparos a las leyes de pobres fueron puestos, en efecto, por los economistas liberales Adam Smith, David Ricardo y John Malthus, que se opusieron abiertamente al sistema de leyes de Speenhamland, que creían que constituían un serio obstáculo al crecimiento económico.<sup>188</sup>

A pocos kilómetros, cruzando el canal inglés, el marchito sistema económico francés intentaba rapiñar la mayor cantidad de riqueza sin desmontar el *Ancien Régime*, principal obstáculo para la creación de un mercado laboral moderno y causa principal del descontento social para 1789. La cosecha de ese año fue igualmente mala en ambos países, sin embargo, el rígido sistema francés comenzará a hacer aguas ante la embestida popular, mientras que la Gran Bretaña se mantuvo indemne. En 1795 otra mala cosecha va poner en jaque, esta vez al gobierno británico, que introdujo las primeras modificaciones importantes a las leyes de pobres para paliar el descontento, al mismo tiempo que ajustaba los controles internos, privando de libertades de las que la había gozado hasta ese momento a la población. La intervención rápida del Parlamento

---

<sup>185</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. III, 1823, pp. 461-465.

<sup>186</sup> Hobsbawm E. J., *La era de la Revolución...*, Op. Cit., p.38.

<sup>187</sup> Hobsbawm E. J., *Industry and Empire*, Harmondsworth, Penguin Books, Londres, 1990, pp. 88-89.

<sup>188</sup> Polanyi, K., *La Gran Transformación...*, Op. Cit. pp.136-137.

como eje central del poder es quizás en esta época el arma más eficiente para combatir el descontento popular.<sup>189</sup>

La utilización de la máquina de vapor, incipiente en el siglo XVIII, abrió las posibilidades de la explotación del carbón, lo que terminaría de conformar la clase obrera británica. Nada de esto impidió el crecimiento de las ciudades en Inglaterra y Gales, pero fue Londres la ciudad que se convirtió en uno de los primeros conglomerados urbanos del planeta, conformando un peligroso coctel que acarrearía problemas sociales y políticos, los cuales deberían ser combatidos con armas más sofisticadas que las leyes de pobres. Así, los ingleses deportaban a los revoltosos a Australia desde 1799,<sup>190</sup> junto a toda otra población complicada, como los católicos, cuáqueros, jacobitas, irlandeses, pobres y prostitutas a los que se dio libertad para emigrar hacia el enorme imperio colonial británico. Esto en Francia no sucedió, solo hubo deportaciones de pobres hacia colonias establecidas de manera elemental y muy poco desarrolladas. Nueva Orleans y Montreal era las únicas ciudades en un Canadá, una Arcadia y una Luisiana bastamente despobladas, mientras la infraestructura colonial crecía en las ciudades americanas de la costa atlántica británica. Todo esto, sumado a la pésima situación económica en la que se encontraba la Francia borbónica al estallar la revolución en 1789, la dejaba con muchas menos herramientas de control social de las que contaban los ingleses cuando las revueltas jacobinas comenzaron a sacudir Londres.

Las primeras noticias sobre lo sucedido en París cruzaron el canal y desembarcaron en la prensa de Londres recién el 28 de Julio. En un principio, la Revolución fue vista con simpatía tanto por los whigs como por los tories. Por lo general, los diarios liberales hacían comparaciones con la *Glorious Revolution* de 1688 y en sus páginas se vertían comentarios favorables, hasta que el Parlamento endureció su control sobre la prensa.<sup>191</sup> Para los conservadores, cualquier pérdida del poder real en Francia era muy bien vista, apenas habían pasado siete años desde que el conde de Grasse le había ganado de mano y en buena ley a la flota británica en los cabos de Virginia (Chesapeake Bay) garantizando la independencia de los Estados Unidos. Pero para octubre, ya no eran las atribuciones y el poder de Luis XVI, sino las atribuciones y el poder real en sí mismo las que estaban en jaque. El romance terminó finalmente cuando las noticias del asalto al Palacio de las Tullerías y los desmanes posteriores, llenaron las páginas de los periódicos londinenses en septiembre de 1792, a lo que se sumó el posterior arribo masivo de exiliados que confirmaban con sus testimonios los hechos.

La sustitución de la Segunda Asamblea Nacional por la Convención confirmaba las profecías de los más conservadores, principalmente las de Edmund Burke, lo que inició la defunción del partido whig. Los disturbios fueron creciendo con el devenir de los hechos, colocando al gobierno en una situación bastante compleja. Hasta 1789, todavía era políticamente correcto abrir fuego sobre un grupo de revoltosos en Inglaterra, pero para después de esta fecha, utilizar las tropas, muchas veces compuestas por el mismo

---

<sup>189</sup> Thompson E P *The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century*, en Past & Present, Oxford University Press, Oxford, 1971, pp. 78-79.

<sup>190</sup> Rude, G., *La Multitud en la Historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1750-1848*, Siglo XXI, Madrid, 1971, pp. 185-187.

<sup>191</sup> Barrera C. (Coord.) *Historia del Periodismo*, Ariel, Madrid, 2004, p. 65.

pueblo al que sometían, era una cuestión de por sí compleja,<sup>192</sup> que comenzaba a ser fuertemente cuestionada por la prensa. Esto se mantuvo hasta 1824, cuando la última legislación parlamentaria que permitía reprimir un tumulto fue derogada.

### **La importancia de la revolución en la obra de Mitford**

Como puede apreciarse, la Revolución Francesa tuvo su impacto en Gran Bretaña, dado que, conforme se desarrolló, levantó ciertas simpatías entre los sectores políticos y posteriormente grandes preocupaciones con la intensificación de los tumultos y la amenaza al orden establecido. La *The History of Greece* tenía un claro hilo conductor, algo que queda patentizado en los volúmenes I y II (1784, 1790), y que se relacionará con el imperativo intelectual y político de contrarrestar la reciente mitificación de la democracia ateniense, que había servido de modelo político a los revolucionarios para pensar su momento histórico. En cambio, en el volumen III (1797), podemos ver que ha perdido este orden, ya que la impronta de la Revolución Francesa impacta claramente a lo largo de todo este, cuando la revolución en Francia no solo ya ha triunfado, sino que ya ha superado el periodo del Terror, el que se ve reflejado en muchas de las páginas del libro. El *Monthly review* en su reseña de este volumen hace referencia a esto ya en el mismo año de su publicación.<sup>193</sup>

Hemos señalado, en efecto, que la respuesta de gran parte de la población británica ante las primeras noticias llegadas desde París, fue el entusiasmo. El gobierno de William Pitt el Joven, quien se había hecho del gobierno con el favor del rey en un acto de transfuguismo, ya que hasta hacía poco, él había formado parte como lo había hecho su padre antes que él, del partido whig, ahora representaba a las fuerzas conservadoras en Gran Bretaña.

En 1788 el partido whig había celebrado el aniversario de la Glorious, y con las noticias que llegaban del otro lado del canal un año después, los revolucionarios eran contemplados con admiración y como un modelo digno de seguir entre los reformistas más radicales. Incluso, llegó a haber un verdadero interés entre la población que seguía vivamente las noticias que cruzaban el canal a diario. Se llegaron a representar numerosas obras de teatro dirigidas a las clases populares con gran éxito de taquilla,<sup>194</sup> quienes solo podían acceder a los sucesos de París a través de este medio.

Uno de los primeros efectos que tuvo la Revolución Francesa en Gran Bretaña fue, en efecto, la proliferación de sociedades jacobinas, muchas de ellas inspiradas en la obra de Paine. El gobierno intentó contrarrestar el estado de agitación popular mediante la potenciación del contramovimiento tradicionalista: Patria, Iglesia y Rey, y la movilización de muchedumbres pagadas que desfilaban en procesión y quemaban

---

<sup>192</sup> Se hace referencia a los sucesos que ocurrieron en Saint Peter's Field, en Manchester donde la caballería cargó contra la multitud reunida allí. El nombre de «Peterloo» es en referencia la batalla de Waterloo.

<sup>193</sup> *Monthly Review, or Literary Journal*, septiembre 1797, Griffith, Londres 1797 – p. 154-161.

<sup>194</sup> Burwick, F., *The Encyclopedia of Romantic Literature: A - G.*, Vol. 1, Willey Blackwell, New Jersey, 2012, pp. 198.

efigies del mismo Paine.<sup>195</sup> El endurecimiento de la postura estatal recién empieza con el inicio de la guerra contra la Francia revolucionaria, lo que provocó la radicalización del movimiento en toda la Gran Bretaña. Pero, a partir de ese momento, la mayoría de las sociedades jacobinas van a quedar conformadas solo por artesanos y obreros, cuando la pequeña aristocracia y la burguesía reformistas abandonan el movimiento hacia 1793, con la llegada a Londres de las noticias de la ejecución de Luis XVI y del posterior régimen del terror.<sup>196</sup>

Mitford vive este momento en Gran Bretaña, a lo que no permanece indiferente. Aunque en un principio su objetivo está claro, puesto que busca estudiar el declive y posterior debacle de las repúblicas antiguas, decide centrarse, sobre todo, en el caso específico de la democracia griega, que estaba comenzando a ser exaltada como ejemplo desde el hervidero político francés. El impacto y evaluación de la Revolución Francesa va cambiar claramente el eje de su obra, ya que en su volumen III, escrito durante el terror, sus referencias al proceso francés se van a volver cada vez más explícitas, y el recurso a la comparación con el proceso político en la Atenas clásica cada vez más abusivo.

Mitford, que era un ferviente defensor de la causa anti esclavista, aunque suele dejar en claro en su elemental manejo estadístico un cierto temor hacia la esclavitud, que se debe a la cantidad de esclavos, no a la institución en sí misma. No menciona qué fuentes utilizó para elaborar sus cifras y aunque nos parecen exageradas, suele poner gran énfasis en su desproporción. Lo interesante, sin embargo, es que el autor hará hincapié en la contradicción existente entre la democracia ateniense compuesta por una pequeña minoría de ciudadanos con derechos civiles, sobre una cantidad ingente de metecos y esclavos, que se elevaba a más de 400.000, según el autor:

*... and the slaves in actual bondage, men, women and children, were no less than four hundred thousand. This proportion of slaves to freeman, in a commonwealth so boastful of liberty as its darling passion, astonishes. Not that it is difficult to account for either the origin, or this enormous increase of slavery in the progress of society.*<sup>197</sup>

(“... y los esclavos en esclavitud real, hombres, mujeres y niños no eran menos de cuatrocientos mil. Esta proporción de esclavos a libres, en una comunidad tan presuntuosa de la libertad como su pasión adorada, sorprende. No es que sea difícil explicar el origen, o este enorme incremento de la esclavitud en el progreso de la sociedad”).

La postura es anti idealista, en algún punto, similar a la polémica en torno a la interpretación de Rousseau de Esparta como un modelo de sociedad igualitaria, que despertó la crítica de los moderados como Desmoulins y de los termidorianos como Volney, que develaron todo lo no-democrática y anti igualitaria que era la sociedad

---

<sup>195</sup> Thompson E. P. *La formación de la...*, Op. Cit., 1963, p. 5.

<sup>196</sup> Thompson E. P. *Ibid*, p.129-130.

<sup>197</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. I, 1838, pp. 368.

espartana.<sup>198</sup> Mitford se entrega a una apuesta intelectual similar, pero con el objetivo, en cambio, de desmitificar a la democracia ateniense, y su pretendido igualitarismo que esconde en realidad una inequidad de derechos que sustenta el “gobierno del populacho”. Aunque monárquico y tory, Mitford es un ferviente defensor de las libertades individuales y demuestra un temor desmedido por los “turmoils” o “Mobs”<sup>199</sup> que terminan reinando en las calles, pero no solo eso, reglando la sociedad, y es a los representantes salidos de los tumultos y de las manifestaciones callejeras que, para controlar o mandar sobre estas, terminan siendo una amenaza para las libertades individuales. A estos representantes de las masas les suele llamar directamente “depredadores” y los encuentra a todos en la Atenas de los Treinta Tiranos y, en particular, en Critias que es para él el Robespierre ateniense.<sup>200</sup> Mitford hace, en ese sentido, una particular crítica de las instituciones atenienses y en referencia al juicio de Sócrates, va a indicar que fue Critias, para salvarse él mismo, quien ordenó que su ex mentor fuera incluido entre los cuatro hombres a ejecutar. La posición tomada contra Critias no es neutral en ningún momento en el texto, en el que se refiere a él directamente como *The monster Critias* (“el monstruo Critias”).<sup>201</sup>

Mitford hace recaer también en la esclavitud gran parte de la responsabilidad de la “mob-rule”, un término muy en boga en los intelectuales de la época. Esta multitud ociosa y sub ocupada como consecuencia del imperio de un modo de producción esclavista, es la que va a radicalizar la democracia ateniense, poniendo en riesgo las posesiones de la hasta aquel momento clase gobernante, que se arriesga a perder el poder en manos de la turba.

Para Mitford, era en cambio Esparta el ejemplo a seguir. Aunque no era tan ampulosa ni sofisticada como Atenas, su filósofo Licurgo no lo era tampoco, y si de algún modo coincidía con lo escrito por Paine, no la consideraba del mismo modo, ya que para él, la antigua democracia ateniense había exportado el caos a América y, posteriormente, a Francia. Del mismo modo que Grote escribió su historia de Grecia para responder a Mitford, este parece haber hecho lo mismo para refutar la obra de Paine, para quien Atenas debía ser imitada para construir un nuevo sistema de gobierno en los Estados Unidos: *What Athens was a miniature, America will be the Magnitude*<sup>202</sup> (“Lo que Atenas fue en miniatura, América lo será en magnitud”). Para Mitford, que consideraba el sistema de constitución mixta de la Gran Bretaña como una creación típica de los torios que ponía al país en el tope de la evolución política y social del mundo, esta glorificación de la democracia griega era al menos inadecuada e inoportuna. Cualquier intento de reforma iba a ir en contra de todo el sistema político, ya que no solo lo consideraban de por sí “peligroso” para los intereses de la clase social que sostenía el partido, la aristocracia, sino para la supervivencia misma de todo el Imperio Británico.

---

<sup>198</sup> Querol Sanz, J. M., *La imagen de la Antigüedad en tiempos de la Revolución Francesa*, Ediciones Trea, Gijón, 2015, p. 94-95.

<sup>199</sup> Trad: Disturbios y multitudes.

<sup>200</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. IV, pp. 41-62.

<sup>201</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. IV, 1823, p. 45.

<sup>202</sup> Paine, T., *Los derechos del hombre* 1799.

Según Thomas Macaulay, Mitford odiaba a la democracia y se enorgullecía de poder basarse en fuentes antiguas para sustentar su visión negativa de ella<sup>203</sup>, dejando bien en claro que el régimen de los Treinta Tiranos era la lógica consecuencia del descontrol democrático, que, como vimos anteriormente, lo hacía patente por medio de un directo paralelismo con el Comité de salvación pública. Grote, por su parte, acusaría a Mitford en un ensayo publicado en el *Westminster Review*, que fungía como el órgano de difusión de las ideas de los seguidores de Bentham, de una lectura poco crítica de las fuentes combinada con la proyección de un severo prejuicio político alimentado por la Revolución Francesa, al tiempo que le endilgaba una mala comprensión del orden político y del sistema judicial de la Atenas clásica. La reacción termidoriana, que terminará imponiendo a Napoleón, quien se comparaba constantemente con Alejandro, significó para Mitford un verdadero sosiego a partir de 1800. Aunque en su obra hace pocas referencias significativas al emperador francés, solo en el volumen VII<sup>204</sup>, le dedica muchas más páginas a su par de la antigüedad, Alejandro, con ingentes capítulos de gloriosas e interminables acciones bélicas (que insumen la totalidad del lapso de tiempo que considera como “época alejandrina”).

Entonces, el principal motor que impulsará a Mitford a escribir su *The History of Greece* es la valoración positiva de la democracia ateniense que estaba siendo construida durante la Revolución Americana en parte de la elite gobernante británica. Sin embargo, el devenir de la Revolución Francesa impactará de pleno en la obra. La democracia estadounidense, estaba, sin embargo, más anclada en los términos del imaginario conservador moderno sobre la República Romana. En las colonias independientes, las libertades individuales y la propiedad privada nunca fueron puestas en peligro por los revolucionarios norteamericanos, inclusive, grandes extensiones de tierra de las que eran propietarios súbditos británicos y la corona misma fueron reintegradas después del tratado de París, prohibiéndose confiscaciones de las mismas en el futuro.<sup>205</sup> Tras 1812 parecía haberse fundado un gobierno estable y respetuoso de muchas de las ideas y principios propugnados por Mitford: una constitución mixta con “un rey” por un plazo de cuatro años. Así, tras el volumen II, Mitford no va a volver a hacer alusiones directas o indirectas a la Revolución Americana en su obra.

Pero la Revolución Francesa pondrá en serio riesgo las libertades individuales, las propiedades e, incluso, la vida de la clase social equivalente a la que pertenecía el autor, que era la baja y media nobleza francesa. Por esto, Mitford pone mucho énfasis en advertir que la pérdida del poder en manos de la “multitud ociosa” significó para Atenas el fin de su imperio y que, por ende, Gran Bretaña se arriesgaba también a perder todos los beneficios que su sociedad recibía de este. Una manera quizás un poco más desinteresada de proteger sus propios intereses de clase.

*The Edinburg review* tituló la reseña de la obra como *Mr Mitford History is the best that has appeared since the days of Xenophon* (“El Sr. Mitford es lo mejor que ha

---

<sup>203</sup> Tolbert Roberts, j., *Athens on Trial...*, Op. Cit., p. 234.

<sup>204</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. VII, 1835, p. 287.

<sup>205</sup> Spencer, J. A., *Historia de los Estados Unidos, Tomo II*, Ed Rafael Jover y C, Santiago de Chile, 1873, pp. 109-110.

aparecido desde los días de Jenofonte”). Algo que no nos sorprende de un órgano conservador como era dicha publicación. *The History of Greece*, nos es útil, sin lugar a dudas, para analizar el pensamiento conservador y algo reaccionario de la época, y que en gran medida tiene vigencia en muchos estratos de la población del Reino Unido hoy en día. Mitford era un conservador, pero no un ultramontano, podríamos decir, que era un moderado y que su exilio de la historia moderna, incluso como fuente para conocer una parte importante del pensamiento político de la época es al menos un poco injusta.

## Capítulo 4

### Grote y las revoluciones burguesas

#### La visión de la Antigua Grecia desde la perspectiva europea de Grote

Pocos años después de Waterloo (1815), la revolución parecía haber abandonado las calles europeas. El rebrote de 1810, que generó las independencias latinoamericanas y las revueltas a lo largo de la cuenca del Mediterráneo, parecía algo lejano al centralismo anglosajón. La Paz de París, que puso fin al periodo de las Guerras Napoleónicas, estaba dando un peligroso giro conservador en la situación política de Europa. Gran Bretaña se mantuvo desde un principio al margen de esta oleada conservadora, más para cuidar de sus propios intereses comerciales, que por cualquier ansia reformista. Para cuando la primera aparición de George Grote como historiador se hiciera visible en el *Westminster review* en 1826, con un escrito en el que rescataba las ideas democráticas del ostracismo, una nueva ola revolucionaria en el continente iba en camino de colisión con el nuevo orden “reinstaurado”.

La Guerra de Independencia de Grecia (1821-32) produjo fisuras en el primer y contradictorio intento de paneuropeísmo de la historia moderna cuando la cristiana Santa Alianza apoyó a la musulmana Turquía en contra de los revolucionarios griegos. En octubre de 1827, en Navarino, Rusia se sumó a las potencias occidentales encabezadas por Gran Bretaña, como herederos de la cuna de la civilización occidental, para arrebatar el “futuro” clásico de la “antigua” Grecia de manos de los turcos. La liberación de los pueblos sometidos, se hacía, de esta manera, algo urgente y justificado. Al revivir de algún modo la lucha entre griegos y persas, un movimiento cultural que imbuirá al joven Grote reafirmará lo griego como un carácter cultural específico diferenciado claramente de lo oriental.<sup>206</sup>

La década del ‘30 de los mil ochocientos va a coincidir con la labor parlamentaria de Grote. Este se abocará febrilmente a la reforma electoral de 1832, contemporánea del auge del Cartismo, un movimiento reformista que distaba en gran medida de la tendencia revolucionaria de 1830 en el resto de Europa. Esta corriente se condice más con las reformas democráticas que se estaban dando en los Estados Unidos durante el gobierno de Andrew Jackson, un general que había peleado la Guerra de Independencia y la de 1812, y que ahora fungía de hombre fuerte de la aún endeble democracia estadounidense.

La naciente república norteamericana también se mirará en el espejo de la democracia griega, buscando ejemplos y coincidencias; pero esto no solo va a suceder en los Estados Unidos, este periodo clásico griego va ser contrastado con la paulatina integración del pueblo a las instituciones democráticas en la Gran Bretaña del siglo XIX. Grote pensaba que el siglo V a.C. era un período de la historia antigua en el que se había comenzado a debatir de forma democrática los asuntos referentes a todo el pueblo. El historiador estaba particularmente interesado en este problema político, por ello, no

---

<sup>206</sup> Placido, D., *Nacionalismo, imperialismo...*, Op. Cit., p.26.

solo se va a centrar preferentemente en el período conocido como la “Edad de Oro” de Atenas, como denomina Grote al período clásico, donde va a hacer foco en el gobierno de Pericles, sino que va a realizar un estudio pormenorizado de la evolución de las instituciones democráticas hasta la Guerra del Peloponeso y la Guerra civil del 403 a.C. Para él, esto va a ser un proceso de crisis en el que la democracia va a salir fortificada con la profesionalización de la política y la justicia. En esta etapa caótica, su visión de los sofistas va a coincidir con la de la política, cuando los jueces y los políticos comenzarán a recibir un pago “*Kolakretae*” por sus servicios.<sup>207</sup> Aquí, los tribunales populares y la asamblea, que para Milford eran la génesis del Comité de Salvación Pública, son vistos, en cambio, como el órgano legítimo de control sobre el poder aeropagita. Además, los sofistas van a tener una labor allí comparable a la de Robert Owen o Charles Fourier en su época.<sup>208</sup>

Durante este periodo describe Grote el avance pleno de las instituciones democráticas en un vertiginoso proceso de cambio, caracterizado por la incorporación política de estratos de la población que antes se encontraban marginados de la participación política, lo que coincidía, según su punto de vista, con el proceso que se estaba produciendo en la Gran Bretaña de su tiempo. Este proceso se va a dar gracias a la participación de un grupo de grandes hombres de la Antigüedad, que en un principio va a ser gradual, pero que se precipitará en el siglo V. Estos grandes hombres son identificados en las personas de Pericles, Demóstenes y extrañamente Cleón.<sup>209</sup> Para ello, va relegar a un segundo plano a Efiálfes, quien va a quedar como un personaje secundario en su *A History of Greece* porque se atribuirá a Pericles la creación de la mayoría de las instituciones democráticas, como la *graphé paranómon*, que reemplazaría al ostracismo como una especie de tribunal de alzada,<sup>210</sup> un avance significativo en las instituciones políticas de la época.

En gran medida, Grote va a ser quien rescate definitivamente a Pericles, el cual no era visto todavía con buenos ojos por una sociedad británica deslumbrada por los escenarios majestuosos del *Grand Tour* descrito por Byron, y que fue base para el futuro “saqueo” de las antigüedades para poblar primero las colecciones particulares y, luego, los museos como el Museo Británico de reciente creación.<sup>211</sup> En referencia al sistema político de Atenas, recordemos que cuando el autor recupera la imagen de Pericles de los albañales de la historia, Hume había puesto serias dudas en su capacidad para controlar a las multitudes, y Montagu advertía a sus compatriotas que, de no modificar su rumbo, Gran Bretaña pronto transitaría por el camino de la Atenas de Pericles.<sup>212</sup> Mitford, con este mismo diagnóstico, había acusado a Cleón, entre otras cosas, de haber “depravado” a la constitución ateniense en beneficio de sus propios intereses.<sup>213</sup> Pero es con la redención de Cleón que Grote va a entrar en conflicto con una parte de la intelectualidad de la época, que se encolumnó en contra de esta tesis.

---

<sup>207</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. V, Harper & Brothers, 1854, p. 379.

<sup>208</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. VII, John Murray, 1907, pp. 76-77.

<sup>209</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. VI, John Murray London 1870, , pp. 24, 71

<sup>210</sup> Sancho Rocher, L., *La Historia de Grecia de...*, Op. Cit., p. 106.

<sup>211</sup> Dyson, S., *En busca del pasado...*, Op. Cit., p. 94.

<sup>212</sup> Tolbert Roberts, J., *Athens on Trial...*, Op. Cit., p. 9.

<sup>213</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. II, 1829, p. 403.

Incluso, seguidores cercanos como Benjamin Jowett, pusieron en duda su papel de exégeta adecuado de las fuentes.<sup>214</sup> Pero es Richard Shilleto quien llegó a escribir un panfleto en su contra intitolado “*Thucydides or Grote*” (1851),<sup>215</sup> donde denostaba la intención de poner a Cleón como el continuador directo de la política de Pericles a su muerte. Los motivos que va a esgrimir Shilleto son, paradójicamente, los mismos que va a utilizar Grote con Mitford: su mala interpretación de las fuentes y, en defensa de Tucídides, va a poner en serias dudas la idoneidad de Grote como erudito, haciendo referencia específica a que no era un universitario.<sup>216</sup>

La tesis de Grote, que interpretaba la evolución política en Atenas clásica como un proceso progresivo de incorporación de grupos cada vez más amplios a la participación política, guardaba relación con la mirada liberal del proceso similar que estaba ocurriendo en Inglaterra durante el siglo XIX, en el transcurso de la llamada era de las revoluciones. Sería importante repasar algunos de los puntos claves de lo que ocurría en la isla en esa época, a fin de entender algunos de los paralelismos implícitos con Atenas que Grote establece en su obra y que justifican la idea de una elipsis temporal de más de dos mil años entre el mundo de la Atenas clásica y de su heredera europea occidental: Gran Bretaña.

### **El control social en Gran Bretaña durante la era de las revoluciones**

En el viejo continente, la impronta de la Revolución Francesa había arrasado con varios de los vetustos regímenes políticos existentes, sin embargo, el *Ancien Régime* no dejaba de estar presente en muchas de las estructuras políticas de la Europa restaurada. El recuerdo de la revolución y de los levantamientos jacobinos en Inglaterra durante el periodo de la *Regency* ponían sobre el tapete una nueva discusión con respecto al control social en el seno del Parlamento.

Las premisas para la época en que Grote fue miembro del Parlamento eran claramente dos. Primero, se podía intentar mantener el *statu quo*, lo que los sectores antidemocráticos ligados al pensamiento de Mitford y Gillies impulsaban; segundo, estaba la opción de generar reformas sociales que descomprimieran el descontento social, lo que los radicales ligados a Grote y Mill, por su parte, propugnaban, tomando a la historia griega clásica como arena donde cruzar argumentos.

La postura de los primeros recorre los sucesos acontecidos más de 2000 años antes, cuando las reformas sociales en Atenas dejaron en manos de una multitud ociosa e inexperta los asuntos de su exitoso imperio ultramarino. Todos los intentos de establecer este paradigma terminaron en fracaso. Uno de los hechos que confirman esto es la estrepitosa debacle del gobierno del duque de Wellington, y el que sus sucesores, Robert Peel y Lord Melbourne, a duras penas pudieron evitar. El abuelo de Victoria había tenido que huir de la turba en los alrededores de Hyde Park en el clímax de los reclamos del movimiento jacobino en Gran Bretaña, y ella misma sufrió dos atentados

---

<sup>214</sup> Demetriou, K. N., *Brill's Companion to George Grote...*, Op. Cit., p11.

<sup>215</sup> Shilleto, R., *Thucydides or Grote?* John Deighton, Londres. 1851.

<sup>216</sup> Rengakos A y Tsakmakis A, *Brill's Companion to Thucydides*, Brill, Leiden, 2006, p. 829.

en 1840 y 1841, lo que limitó las apariciones públicas de la pareja real en el periodo posterior. Para 1870, la reina volvió a pasear públicamente y, aunque siguieron disparando contra el carruaje real, algo había sucedido en Gran Bretaña para ese entonces.

La acción parlamentaria de Grote durante este periodo se va a centrar en dos aspectos principalmente. Una de ellas será promover las libertades de los individuos, en lo que coincidiría con J. S. Mill y todos los seguidores de Bentham. Va a conseguir la promulgación de numerosas leyes por el Parlamento en referencia a la realidad social en la Gran Bretaña, las cuales van a coincidir con las necesidades del mercado, en momentos en que la revolución industrial se encontraba en ciernes. La influencia de Bentham en el discurso político de Grote va a ser fundamental. De él va tomar sus trabajos sobre jurisprudencia, reformas sociales y filosofía política como basamento intelectual, lo que influirá fuertemente en su labor parlamentaria.<sup>217</sup> Pero es en el campo de la universalización del sistema electoral británico en que va a dar su más ferviente lucha. Esta participación a favor de movimientos pro democráticos no lo va a poner específicamente en la vereda del “republicanismo” en Gran Bretaña, aunque su participación política puede tener cierta cercanía con el movimiento cartista. Grote, como político, se va a mantener fiel al sistema social imperante, lo que va a quedar claro cuando, como impulsor de la Universidad de Londres, compartió tanto con Lord John Russell<sup>218</sup> y con el Duque de Sussex, hermano de Guillermo IV y uno de los monárquicos tradicionalistas más importantes de su tiempo, la conformación del primer consejo e, incluso, compartió con ellos la colocación de la piedra basal de la Universidad en 1827.<sup>219</sup> Esto nos impide afirmar que el radicalismo y republicanismo del historiador puedan ser tomados con los mismos parámetros de la actualidad. Sin embargo, Grote participó activamente en la causa revolucionaria francesa de julio de 1830, a la cual aportó fondos a través de sus representantes en París, unas 500 libras esterlinas y sobre la cual afirma él mismo:

[The Revolution of July] ferment in the English mind, that it was found impossible to withstand the impatient demands for political reforms

(“[La revolución de julio] fermentó de tal manera en la mentalidad inglesa que fue imposible postergar las impacientes demandas por una reforma”).<sup>220</sup>

Esta época de conmoción social y política coincide con el proceso de la revolución industrial y la contracción del imperio colonial británico. Las clases medias y acomodadas, al igual que una alta burguesía que ahora actuaba en todo el mundo, habían visto incrementados de manera geométrica sus ingresos, por lo cual, todo esto quitó al menos la simpatía a los movimientos de protesta. No todos, sin embargo, salieron beneficiados en esta expansión económica, puesto que las clases bajas y

---

<sup>217</sup> Grote, H., *The Personal Life of...*, Op. Cit., p. 24-59.

<sup>218</sup> Abuelo de Bertrand Russell.

<sup>219</sup> Grote, H., *Ibid*, p. 55.

<sup>220</sup> Grote, H., *The Personal Life of...*, Op. Cit., p. 63.

trabajadoras, la mayor parte de la población británica, seguían sumidas en un mundo de miseria. Las reformas impulsadas por Alberto y Victoria, pero más que nada las reformas parlamentarias del periodo de 1832-1872 y las modificaciones de las leyes de pobres, mejoraron en alguna medida la vida de la clase trabajadora que ahora se aglutinaba en las *Trade Unions*, en lugar de hacerlo alrededor de movimientos revolucionarios.<sup>221</sup> Pero las reformas no lo fueron todo, puesto que también se fomentó la emigración masiva de descontentos bajo distintas formas, como ya hemos señalado. Pero ahora no eran ingleses los que emigraban, sino los súbditos de los otros países de la Gran Bretaña, en mayor medida, los irlandeses, después de la gran hambruna de 1845. Este éxodo de población “problemática” ayudó en gran medida al control social, al mantener baja la demanda laboral lo que junto con la bonanza económica y las reformas sociales, ayudó a elevar el nivel de vida en las zonas industriales. Esto facilitó, que para mediados del siglo XIX, la opción democrática como vía de control social por medio de la reforma tuviera relativo éxito en Gran Bretaña.

En consonancia con esto, la acción política de Grote siempre hizo hincapié en el término “reforma”, en ningún momento habla de revolución cuando hace referencia a las políticas a tomar para su propio país, y pocas veces utiliza esta palabra en los doce tomos de *A History of Greece*, y cuando la utiliza, no hace referencia al proceso democrático de Atenas como una conmoción popular que derroca a un gobierno, sino a las drásticas reformas democráticas realizadas por Clístenes en el siglo VI. A diferencia de Mitford, el autor hace referencia a “revolución” como un proceso de cambio dentro de la estructura de la sociedad, por lo que este accionar lo deja claramente posicionado como un reformista, donde su apoyo por los movimientos populares como el Cartismo son marginales y los podemos calificar como simpatías, estando su accionar social más cercano con la génesis de lo que sería luego la Sociedad Fabiana.<sup>222</sup> El conjunto del accionar político e intelectual de Grote fue realizado dentro del sistema, esto queda en claro al ver que la mayoría de las leyes en las cuales participó activamente, son reformas sobre leyes ya existentes, y que, sin lugar a duda, constituyeron un gran avance para la legislación británica sin poner en riesgo el sistema político vigente.

La legislación en la que más trabajó durante su tarea en la Cámara de los Comunes fue la “Reform Bill” de 1832, que permitió que uno de cada seis hombres pudiera votar. También permitía la emancipación de los católicos, algo que era duramente cuestionado por miembros de los dos partidos y, principalmente, por la Iglesia de Inglaterra. Aunque la reforma electoral no consiguió todo lo que buscaba: no logró que se impusiera ninguna de las leyes sociales que impulsaba Robert Owen, ni la imposición del voto secreto que propugnaban los cartistas, y mucho menos el voto femenino que perseguía Jeremy Bentham. De todas formas, la reforma aprobada condicionó la totalidad del

---

<sup>221</sup> Thompson E. P. *La formación de la...*, Op. Cit., p. 596,597.

<sup>222</sup> Scruton R, *The Palgrave Macmillan Dictionary of Political Thought*, 2007, Palgrave Macmillan, New York. p. 522. La sociedad Fabiana es un movimiento socialista británico cuyo propósito principal fue avanzar en la aplicación de los principios del socialismo mediante reformas graduales. El nombre de la sociedad está tomado de Quinto Fabio Máximo (General romano que enfrentó a Aníbal) denominado “Cunctator” (el que retrasa). El movimiento fue uno de los cimientos de lo que más tarde sería el Partido Laborista británico.

movimiento político y social inglés del siglo XIX al menos hasta 1872. A partir de la misma, la composición del electorado cambió, y mucho, en Gran Bretaña. En principio, se eliminaron los *Rotten Boroughs* (“burgos podridos”), que distorsionaban el peso electoral de determinados distritos, pero lo más importante es que los votantes en poco tiempo superaron el millón sobre un poco más de 15.000.000 de habitantes, que tenía el país. Aunque parece poco radical visto desde nuestra perspectiva universalista del sufragio, el inglés fue para la época el sistema más inclusivo del mundo hasta la reforma jacksoniana en los Estados Unidos, que fue casi contemporánea.

Sus réplicas a los agoreros que presagiaban un estallido social si se implementaban las leyes de participación popular en el sufragio de 1832 fueron, por otro lado, rotundas.<sup>223</sup> Las masas en la Gran Bretaña se mantuvieron en relativa calma, incluso, en medio de la gran agitación que sucedió en el continente en 1848. La defensa de la ampliación de derechos hacia los estratos populares condujo a Grote a establecer un paralelo entre la Grecia clásica y la Inglaterra del siglo XIX. En él, una de las facciones en pugna en la antigua Grecia, la de Pericles y Efiálfes, va a condecirse bastante con el partido whig, factótum del desarrollo de la democracia en la Gran Bretaña victoriana, donde las instituciones democráticas que se estaban construyendo con la ampliación de los derechos electorales al pueblo, iban encaminadas a terminar el proceso en el que las mismas habían quedado incompletas dos mil años antes. A su vez, se interpretará la acción del partido tory como la de un rígido contrapeso que ponía obstáculos para la culminación de este mismo proceso en la Inglaterra contemporánea. Grote no dudará, por lo tanto, en nombrar a los opositores de Pericles y Efiálfes como miembros de un contrafactual partido conservador<sup>224</sup>, que se oponía a cualquier avance democrático en Atenas.<sup>225</sup>

## La agitación popular en Gran Bretaña

La situación social en Gran Bretaña a principios del siglo XIX distaba mucho del escenario europeo. La aldea inglesa, vapuleada y golpeada por las leyes de cercamiento tardó en morir, pero su muerte fue tan rápida como la aparición de la ciudad industrial que la reemplazó.<sup>226</sup> Esto produjo una alta cohesión en la protesta, que solo estuvo presente en la campaña británica por algo más de una década, cuando el Parlamento reglamentó o directamente eliminó las causas de esta.<sup>227</sup>

No tengo elementos para afirmar que Grote haya o no sido partícipe del movimiento cartista, pero en lo que respecta a las reformas que estos sostenían, el principio del voto universal y secreto, junto con la completa reforma de las circunscripciones electorales, el autor las apoyó casi sin reparos. En referencia a los disturbios que produjo el Cartismo previos a la reforma y a las posteriores “cartas” que

---

<sup>223</sup> Rigby, E., *Mrs Grote. A Sketch*, John Murray, Londres, 1880, pp. 72– 73.

<sup>224</sup> Canfora, L., *El mundo de Atenas*, Anagrama, 2011, p. 147.

<sup>225</sup> Loizides, A., *James Mill and George Grote...*, Op. Cit., p. 74.

<sup>226</sup> Rudé, G., *La multitud en la historia...*, Op. Cit., p. 179.

<sup>227</sup> Rudé, G., *Ibid*, p. 193.

se presentaron a partir de dichas reformas, que ya tocaban temas laborales además de los electorales, Grote no era partícipe. Las reformas llevadas a cabo durante este periodo, y que fueron apoyadas por el autor, no eran parte del movimiento cartista, sino de un proceso alternativo que tenía todos los elementos que la legislación británica de la época podía aportar para evitarlo. Aunque se hace referencia a los disturbios y agitación callejera entre 1836-37,<sup>228</sup> no se menciona el nombre del movimiento, “Chartist”, en ningún momento, por lo que no podemos avizorar que haya tenido algún interés en este, el cual, recordemos, estaba fuera de la ley. Solo se hace referencia a las manifestaciones callejeras como un elemento de cambio evitable en la política británica. Las reformas parlamentarias iban a terminar haciendo desaparecer finalmente al Cartismo por innecesario en 1858.

Además del Cartismo, Grote fue testigo de los otros dos grandes movimientos de protesta en la Gran Bretaña decimonónica: las revueltas rurales del Capitán Swing y de las Hijas de Rebeca, que fueron lo más parecido a un movimiento revolucionario. Pero ni el Cartismo, ni el Capitán Swing, ni las Hijas de Rebeca se parecían ni por asomo a lo que fueron las revueltas jacobinas de la última década del siglo XVIII, y ni remotamente a las revoluciones de 1830 y 1848 que arrasaron con los vestigios del *Ancien Régime* en el continente. El motivo era simple: el *Ancien Régime* había ya desaparecido casi por completo en la Gran Bretaña para esa época.

Sin embargo, los grandes movimientos revolucionarios en la Europa continental no son ajenos al historiador whig, en particular, la revolución de julio de 1830, a la cual, como hemos señalado, contribuyó económicamente. Junto con las que van a terminar revocando el poder de Luis Felipe de Orleans en 1848, también conocidas como las revoluciones burguesas, son asiduamente mencionadas de manera positiva en su obra. Ambas revoluciones serían el final de un proceso de ampliación de los derechos para el pueblo, que participaría de ahí en adelante activamente en los asuntos políticos. Este proceso se va a condecir con lo descrito en el caso ateniense en su *A History of Greece*. En esta, la *stásis* de la época de Solón, o el periodo posterior a la Guerra del Peloponeso y la instauración del régimen de los Treinta Tiranos, que muchos autores de la época como Mitford o Gillies veían como caos y descontrol, Grote, en cambio, ve una época de ejercicio y expansión plena de la democracia en Grecia, como estaba ocurriendo también en el continente europeo entre 1830 y 1848.

Ninguno de los movimientos populares en suelo británico fue ignorado o reprimido indiscriminadamente. Aunque el ejército dispuso de destacamentos fijos en los distritos donde la insurrección pasó a mayores, el Parlamento británico tomó cartas en el asunto y discutió el tema durante los diez años que duró el conflicto y, para 1848, ya se habían aplicado las reformas necesarias. Por su parte, durante las protestas de las décadas del 30 y 40, no se tomaron decisiones apresuradas, y todas tuvieron el tratamiento parlamentario que correspondía. Por la contraparte, el Cartismo, las revueltas del Capitán Swing y las Hijas de Rebeca, tenían incluso algo de organización, ya que las acciones de los arrendatarios y la represión, siempre se hicieron de forma ordenada.<sup>229</sup>

---

<sup>228</sup> Grote, H., *The Personal Life ...*, Op. Cit., p. 65-83 y 109.

<sup>229</sup> Rudé, G., *La multitud en la historia...*, Op. Cit., p. 184.

Las “leyes de pobres” en la Gran Bretaña del siglo XVIII, y aún ya entrado el siglo XIX, eran vistas de alguna manera por gran parte de la población como una ayuda hacia los estratos menos favorecidos. Aunque las mismas conllevaban una serie de beneficios que fueron agregándose con los siglos, como ya he afirmado, era una férrea herramienta de control social que no amortiguó el descontento social y las protestas. Precisamente son las reformas impulsadas por los partidarios de Mill, entre los cuales se encontraba Grote, las que comienzan a modificar fuertemente estas leyes, que de todas formas recién desaparecen a principios del siglo XX. A partir de los cambios que se fueron introduciendo en la legislación social británica hasta 1848, sus efectos dejaron paulatinamente de tener peso sobre la masa de la población.<sup>230</sup>

El siglo XIX vio el nacimiento de la clase media en la Gran Bretaña, no solo en las grandes ciudades, sino también en el ámbito rural. La complejización de los procesos de producción y el avance del fisco sobre los ingresos de las producciones industriales, llevaron a la conformación de los primeros cuadros administrativos, que requerían una formación diferente. A esto podemos sumar la emergencia del pequeño comercio en las ciudades, lo que promovió el ascenso social de una enorme capa de la población. Incluso se produjo el lento ingreso de la mujer a estos puestos de trabajo. Técnicos, secretarios y dependientes fueron engrosando las filas de la clase media, sobre todo, después de 1840. Esta expansión de la economía que benefició a algunos estratos de la población, no quitó presión parlamentaria a la cuestión de los “Ballots Bills” para que se ampliaran los derechos de voto a toda la población, los cuales fueron incrementando la cantidad de votantes en la Gran Bretaña de 1832 hasta 1905, donde se impone el voto secreto para toda la población masculina. Las protestas laborales, por su parte, se van a encaminar por medio de movimientos organizados que desembocarán en las *Trade Unions* para fines del siglo XIX.

La protesta del Capitán Swing terminó en 1832. Las milicias rurales detuvieron a 644 personas en ese periodo, de las cuales 505 fueron deportadas a Australia y 19 fueron ejecutadas. Las revueltas de las Hijas de Rebeca también fueron reprimidas, pero para 1843. Estos movimientos, de carácter rural, perdieron impulso con la consolidación de la ciudad y la elevación del nivel de vida antes mencionado, pero fueron las reformas legales, que importaban a Grote en su tarea parlamentaria, las que tuvieron una trascendencia, pues, los verdaderos resultados de las reformas instituidas no fueron inmediatos y se pudieron observar recién después de varios años tras la muerte del autor.

### **La importancia de Grote en la obra de John Stuart Mill**

En el cuerpo de *A History of Greece* de Grote podemos ver algo que va a reflejar en sus obras menores y que es la importancia que le da a los sofistas, incluyendo sobre todo su rol en el debate, lo que para él y para su amigo John Stuart Mill, siguiendo de

---

<sup>230</sup> Polanyi, K., *La Gran Transformación...*, Op. Cit. p.134.

algún modo a Hegel, es el objeto mismo de la filosofía.<sup>231</sup> El objetivo de enfocarse en el hombre y la sociedad solo podía plasmarse a través del estudio de la política. El siglo V asistió a un nuevo concepto de ley, las leyes ahora debían ser producto de una práctica reflexiva, y no simplemente de la tradición y su vínculo con la religión, por lo que esta nueva forma de ver el mundo produciría una ruptura generacional y, por lo tanto, entre las relaciones preexistentes entre dioses y mortales.<sup>232</sup> La visión de Grote y John Stuart Mill sobre los sofistas y Platón es sinérgica, es decir, que ambos en sus roles dentro de la dialéctica condicionan un resultado final que se considera positivo, y que cobrar por los servicios no era causal para su defenestración intelectual. El historiador veía en los sofistas a los exponentes de la visión práctica y ética de la filosofía. No concebía a la democracia griega sin la participación activa de los sofistas en el desarrollo de esta. Si bien Grote acepta que los políticos griegos, y no la democracia, eran los que tenían fallos, era el temor a regresar al pasado oligárquico el que, como espada de Damocles, pendía sobre la democracia griega e iba a generar la demagogia. Los demócratas hicieron, para Grote, todo lo que estaba a su alcance para impedir un retroceso que dejara nuevamente el poder en manos de los oligarcas, a quienes él, particularmente, asignaba los rasgos demagógicos y no a los demócratas.

Grote ve en la democracia ateniense, por lo tanto, un intento fallido, pero válido al fin, para avanzar hacia un gobierno popular, siendo acosado por un frente interno y otro externo, que no le permitieron prosperar en estas reformas. Luego de la derrota en la Guerra del Peloponeso, la democracia ateniense sobrevivió, a duras penas, cometiendo más errores que aciertos y con la participación de los “no” mejores ciudadanos en su gobierno, hasta que, en Cránon, en el 322 a.C., las tropas macedonias pusieron fin a la autonomía de las ciudades estado griegas. Es necesario aclarar que para Grote la pérdida de la autonomía constituía el fin del helenismo, de la historia griega, porque aquel no podía desarrollarse en el marco despótico proporcionado por el reino de Macedonia. Sin autonomía, no había polis y tampoco democracia.<sup>233</sup>

El historiador va a fungir como soporte intelectual de Mill, quien va a construir su andamiaje filosófico principalmente sobre la obra de Grote,<sup>234</sup> en lo que respecta a su accionar parlamentario. Ambos retroalimentaron, pero es quizás Mill el que más se va beneficiar en esta simbiosis. No sé si podemos, desde los parámetros actuales, calificar a Mill, pues sería muy difícil de encuadrar dentro del espectro político a este radical victoriano, que sería rescatado por el liberalismo a lo anglosajón, ya que él ponía a la libertad por sobre todas las cosas. Según Loizides, la obra de Mill sería imposible sin los aportes de una Atenas histórica socialmente convulsionada, sobre una estructura política estable, integrándose perfectamente dentro de la estructura de su obra.<sup>235</sup>

---

<sup>231</sup> Demetriou, K., *The Palgrave Macmillan John Stuart Mill A British Socrates*, Palgrave Macmillan, New York, 2013 pp. 65, 71.

<sup>232</sup> Pomeroy, S., Burstein, S., Donlan, W., Tolbert Roberts J., *La Antigua Grecia...*, Op. Cit., p. 300.

<sup>233</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., Vol. XII, John Murray, 1856, p. 363.

<sup>234</sup> Cejudo Córdoba, R., “*Ética de la Política en John Stuart Mill y George Grote*”, Plaza y Valdez, México, 2015.

<sup>235</sup> Loizides, A., *John Stuart Mill's Platonic Heritage: Happiness through Character*, Lexington Books, Plymouth, 2013, p. 77.

Como todos los utilitaristas seguidores de Bentham, la piedra basal del pensamiento de Grote era el individuo y su relación con el Estado, que no debía intervenir en las decisiones de los individuos, lo que llevaba a evaluar qué papel correspondía entonces al Estado y cuál a los individuos. Grote y Mill, por lo tanto, van a ser los artífices detrás de la reforma de 1832, que le va a dar un aire más puro a la política de Gran Bretaña, pero, sobre todas las cosas, más democrático y participativo. Aunque los cambios determinantes en la participación popular llegarán recién en 1905, en aquellas reformas, incompletas para los cánones de nuestra época, se pueden plasmar las improntas del filósofo moralista en las que podemos ver con claridad que las opciones y conductas del Estado tienen una clara superación a partir de la participación de los individuos. Desde esta participación, a estos les correspondían derechos y obligaciones. Tanto Grote como Mill lo van a llamar: “sentido de interés común”. En este punto, ambos diferían; mientras el historiador tenía una posición conservadora, y hasta puritana (cuáquera), por la que sostenía que el individuo debía recurrir a la autocontención y practicar la antigua costumbre griega de debatir racionalmente en todos los campos, Mill, por su parte, como seguidor extremo de Coleridge<sup>236</sup>, afirmaba que el individuo y su entorno debían construirse desde un posicionamiento romántico. La sociedad, entonces, debía apelar al cultivo de los sentimientos cívicos.<sup>237</sup>

## Filosofía y política en la antigua Grecia

La aparición de la *A History of Greece* de Grote va a causar un profundo impacto en la intelectualidad europea, y va a cambiar de alguna manera la cosmovisión que se tenía de las masas populares después de la era de las revoluciones. A partir de la obra de Grote el pueblo va a ser visto como un actor válido y predominante en las estructuras de poder. Edward A. Freeman y Alfred Zimmern<sup>238</sup> van a elogiar su accionar, alegando que en la Antigüedad, la muchedumbre ateniense “hizo uno de los mejores gobiernos que el mundo jamás vio” y va a ser “el ejemplo más exitoso de organización social en la historia”.<sup>239</sup>

Durante todo el siglo XVIII en la historiografía británica, se había creado la imagen de una Esparta edificada a la sombra ordenadora de Licurgo, como el gran legislador que había engrasado el mecanismo constitucional de poderes y contrapoderes para garantizar el orden que devenía de las virtudes de sus ciudadanos, pero sin entrar en detalles de las tremendas tensiones que había dentro de su sociedad, que al igual que Atenas, vivía en un régimen igualitario, pero solo para unos pocos. Una república de ciudadanos modelo, de soldados que tenían prohibida cualquier otra ocupación, algo que no podía alzarse como paradigma para los británicos, cuyas libertades provenían de garantías legales y constitucionales, y no de la virtud de los ciudadanos.<sup>240</sup>

---

<sup>236</sup> Mill, J. S., *Autobiography*, The Floating Press 2009, pp. 153-59.

<sup>237</sup> Sancho Rocher, L., *La Historia de Grecia de...*, Op. Cit., p. 102.

<sup>238</sup> Zimmern, A., *The Greek Commonwealth*, Random House, Nueva York, 1956, p.87.

<sup>239</sup> Tolbert Roberts, J., *Athens on Trial...*, Op. Cit., p. 12.

<sup>240</sup> Fornis, C., “La Esparta Ilustrada...” Op Cit p 76

Grote también puso en tela de juicio la glorificación de Esparta, así como también había hecho con el desprecio por los sofistas y por los demagogos atenienses, a quienes intentó rescatar. En su visión de la democracia ateniense, lo que durante siglos había sido bueno ahora era malo, y lo que había sido malo, ahora era francamente heroico.<sup>241</sup> Sin caer en un “anti laconismo”, va a tratar de desarticular una visión idílica de Esparta que servía de modelo imaginario para las instituciones británicas en el pensamiento conservador desde la época de la revolución inglesa.<sup>242</sup> Ello lo hará, sobre todo, al poner en cuestión el relativo igualitarismo de la sociedad que nacía supuestamente de un régimen de acceso a *kléroi* (“lotes”),<sup>243</sup> que cada uno de los ciudadanos plenos espartanos, los *homóioi*, recibían del Estado. Grote creía que el sistema espartano de asignación de la tierra y los derechos y deberes cívicos lejos de proporcionar un acceso igualitario a la tierra desde la época arcaica, cuanto mucho, el mismo databa del período helenístico como una respuesta creada a una etapa de crisis.<sup>244</sup> Sabemos ahora que el sistema pudo haber sido ideado en el siglo VII a.C. como una respuesta al levantamiento de los hilotas, siervos del Estado, que representó la Segunda Guerra Mesénica, la cual tuvo como consecuencia un reordenamiento completo de la sociedad espartana, sobre un criterio de sometimiento completo del individuo a las leyes de la polis y un reparto de la tierra pública para sustentar el creciente militarismo de la sociedad. Grote pudo haber estado errado en sus conclusiones, pero es significativo en sí que se haya dado a la tarea de criticar un bastión del pensamiento conservador como era el mito del igualitarismo espartano, recurriendo, para ello, a las herramientas de la crítica hermenéutica de las fuentes en desarrollo por aquella época.

A partir de este espejismo construido desde la época de Cromwell, Grote comenzará a desarmar el andamiaje que mostraba a principios del siglo XIX a Esparta como una sociedad construida sobre instituciones morales sólidas y que, desde su perspectiva, era mucho menos igualitaria que lo que los conservadores creían. En contra de la tesis de Karl O. Müller,<sup>245</sup> será uno de los primeros autores en poner en duda el hecho de que los ilotas y periecos, que eran estatus jurídicos dentro de la sociedad lacedemonia, pertenecieran a una población aborígen previa a la gran invasión doria.<sup>246</sup> En ese sentido, criticaba fuertemente el hecho de que se creyera que habían sido poblaciones locales sometidas después de la conquista.<sup>247</sup> El historiador inglés afirmaba que todos eran preferentemente de origen dorio, a la vez que va poner en evidencia la visión de Licurgo como el gran legislador, y de quien va a dudar que fuera un personaje histórico. Nuevamente, para ello argumentaba que su existencia no se trataba más que de una leyenda construida durante el período helenístico.<sup>248</sup>

---

<sup>241</sup> Tolbert Roberts, j., *Athens on Trial...*, Op. Cit., p.12.

<sup>242</sup> Cartledge, P., *Grote's Sparta/Sparta's Grote*, en Brill's Companion to George Grote and the Classical Tradition, Brill, Leiden-Boston, 2014. p. 25.

<sup>243</sup> Lote de tierra que cada ciudadano espartano recibía según la constitución de Licurgo.

<sup>244</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. II, Harper & Brothers, 1857, p. 399.

<sup>245</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. II, John Murray, 1851, p. 486.

<sup>246</sup> Muller, K. O., *The History and Antiquities of the Doric Race*, John Murray, 1839, pp. 2-3.

<sup>247</sup> Placido, D., *Nacionalismo, imperialismo...*, Op. Cit., p.26.

<sup>248</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. II, Harper & Brothers, 1859, p 400.

Los éxitos militares de Atenas hacían contrastar claramente la *isonomía* con la rígida *agogé*, es decir, la educación marcial que Esparta daba a sus ciudadanos desde los siete años en adelante. Este mismo contraste lo hace en relación a la *Boulé*, el consejo de 500 miembros que desde Clístenes eran sorteados, pero de la que todos en teoría podían ser partícipes y donde la discusión y el disenso eran la norma, contra la monolítica Apella, la limitada asamblea espartana, donde las decisiones, aunque se discutían, lejos estaban del disenso y donde estas se tomaban por unanimidad. También va a poner en la balanza a una Atenas donde el individuo, sobre todas las cosas, era parte de un todo, a diferencia de una Esparta, donde la comunidad sacrificaba al individuo, algo que iba directamente en contra de su pensamiento y también del de su amigo y socio intelectual Mill en lo que tenía que ver con las relaciones entre individuo y Estado.

Grote va a tardar menos en ver a Clístenes o a Pérdicas como primeros ministros, y a Cleofonte o al mismo Demóstenes como “leales líderes de la oposición a su majestad”,<sup>249</sup> que en comparar a la Boulé con la Cámara de los Comunes, y al Areópago, un consejo arcaico compuesto por aristócratas que habían desempeñado el cargo de arconte previamente, con la Cámara de los Lores. Paralelo a esta lectura institucional, también encontrará dentro de la política clásica a un partido conservador (Tory) pro oligárquico y a uno democrático (Whig), donde militaban por obvias razones Efialtes y Pericles, ciudadanos modelos que son los que van a dar el golpe contra el Areópago con la ayuda del apoyo popular. Estas reformas son las que van a llevar a Atenas, según Grote y contra la tradición aristocrática (cuya mirada más exacerbada hemos visto en el caso de Mitford), a la cumbre de la civilización, aunque estas conquistas quedasen incompletas.<sup>250</sup> Sin embargo, es algo obvio que el peso de la asamblea ateniense es para Grote la gran diferencia, puesto que lo maravilloso del régimen político ateniense es para él la libertad de participación y la igualdad, que brindaban un ámbito deliberativo donde se podía discutir de todo y en cualquier momento, dependiendo de las mayorías que se consumaran para ello. Esto era una realidad política muy distante al convento guerrero espartano, pero quizás también de la Atenas protoburguesa que él imaginaba.<sup>251</sup>

Una de sus pasiones, además de la política y de la historia, fue la filosofía griega. A este menester dedica el resto de sus obras intelectuales, incluso, una dedicada a Platón en tres tomos. Tendrá una particular prudencia al juzgar a los sofistas, a quienes, como advertimos, incluye dentro del proceso democrático. Es por ello que encuadra a Sócrates como un partícipe necesario de este movimiento. Sócrates va a caminar por el filo de la navaja entre la democracia y la oligarquía: “respetó a la democracia hasta el punto de no evitar su condena ni su ejecución”,<sup>252</sup> pero lo califica como un eje fundamental de la democracia griega, ya que asevera que, aunque esta fue la causa de su muerte, también lo fue de su prédica, ya que es dentro de este sistema donde estaba permitido el disenso y la libertad de palabra. No es hasta que la religión, en un acto de intolerancia y

---

<sup>249</sup> Sancho Rocher, L., *La Historia de Grecia de...*, Op. Cit., p. 107.

<sup>250</sup> Canfora, L., *El mundo de Atenas...*, Op. Cit., p. 120.

<sup>251</sup> Sancho Rocher, L., *Ibid*, p. 24.

<sup>252</sup> Sancho Rocher, L., *Ibid*, p. 114.

utilizando los métodos que suministra la democracia, lo condena y posteriormente lo hace ejecutar. En referencia a su obra incompleta titulada *Plato and the Other Companions of Sokrates: Sequel and supplement to my history of Greece*,<sup>253</sup> es donde va remarcar esta visión de Platón sobre los sofistas, que era una cuestión que estaba sobre el tapete en la discusión del momento.<sup>254</sup> En esta obra, va a intentar también construir un puente entre la filosofía y la política, a través de las herramientas propias de la primera, donde Grote va a pretender comprender la postura de Platón y Aristóteles sobre la retórica, viéndola como una grieta dentro del sistema democrático, que era aprovechada, demasiado inescrupulosamente quizás, por políticos mal intencionados, pero en una sociedad donde la retórica era utilizada a diario a cambio de beneficios políticos y económicos, y donde la enseñanza era paga.

El autor verá además en Sócrates no solo a un filósofo, sino también a un político, aunque no actúa directamente, que puede compararse hasta cierto punto con Mill, pero con un destino manifiesto y, de algún modo, teleológico: va a ser condenado por “corromper a la juventud”, un delito que suena más que a venganza, a una clara ejecución de control social, si lo unimos al hecho de que fue el educador de Alcibíades y Critias.

Otras figuras de la historia griega tendían también un puente con el presente. Por ejemplo, Cimón, que es tachado de líder oligárquico que se apoyaba en grupos de la población entre los que tenía la influencia y el poder de un patrón, de forma similar a como actuaban los patrones ingleses de los burgos podridos antes de la Reform Bill de 1832. Sin embargo, no se quedaba en esa explicación simplista. También lo acusaba directamente de demagogo, contradiciendo así a Mitford, al decir que Cimón disponía también generosamente de donativos con recursos económicos obtenidos en las campañas navales. El político ateniense va a ser exaltado por su amigo el poeta Ión acerca de sus pasados éxitos militares y en su generosidad con los ciudadanos pobres, e incluso por su trato con los esclavos. Esto va a ser suficiente para Grote, quien va a afirmar que, en clara diferencia a Pericles, Cimón fue un artista de la demagogia.<sup>255</sup>

Puede ver en Clístenes, así, al gran reformador político, dándole una trascendencia especial sobre todo los demás por haber construido, de acuerdo con lo que era el pensamiento utilitarista de Bentham, pero sobre todo el de Mill, la gran participación de los ciudadanos en el *Ágora* e imbuirlos así de un sentimiento de moral cívica incomparable. Entre otros logros, le asigna a Clístenes, en ese sentido, la génesis de la tarea parlamentaria del trabajo en comisión. Su interpretación es que la asamblea solo decidía, votando por el sí o por el no a mano alzada, y que las leyes eran preparadas por comisiones legislativas conformadas por nomotetas (“instauradores de las leyes”) y que estas solo eran puestas a la discusión cuando se reunía la *Boulé*. Aunque tiene un papel significativo, recién con Efialtes la democracia griega va a tener para el autor los elementos del Parlamento británico de su época. En esta visión atemporal que construye de la democracia ateniense, Pericles es calificado como el hombre más grande de la

---

<sup>253</sup> Vidal Naquet, P., *La democracia griega...*, Op. Cit., p. 106

<sup>254</sup> Grote G, *Plato and the Other Companions of Sokrates" Sequel and supplement to my history of Greece*, John Murray, London, 1867.

<sup>255</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. V, John Murray, 1870, p. 219.

Antigüedad, y no lo toma solo como un político, sino que lo engloba dentro del grupo de los filósofos como uno más. El político es elevado por Grote como el epítome de la democracia de todos los tiempos, encumbrando a la Atenas de Pericles por arriba de la mayoría de las repúblicas democráticas de la era victoriana. Pericles es, sin lugar a dudas, un Primer Ministro moderno con sus correspondientes atribuciones.<sup>256</sup>

Será notable también su infructuoso intento intelectual de reivindicar a Cleón como el gran líder de la oposición en contra de la imagen establecida de gran demagogo de la Guerra del Peloponeso, en el marco de la gran coyuntura política que llevaría a la democracia ateniense a una crisis terminal. Grote compara a Cleón con William Pitt, y a Pericles con Lord Walpole<sup>257</sup>:

Nor can we even tell in what degree Kleon's denunciations of veteran Perikles were fiercer than those memorable invectives against old age of sir Robert Walpole, with which Lord Chatam's political career opened.

(“Ni podemos siquiera decir en qué medida las denuncias de Cleón al veterano Pericles eran más virulentas que aquellas invectivas memorables contra el anciano sir Robert Walpole, con lo que Lord Chatam [William Pitt el viejo] inició su carrera política”).<sup>258</sup>

Para él, en cierta medida, Cleón lejos de ser un demagogo, “un monstruo” como lo había caracterizado Mitford, es un defensor de los derechos logrados por el pueblo y que la mala fama que adquirió fue porque sus detractores, Tucídides y Aristófanes, estaban enemistados con él, y que estas fueron las fuentes más concisas, por no decir las únicas al respecto, que se utilizaron para juzgar su labor política durante siglos. Nicias, por su parte, que ya había sido denostado también por Mitford como señalamos, es el “siniestro representante de los intereses aristocráticos y religiosos”, dentro de una asamblea que se asemeja demasiado a las categorías políticas británicas.<sup>259</sup> Alcibíades y Critias son dos personajes secundarios, pero, a su vez, necesarios para la trascendencia de Sócrates como filósofo. Aunque ambos son en parte la causa de la condena. La independencia de Sócrates queda atada a estos dos políticos. La libertad y la rebeldía de Sócrates le permitirán trascender en la historia y, de esta manera, llegar hasta la época contemporánea al autor como un modelo de ejercicio del libre pensamiento en la democracia.

A diferencia de Mitford, finalmente, Grote no ve en la Guerra del Peloponeso solo la génesis de todos los males en Grecia y, por ende, del fin de la aún endeble democracia. La visión de Grote no le quita a Atenas responsabilidad en este proceso. Para la época, ya existía un consenso donde la ciudad era vista como la culpable e instigadora de la guerra, pero, sobre todas las cosas, la historiografía dieciochesca en la que se basaba Mitford, hacía responsable no a Atenas, sino a su gobierno democrático

---

<sup>256</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. VII, John Murray, 1907, p. 454.

<sup>257</sup> Tolbert Roberts, J., *Athena on Trial...*, Op. Cit., p. 243.

<sup>258</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. VI, Harper & Brothers, 1853, p. 247.

<sup>259</sup> Turner, F. M., “Antiquity in Victorian ...” Op. Cit., p. 11.

plagado de excesos, que se iban incrementando a medida que los acontecimientos empezaban a ser desfavorables. Grote no solo va a hacer responsable a Atenas de cierta intransigencia, sino que va a incluir también entre los responsables a Esparta, afirmando que la actitud pendenciera de Atenas se basaba en las propias atribuciones que la misma Liga de Delos le había dado para resolver las disputas internas, y no en los deseos despóticos de los atenienses. La Guerra del Peloponeso, en su opinión, va a poner fin a un periodo de esplendor que no va a tener parangón en el mundo, un periodo de 50 años donde Pericles, a través de la política, va a promover las artes y el pensamiento. Estas dos últimas facetas eran las que habían llegado hasta el siglo XVIII, dejando a la política en una posición demeritoria. El razonamiento de Grote lleva el aporte del *Sobre lo Sublime*, sobre el vínculo entre libertad política y esplendor artístico, hasta sus últimas consecuencias. Este ambiente de libertad, sin embargo, llegaba a su fin con Filipo II y Alejandro, y también la obra de Grote que, a diferencia de Mitford, no se interesaba en esta época “alejandrina” tachada de despotismo.

### **Filipo y Alejandro: el fin de la democracia en la Grecia antigua**

Grecia va a quedar tan desgastada luego de la Guerra del Peloponeso, que esto va a facilitar el avance macedonio sobre territorio griego y, por ende, sobre la democracia que aún continuaba rigiendo la política en la mayoría de las poleis. Sin embargo, el sistema democrático va a seguir funcionando durante este periodo, aunque ya muy condicionado por el avance macedónico. Filipo y su hijo Alejandro no van a significar para Grote la restauración de los valores morales de la monarquía como lo fuera para Mitford, sino el avance definitivo del despotismo sobre la democracia.<sup>260</sup> Aquí, Demóstenes será el último obstáculo que se va a interponer entre los monarcas argéadas y el círculo virtuoso iniciado doscientos años antes, y su oposición se construirá desde la democracia, la cual, utilizará como baluarte. Es Demóstenes en sus discursos quien advierte sobre la situación que se está conjugando,<sup>261</sup> lo que a la vez será la causa de su desgracia y posterior muerte.

La política es para el autor, claramente, una continuación de la filosofía aplicada a la administración del Estado. Así, no diferencia entre filósofos y políticos, colocándolos en el mismo nivel. La democracia de esta manera, como un sistema de gobierno construido sobre sólidos basamentos, va a tener una continuidad evolutiva que la mantendrá indemne, incluso en periodos de crisis como la Guerra del Peloponeso y la conquista por parte de Filipo y Alejandro. No hay revolución en Grecia, sino un periodo de cambio y reformas políticas, aunque con crisis profundas y periodos de conflictos irreductibles, y es allí donde la democracia se va a fortalecer.

Queronea (338 a.C.) es, sin embargo, el principio del fin de la democracia en la Antigüedad clásica, puesto que Filipo con su victoria va a imponer un despotismo del que no va a surgir nada positivo para el autor. Toda la energía, inteligencia y capacidad

---

<sup>260</sup> Lianeri, A., “The Persian Wars as... Op. Cit., p. 338.

<sup>261</sup> Briant, P., “Grote on Alexander the...” Op. Cit., pp 338,339.

de los griegos durante su autonomía, se van a perder durante el periodo helenístico. Para él, Grecia va a quedar tan debilitada después de las aventuras de Alejandro, que no va a tardar en caer en manos de los romanos,<sup>262</sup> aunque ello ocurra casi dos siglos más tarde, y este rey macedonio no va a aportar absolutamente nada nuevo a la cultura griega, sino que va a ser el mero continuador de Darío III. Alejandro se va a convertir, entonces, en el destructor de la democracia, quien, además, va a importar el despotismo de Asia.<sup>263</sup> La única diferencia entre estos dos personajes históricos es que ahora Grecia va a estar incluida dentro de su estructura de poder. Alejandro no tiene ningún proyecto económico y no va a haber nada más que despotismo y tributos de todos los tipos para las poleis. No hay acuerdo para nada, y se observa en la crítica explícita a este autor, con el Alejandro de Droysen, creador de una nueva etapa en la historia de la humanidad: el helenismo.<sup>264</sup>

Con Alejandro solo va a haber “agresión y conquista”, las cuales no van a terminar hasta que este llegue al final del mundo conocido. Ningún gobernante va a tener un poder tan heterogéneo. Para administrar semejante imperio, Alejandro va a utilizar a ciudadanos de las distintas poleis de Grecia, pero la mayoría de ellos van a ser macedonios. Grote va a indicar claramente que para el ciudadano común de la polis no va a haber ninguna ventaja en el imperio recientemente creado. Grecia no va a participar de la obtención de riqueza alguna, y dependiendo de su adhesión a la causa, algo que la Atenas de Demóstenes va a tratar de evitar, lo máximo que va a recibir del imperio alejandrino va a ser su participación como proveedora de soldados o riquezas, y cuando no, va a recibir una guarnición militar a cargo de la misma polis.

Esta situación no solo se va a ver patentizada en lo referente a la política y, como ya he explicado, para el historiador no va existir una diferencia clara entre política y filosofía, y en este caso va a ser estricto, haciendo énfasis en que durante doce de los treinta años que Aristóteles enseñó en su academia durante el reinado de Alejandro, Atenas fue administrada por gobernantes macedonios. Ello motivó, de alguna manera, el declive de la política y de la filosofía durante ese período. Y aunque Atenas y otras ciudades griegas participaron de la conquista del imperio persa, no lo hicieron de forma voluntaria, ni tuvieron interés alguno en una conquista que no les reportó nada. En efecto, Grote relativizará la participación de Atenas en las conquistas alejandrinas haciendo una comparación explícita con las fuerzas aportadas por la Confederación del Rin durante la invasión de Napoleón a Rusia en 1812,<sup>265</sup> lo que va a coincidir con la típica visión inglesa que se tenía, y se tiene en la actualidad, del emperador francés. Por ello, se advierte que comparte con el gran historiador B. Niebuhr la mala imagen de Alejandro de Macedonia.<sup>266</sup> Grote compartía con Connop Thirlwall, uno de sus más cercanos amigos, un común interés por la historiografía alemana contemporánea. Sin embargo, y al contrario que Droysen, que es un rival,<sup>267</sup> que ve en el “hijo de la Hélade” al faro que va a difundir la cultura griega imbuido con las máximas políticas de

---

<sup>262</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. XII, John Murray, Vol XII p. 92.

<sup>263</sup> Moreno Leoni, A, “Alejandro Magno como...”, Op. Cit., p. 27.

<sup>264</sup> Droysen, J. G., *Alejandro Magno*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998 (1833).

<sup>265</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. XII, John Murray, 1869, p. 378.

<sup>266</sup> Briant, P., “Grote on Alexander the...” Op. Cit., p.337.

<sup>267</sup> Briant, P., *Ibid* p.335.

Aristóteles, el historiador inglés sólo va a ver a un déspota que ha asiaticado Grecia.<sup>268</sup> Alejandro es para Grote el fin de la participación ciudadana y el fin de su capacidad de acción creadora. El helenismo no podía dar frutos en el ambiente de opresión de una monarquía, quedando bien en claro que Grote está “contra el sistema político monárquico absolutista que propició la conquista de Asia y, por lo tanto, contra las consecuencias culturales de él derivadas”.<sup>269</sup>

El antagonismo Oriente-Occidente no va a permanecer ajeno a la obra de Grote, el triunfo del despotismo sobre la libertad va a ser el eje sobre el cual va a culminar su obra, algo que va a ser central para la política de Europa en un tiempo donde la visión helenocentrista estaba siendo re convertida hacia una eurocentrista. Su visión no es diferente de la de ninguno de sus antecesores, incluyendo al propio Mitford. La única diferencia específica que va a realizar el autor es que va a correr el eje geográfico para incluir dentro del despotismo a los reyes helenísticos desde Filipo en adelante,<sup>270</sup> colocando a Atenas y a su democracia en el origen de la experiencia política occidental, creándola como un modelo para la Inglaterra de su época.

Para el autor, no va a haber grandes diferencias entre los movimientos populares en la antigua Grecia, durante la Revolución Francesa o en el mismo proceso que se estaba dando en su país, la pérdida de control en los disturbios sucedidos en Francia, los va a atribuir a la falta de disciplina que los franceses tenían, algo que los griegos poseían y que los ingleses “naturalmente” tenían.<sup>271</sup> Al contrario que Mitford, verá en el gobierno de los Treinta Tiranos, ni en el consejo de los 400, un movimiento revolucionario en sí mismo, como tampoco verá en los tumultuosos 1830-40 ningún movimiento revolucionario en la Gran Bretaña. En ambos periodos, Grote va a vislumbrar el afianzamiento del sistema democrático a través de la participación popular; un movimiento que va a poner a prueba las sólidas estructuras democráticas y donde se van a promover profundas reformas que van a tener consecuencias en la política británica hasta ya entrado el siglo XX, con la consabida pérdida del poder imperial en la Gran Bretaña.

---

<sup>268</sup> Briant, P., “Historia y Civilización del Mundo Aqueménida y el imperio de Alejandro” en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* (Filo UBA/Sitio del Instituto) p. 4.

<sup>269</sup> Moreno Leoni A, “Alejandro Magno como...” Op. Cit., p. 53.

<sup>270</sup> Lianeri, A., “The Persian Wars as...”, Op. Cit., p. 336.

<sup>271</sup> Kierstead J., *Grote's Athens...*, Op. Cit., p. 188.

## Capítulo 5

### Política e historiografía: La apropiación y el uso de la historia antigua

#### Entre la moral espartana y la democracia de Atenas

La “rehabilitación” de la democracia ateniense que estaba siendo propiciada por un grupo de intelectuales radicales ingleses, entre los cuales, podíamos encontrar a Thomas Paine, John Wilkes y Mary Wollstonecraft, aunque muy de moda en los salones de Londres, no tuvo un impacto real en la política y en la sociedad británicas de la época. Esto queda bien en claro durante la reacción tory que puso fin al predominio whig de la primera mitad del siglo XVIII. La misma llevó al posterior intento de aplastar violentamente la revolución en América, además de poner en evidencia la fuerte reticencia a la recepción por parte de la sociedad británica de las ideas de la revolución que se intentaban importar desde Francia. Por lo que los beneficios de la antigua democracia griega que ellos propugnaban fueron quedando, de algún modo, desprestigiados.

Pero fueron quizás los mismos Paine, Wilkes y Wollstonecraft los que con sus acciones promovieron la contra reacción. Paine había sido condenado a morir en la guillotina acusado de contrarrevolucionario; el principal defensor de la democracia griega salvó su vida por una casualidad de aquellas que se dan muy pocas veces en la historia. Wilkes, perseguido y acosado por la reacción conservadora, aplacó en gran medida su fervor revolucionario, para terminar abandonándolo casi por completo durante su vejez. Pero fue Wollstonecraft, la gran simpatizante de las ideas revolucionarias que cruzó el canal para llegar a Francia y ser partícipe de ella,<sup>272</sup> la que produjo el impacto más profundo en los círculos radicales al tener que huir de París entre la bruma y las sombras de la medianoche revolucionaria.

Las ideas liberales entraron de esta manera en un cono de sombras en Gran Bretaña, sobre todo, después de que las secuelas del Terror revolucionario de 1793 llegaran a Londres por medio de la prensa, cuando esta comenzó a reproducir las experiencias de los exiliados. Esta sombra se va a extender durante toda la época de las Guerras Napoleónicas, arrastrando con ellas a este primer intento de reivindicar como modelo a la democracia ateniense hasta después de 1812. Recién en 1827 se va a plantear la primera disputa seria contra la visión conservadora de la antigüedad griega, y será realizada por Grote apenas unos años antes de la publicación de la *History of Greece* del obispo Thirlwall en 1835.

Las obras de Mitford y de Grote no solo van a ser parte de una disputa ideológica e intelectual. En el campo político, ambos autores van a ser representantes de dos paradigmas de país, pero sobre todo, de dos visiones del Imperio. Mitford, como

---

<sup>272</sup> Gonzalez, M., “La Fuerza de las Ideas”, en Wollstonecraft M, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Istmo, Madrid, 2005, p.13.

representante de la *gentry*, según afirma Turner, más que un antiliberal radical, era un defensor de los valores tradicionales que se sostenían entre fines del siglo XVIII y principios del XIX en una Gran Bretaña rural testigo de un fundamental cambio económico y social. Este maremoto que trastocaría la manera de hacer política va a terminar de enfrentar al país rural (Country) contra la corte (Court)<sup>273</sup> en una disputa que va trascender el ámbito parlamentario. El primero de estos dos paradigmas tenía, en alguna medida, una visión proteccionista de la economía. No por nada, en efecto, Mitford va oponer a la materialista y refinada Atenas, una rural y austera Esparta. De esta idea se va a nutrir el historiador ultraconservador y antirrevolucionario Joseph de Maistre (1753-1821), quien, junto a Mitford, va a equiparar democracia con sofismo y sofismo con utilitarismo, dejando en claro un enfrentamiento con el benthamismo en sus mismos orígenes.<sup>274</sup>

En el fondo, la disputa tenía que ver con la valoración de la emergencia del pueblo en la política de la Atenas clásica y su participación en la toma de decisiones, que se planteaba como un anti-modelo para la Gran Bretaña contemporánea. La contradicción llegaba desde la propuesta de que el pueblo tenía la capacidad de nombrar y destituir a los gobernantes, algo que iba en franca contradicción con las ideas conservadoras del historiador inglés. Sin embargo, considero que Mitford no es un anti-radical puro. La construcción política que rescata recurrentemente en la antigua Grecia está, sin duda, muy ligada a la idea de constitución mixta inglesa, cuyos orígenes intelectuales pretendía remontar a dos hitos reformistas antiguos: la legislación de Solón y la de Licurgo, ambas positivas para el autor porque habían sido justamente impuestas sobre Atenas y Esparta por los estratos superiores de la sociedad y se encontraban, por lo tanto, muy lejos de estar basadas en las soberanía del pueblo.

Sobre este tema, podemos decir que hay un relativo acuerdo entre las partes en disputa, ya que tanto para Mitford como para Thirlwall, la legislación de Solón era el punto de partida para la democracia griega, mientras que, para Grote, por su parte, Solón dejó el gobierno en manos de la aristocracia. Esto lo deja muy cerca del pensamiento de Mitford al respecto.<sup>275</sup> La constitución mixta inglesa<sup>276</sup> es para el autor georgiano, sin lugar a dudas, el mejor orden político que jamás ha existido, por lo que su reforma no solo sería superflua, sino también peligrosa. Tenemos que recordar, al citar a este autor, que siempre va a intentar hacer un paralelismo entre Atenas y la Francia revolucionaria, lo que va a despertar airadas críticas en el espectro liberal. Macaulay va a aseverar, en efecto, que “pocos aportes podíamos encontrar” en *The History of Greece* de Mitford, según nos deja constancia en sus escritos: el autor inglés “odiaba a la democracia”, algo que había influido de gran manera en su obra. Pero es otro de los benthamitas, John Stuart Mill, quien va a hacer una crítica más dura al

---

<sup>273</sup> Turner, F. M., “The Greek Heritage in...”, Op. Cit., p. 196.

<sup>274</sup> Urbinati, N., *Mill on Democracy: From the Athenian Polis to Representative Government*, The University of Chicago Press, Chicago, 2002, p. 35.

<sup>275</sup> Sancho Rocher, L., “La Historia de Grecia de...” Op. Cit., p. 96 y 107.

<sup>276</sup> En una constitución mixta, cada estrato social tiene una representación por separado, como la Boulé y el Aerópago en la Grecia antigua y la Cámara de los Comunes y la de los Lores en Gran Bretaña.

respecto, afirmando que llegaba “al clímax del más salvaje frenesí antijacobino”.<sup>277</sup> Más que la rígida austeridad espartana, lo que motiva a Mitford es un ataque directo a la misma democracia ateniense como sistema de gobierno. Por ello, alega que el régimen del Consejo de los Treinta es una consecuencia natural de la sinrazón democrática:<sup>278</sup>

*We have already had occasion to observe that Solon introduced or left in the Athenian constitution a defect which had the most direct and irresistible tendency to its destruction.*

(“Hemos tenido ya la ocasión de observar que Solón introdujo o dejó en la constitución ateniense un defecto que tuvo la tendencia más directa e irresistible hacia su destrucción”).

Si vamos a buscar a las espadas del conservadurismo británico, no solo nos podemos enfocar en Mitford. Para la misma época en que este escribía, el escocés John Gillies (1747-1836) escribió su antidemocrática, antirrevolucionaria y promonárquica *History of Ancient Greece, its Colonies and Conquests* (1786). Historiógrafo real de Escocia, va a intentar dejar en claro sus lealtades a la corona a todo lo largo de la obra. Aunque no va a tener el impacto de la obra de Mitford, va a ser un aporte crítico más a la imagen ascendente de la democracia griega. Gillies tenía la cualidad de encontrar la mano de la democracia ateniense, escondida y, por qué no, agazapada detrás de cualquier movimiento revolucionario. Escrita específicamente como reacción a los eventos sucedidos en América, y con la explícita intención de advertir a la sociedad británica de los peligros de la democracia y del republicanismo, es un ejemplo extremo del pensamiento del ala más extrema del partido tory. De hecho, Gillies es un partidario del absolutismo ilustrado y dedica su obra de 1786, *History of Ancient Greece*, justamente al rey Jorge III con las siguientes palabras:

*By describing the incurable evils inherent in every form of Republican policy, [the History of Greece] evinces the inestimable benefits, resulting to Liberty itself, from the lawful dominion of hereditary Kings, and the steady operation of well-regulated Monarchy.*<sup>279</sup>

(“Al describir los males incurables inherentes a cada forma de política republicana, [*the History of Greece*] demuestra los beneficios inestimables que resultan para la libertad misma del dominio legal de reyes hereditarios y la firme operación de la Monarquía bien reglada”).)

---

<sup>277</sup> Nippel, W., *Ancient and Modern Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2016, p. 250.

<sup>278</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. IV, 1938, p. 9.

<sup>279</sup> Gillies, J., *The History of Ancient Greece*, 2 vols., Dublin, 1786, vol. 1, p. iii. Ver: Stenhouse, W., “Early Modern Greek Histories and Republican Political Thought” (pp. 86-108), en W. Velema y A. Weststeijn (eds.), *Ancient Models in the Early Modern Republican Imagination*, Brill, Leiden-Boston, 2017, p. 86-87.

En su obra, la monárquica Esparta era para Gillies la eficaz respuesta contra todos los males que la democracia podía traer, y Alejandro, el “hombre extraordinario” que cambió para mejor al mundo antiguo: su cura.<sup>280</sup> Su decidida parcialidad política y el extremo criticismo de la obra, contribuyeron a colocarla definitivamente en el estante de los libros olvidados, tanto así que en la obra de Mitford, en gran parte posterior a ella, no hay ninguna mención y la cercanía entre estos autores, que recién se puede observar en la historiografía moderna, y es el resultado más bien de un aglutinamiento ideológico de las posturas antidemocráticas compartidas por ambos.

Sin embargo, la obra más influyente en contra del movimiento democrático de este período no va a ser escrita desde la óptica tory, sino desde la del partido whig y es la obra de Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*, que escribió en 1790. Ya Edward Gibbon había profetizado, en diciembre de 1789, que cualquier esperanza que se tuviera sobre la democracia y la igualdad de derechos en Francia iba a chocar con la demanda de igualdad en lo referente a la propiedad privada. El autor de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, recomendaba la obra de Burke, no tanto como un aporte intelectual, sino como un antídoto antirrevolucionario.<sup>281</sup> Las reflexiones de Burke van a producir un enorme impacto en la sociedad británica, ejerciendo en ella un importante influjo que se va a orientar, durante el periodo de mayor fragor, decididamente contra la ideología revolucionaria, aprovechando la exaltación y la indignación que atrajeron los excesos de la revolución.

El partido whig, por otra parte, se encontraba en un proceso de profundo cambio para finales del siglo XVIII. Después de haber sostenido la candidatura de los príncipes de Hannover a la corona británica, los whigs se habían mantenido en el poder sin riesgo de disputa de parte de los tories casi de forma ininterrumpida por más de 60 años. Sin embargo, para cuando los vientos de la era de las revoluciones vuelven a soplar sobre suelo británico, los conservadores comienzan a disputarle el poder en el Parlamento. La disputa ideológica más allá de las bancas en la Cámara de los Comunes, de todas maneras, no parecía haber sido dejada de lado.

La primera respuesta a las obras de Gillies y Mitford son los ocho volúmenes de la *History of Greece* de Connop Thirlwall (1834-1844). El proceso se había iniciado, con todo, mucho antes. La primera crítica importante de la que tenemos constancia es la que realizó Thomas Macaulay en 1808 en la *Edinburgh Review*, que careció de la severa vehemencia de la realizada por él mismo para el *Knight's Quarterly Magazine* en 1824. Aquí, el autor consideró “desafortunado que la historia de las repúblicas griegas sea contada por alguien que tiene una parcialidad muy antidemocrática”.<sup>282</sup> Es en el *Westminster Review*, un órgano periodístico muy ligado al partido whig, de donde van a salir de todas maneras las críticas más duras. No por nada, es allí donde se publica la respuesta de Grote en 1827.

---

<sup>280</sup> Bowden, H., *Alexander the Great: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2014, p. 105-106.

<sup>281</sup> “Gibbon to Lord Sheffield”, 5 de febrero 1791 en *Letters*, ed J. E. Norton, Londres, 1956, Vol. III, p 216.

<sup>282</sup> Briant, P., “Grote on Alexander ...” Op. Cit., p. 330.

La respuesta a la visión antidemocrática, que también compartía una porción importante del partido whig, se veía como necesaria. Es la época de las tertulias, por cuyos salones pasaba y se discutía gran parte de la vida política en Gran Bretaña. La reacción liberal, por más que tardó casi 20 años en producirse, fue tan certera en sus términos sociales e intelectuales que terminó desplazando a las versiones conservadoras de la historia clásica, que habían hegemonizado con anterioridad la construcción de una imagen moderna de la antigua Grecia. Una muestra de este éxito de la interpretación liberal de la historia, es el hecho de que la obra de Grote se publicara en varios idiomas modernos y que se haya republicado hasta la actualidad, mientras que las obras de Mitford y de Gillies han quedado en el olvido y son citadas muy esporádicamente. La mayoría de las veces, se las menciona solo como una curiosidad peyorativa más que como una alternativa intelectual, o como respuesta a las obras de los historiadores liberales. Sin embargo, esta victoria gramsciana se diluye en la descomposición del partido whig, que va a comenzar a producirse durante la era de las revoluciones.

Para escribir su obra, Grote se va a inspirar en eruditos clásicos, en particular en el escritor alemán Barthold Niebuhr (1776-1831), cuya obra había tenido un alto impacto en Gran Bretaña, en la que llegó a un público más amplio. Esto colocaba al autor victoriano en la senda que llevaría a los estudios clásicos y a la historia misma por una vertiente más científica, que era un modelo que se estaba consolidando en Alemania por aquellos años. De esta manera, Grote va intentar una rehabilitación historiográfica de la democracia de Atenas, que había sido, señalamos ya, tratada despectivamente por Mitford como un régimen que propiciaba la toma del poder por una masa ociosa, responsable de conducir a la ciudad a una ruina esperable desde el primer momento.

Podemos afirmar, con Sancho Rocher, que Grote “resolvió con éxito el reto de establecer una conexión directa entre la democracia como fenómeno político y el desarrollo artístico, científico y filosófico de Atenas”.<sup>283</sup> Ello parecía absolutamente necesario para fundamentar su elipsis temporal entre la Edad de oro en Grecia y la expansión cultural de la era victoriana en la que vivía, puesto que creía de alguna manera que ambos momentos político-culturales estaban emparentados.

Grote va a remarcar, asimismo la importancia del disenso y la participación abierta de los individuos en la *Boulé* que de alguna manera había llevado a Atenas a ser una potencia, lo que se refleja, como vimos, en su comentario negativo de la Apella espartana.<sup>284</sup> Por último, Grote buscará comparar explícitamente la Apella y la Boulé, instituciones espartana y ateniense respectivamente, pero analizándolas desde el punto de vista de la calidad de cada una, sobre todo al caracterizar a la *Boulé* como un parlamento moderno, con todas las atribuciones del mismo, en comparación a la *Apella*, el órgano más democrático de Esparta, pero en el que solo se ve representado un estrato de la población. Su objetivo era desplazar el eje de valoración moral y política positiva hacia Atenas y para ello, se va a referir a Atenas como la norma y a Esparta como la excepción, donde gran parte del movimiento liberal, no solo en Gran Bretaña, sino también en el continente, especialmente entre los radicales franceses que van a retornar

---

<sup>283</sup> Sancho Rocher, L., “*La Historia de Grecia de...*” Op. Cit., p. 95

<sup>284</sup> Sancho Rocher, L., *Ibid*, p 102.

a Atenas en busca de sus principios; para ello Grote la va a hacer liberal y por lo tanto moderna.<sup>285</sup>

## **El nacimiento de la política moderna en Gran Bretaña**

Para entender lo que estaba sucediendo en la política británica de finales del siglo XVIII, pero sobre todo durante la era victoriana, tenemos que echar una mirada a la evolución de los partidos políticos durante esta época. La Revolución Industrial va a modificar la estructura económica de la Gran Bretaña y, por consiguiente, su entramado social. Ninguno de los dos partidos, whigs o tories, van a sobrevivir intactos a este proceso. La fractura entre viejos y nuevos whigs coincide, a su vez, con una confluencia social, de la creciente burguesía industrial que se va a ir entremezclando con la nobleza venida a menos por medio de matrimonios, a la vez que muchos nobles van a poner sus latifundios en producción comercial. Ello va a cristalizarse durante el periodo de la *Regency* y se va a hacer definitivo durante la era victoriana.

Robert Walpole pertenecía a esta nobleza aggiornada, desde el gobierno, promovió el comercio y le dio un gran impulso a las compañías comerciales de los mares del sur y de las indias orientales. Lord Walpole, junto a su camarilla, se hicieron así inmensamente ricos. William Pitt el viejo, que luego sería también conocido como Lord Chatham, por su parte, pertenecía a una familia de comerciantes que habían accedido a una gran fortuna durante la expansión británica en la India. Como Primer Ministro, fue el principal impulsor del Imperio Británico. En este escenario es que se produce la primera escisión dentro del partido whig, con lo que resalta, que las diferencias entre ambos partidos, vistas desde nuestra perspectiva actual, suelen ser difíciles de comprender.

Los old whigs tenían fuertes ideas liberales en lo referente al comercio, pero con respecto a las ideas políticas y sociales, su posición no distaba mucho de la de los tories, aunque eran los promotores de las escasas reformas que se produjeron en los siglos XVIII y XIX en Gran Bretaña. Durante los procesos revolucionarios en América y en Francia, aparece uno de los principales impulsores de la fractura. Contrariamente a lo que podría creerse, no fueron los old whigs, radicales y progresistas, los que se escindieron del partido. El filósofo Edmund Burke, a través de tres escritos: *Speech on Conciliation with America* (1775), *Reflections on the Revolution in France* (1790) y *An Appeal from the New to the Old Whigs* (1791), es quien va a dar el paso hacia la ruptura, que se hará efectiva cuando William Pitt el Joven abandone las filas del partido whig. Tanto Grote como Mill van a iniciar su carrera política dentro de un partido ya escindido y, en la época en que escriben sus obras, el partido Whig deja de llamarse así para ser conocido como el partido liberal, que, con altibajos, gobernará la Gran Bretaña durante el periodo victoriano para desaparecer a principios del siglo XX.

William Pitt el Joven, quien, como ya dijimos, había mutado de whig a tory, ya no veía a la Revolución Francesa como el hecho que estaba minando el poder francés, sino

---

<sup>285</sup> Urbinati, N., *Mill on Democracy...*, Op. Cit., p. 17.

como un hecho social que podía influir fuertemente en Gran Bretaña. En un momento, llegó a afirmar que los derechos del hombre eran una “doctrina monstruosa” que, entre otras cosas, ponía en peligro a los gobiernos de toda Europa.<sup>286</sup>

La ruptura del partido whig, sin embargo, también va a impactar en el partido tory porque los liberales conservadores, incorporados al partido, van a producir a mediados del siglo XIX una nueva fractura, esta vez, entre tories y peelitas, seguidores de Robert Peel. Así, para finales del siglo, quedarán conformados los tradicionales partidos Conservador y Liberal, que no tendrán mayores diferencias en lo programático. Tras las reformas de 1832, la búsqueda de votos en lo que podríamos llamar “el centro” de la política británica, llevó a estos partidos, en efecto, a ceder en muchos de sus posicionamientos. En ese sentido, Peel era de por sí un representante de la aristocracia victoriana. De nobleza reciente, era un industrial textil más que un terrateniente, lo que contrastaba con sus antecesores miembros del extinto partido tory, más parecido a lo que sería uno de sus continuadores, Benjamin Disraeli, en su cosmovisión social y política del partido.

Mitford escribió su obra mucho antes de este proceso. Aunque no podemos decir que fuera un reaccionario, su posición antidemocrática lo dejaba ampliamente afuera de las posiciones políticas de la época que le siguió, por lo cual, la influencia de sus ideas dentro del partido conservador, fue mermando con el paso del tiempo, algo que no ocurriría con la obra de Gibbon. *A History of Greece* de Grote, por su parte, tuvo una gran recepción dentro del público al que iba dirigido; su posición de radical dentro del partido liberal le abrió el camino para que fuera leído hasta la actualidad, teniendo una gran influencia entre miembros de dicho partido, tales como Gladstone, Disraeli y Lloyd George.

### **La edición póstuma de la *History of Greece* de William Mitford**

El 10 de febrero de 1827 fallece William Mitford en su casa solariega de Exbury, pero a pesar de esto, su obra va a tener una modificación que va a causar cierto impacto en la política británica. Dos años más tarde, en 1829, va a salir a la luz la primera edición póstuma de su obra, donde, por primera vez, aparece una “demasiado” breve biografía del autor. En ella, se presenta una exégesis de la obra a cargo de su hermano Lord Redesdale, que reinterpreta la historia británica en relación a la *The History of Greece* de Mitford, a la vez que intenta utilizarla como una herramienta política. La breve biografía, *A Short Account of the Author*, como va a pasar a llamarse este prefacio, va a ser incluida en cada una de las ediciones posteriores a lo largo de todo el siglo XIX.

Debemos tener en cuenta que, cuando el hermano de Mitford hizo esto, ni la historia de Grecia del obispo Thirlwall, ni mucho menos la de Grote, habían sido escritas aún. Sin embargo, notamos que está clara apología de la obra tiene una intensidad intrínseca, por lo que podemos suponer que las críticas negativas a la obra

---

<sup>286</sup> Nippel, W., *Ancient and Modern...*, Op. Cit., p. 248.

eran algo ya común en esa época. En este prefacio no vamos a ver una obra histórica donde se pueden confundir las cuestiones políticas contemporáneas con las del pasado, sino que hay una directa intencionalidad de explicar la historia desde la óptica tory sin tapujos. Lord Redesdale va a hacer una comparativa de manera taxativa, entre *The History of Greece* escrita por su hermano en el transcurso de los últimos 40 años, con toda la historia de la Gran Bretaña, pasando por las invasiones sajonas, danesas, normandas hasta la propia Revolución Francesa con un paralelismo inaudito.

En este comentario de la obra, va a intentar realizar una explicación de los pensamientos políticos de su hermano, diciendo que las características de la población griega, pero sobre todo de sus gobiernos, no eran extrapolables a las islas británicas, y que la concepción de la verdadera libertad del pueblo griego, “la libertad de todos”, tal cual era concebida la libertad británica, nunca había existido en Grecia.<sup>287</sup> Ocho años antes, Benjamin Constant había pronunciado una conferencia donde había realizado una comparación sobre la libertad en la Antigüedad en relación a su época. En la Antigüedad, decía Constant, el alcance de la libertad debía llegar a todos los ciudadanos por igual, es decir, la participación política colectiva era lo buscado, mientras que en su época lo era el conseguir el goce de los derechos personales ejercidos a través de garantías legales. Esto era algo que se condecía, en cierta medida, con lo expuesto por Lord Redesdale, para quien la revolución que en “muchas de las colonias británicas en América del norte” y en Francia donde habían ocurrido, se podía ver claramente que de estas surgían principios “subversivos” basados en derechos colectivos y que de los cuales, ningún gobierno podía subsistir, y que, leyendo la historia de la antigua Grecia, podíamos confirmarlo.<sup>288</sup>

Lord Redesdale escribió esto en 1829, cuando habían pasado décadas desde la Revolución Francesa, pero, sobre todo, de la Revolución Americana, a cuyo país todavía no mencionaba con su nombre moderno. Hace mención en este prefacio de *The History of Greece*, que durante este periodo, se intentó rescatar los beneficios de la fallida democracia ateniense, dejando en el olvido los verdaderos principios de la constitución inglesa, a la cual, él coloca como muro contenedor del pueblo británico en medio de la convulsión. También va a dejar en claro que, desde la óptica de su hermano, los principios básicos de la estabilidad del gobierno son similares a los que ya ha hecho referencia a lo largo de toda la obra. Cuando hace comparaciones entre antiguos griegos y británicos, pone énfasis además en el carácter de sus compatriotas y en su apego a las libertades, siendo esta la diferencia fundamental, y que es algo que está signado ya en la misma conformación de la constitución mixta británica desde su aparición hacía siglos.

Ambos, William Mitford y Lord Redesdale, participaron del gobierno parlamentario, siendo miembros de la Cámara de los Comunes, y aunque se niegan a mencionarla como “democracia” británica, sino que se refieren a ella como “libertades” británicas, los podemos ubicar como partícipes del sistema de partidos. Por este motivo, podemos notar su oposición contra la implosión de los principios de la democracia ateniense, los cuales estaban siendo aplicados, desde su particular óptica de la lectura

---

<sup>287</sup> Mitford, J. F., “Brief Memoire of...”, Op. Cit., p. 17,

<sup>288</sup> Mitford, J. F., Ibid, p. 19,

del mundo antiguo en el presente, tanto en Francia como en los Estados Unidos para aquella época.

En referencia al Imperio Británico, Lord Redesdale va a afirmar que es una construcción compleja basada en el comercio, la industria y el ejército, pero, sobre todo, en la participación de la población británica en su reciente conformación. Se trataba de gente que podía participar tanto en la producción agrícola, manufacturera y mercantil, como en la administración, o en las fuerzas armadas, lo que permite establecer una gran diferencia con la Grecia antigua, donde, afirma, solo los hombres libres eran soldados, el resto, esclavos. En las islas británicas, en cambio, todos los hombres eran libres. Estos hombres libres de las islas británicas, sin importar su origen social, ingresaban al servicio del imperio comercial británico haciendo grandes aportes. Lord Redesdale va a comparar la situación de la antigua Grecia con la del Imperio Español, donde se realizaron grandes distinciones entre criollos y españoles, algo que los había llevado a perder casi todas sus colonias en años recientes.

Aunque Lord Redesdale falleció solo dos años después, *A short Account...* continuó publicándose en las subsiguientes ediciones del libro, incluso, hasta la de 1838, la cual tiene la misma maquetación que la de 1835, por lo que sospechamos que la inclusión del prefacio escrito por Lord Redesdale en esta postrímera edición puede ser de orden técnico. En efecto, luego de la reconversión de los tories en el partido conservador en 1834, y la consiguiente “liberalización” de la ideología del partido, esta le quitó a la obra el carácter imaginado de herramienta política por sus posiciones claramente antidemocráticas. Tras esta edición, la obra entra en un periodo de oscuridad, en el que las publicaciones pasan a ser poco frecuentes hasta desaparecer en la década del 30’ del siglo XX.

Como “biógrafo” de su hermano, podemos ver que una de las principales intenciones de Lord Redesdale es construir un nexo entre la *The History of Greece* y *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon casi como una necesidad. Trata, en efecto, de establecerla como una especie de preludio necesario de aquella obra, la cual gozaba de una gran aceptación dentro del público de la época. Incluso, busca destacar una cercanía personal e intelectual entre ambos autores durante sus años de servicio a la corona en la milicia rural. Pero Gibbon, en cambio, no menciona esta relación en ninguna parte de su autobiografía, ni mencionará a William Mitford y la supuesta relación entre ambos.<sup>289</sup> Tampoco la *The History of Greece* es mencionada en parte alguna. Por todo esto, se puede afirmar que “*A Short Account...*” es un último intento por mantener a flote la ideología de una facción de los tories, que estaba siendo desplazada dentro del mismo partido. Las posiciones antidemocráticas de Mitford no tenían cabida ya en la política británica, donde la vigencia de la democracia era algo que no tenía discusión. Por último, el intento por vincular la obra de Mitford a la de Gibbon, va también a quedar al margen de las especulaciones historiográficas, ya que aparte de la mención en cada edición de la obra desde aquel momento, va a quedar relegada solo a libros sobre historias de las familias británicas como una curiosidad

---

<sup>289</sup> Gibbon, E., *The Autobiography and Correspondence of Edward Gibbon, the Historian*, Alex Murray & Son, Londres, 1869.

genealógica, ya que la única persona que podía desmentir la cercanía entre ambos autores, Edward Gibbon, había muerto en 1794.

Después de leer *A Short Account...*, no podemos dejar de hacernos una pregunta. ¿Es esta la reinterpretación fiel de las ideas y pensamientos de William Mitford? ¿O la exposición oportunista de las ideas y pensamientos del Lord Redesdale? Obviamente es una mixtura de ambas: la visión de una parte de la *gentry* rural a través de los ojos del ala más extrema del partido tory antes de su proceso de reconversión en el partido conservador, que intenta hacer uso, una vez más, de la antigua Grecia a través de la figura del historiador tory.

### **Un imperio: dos visiones**

El Imperio Británico se expandió en paralelo a los imperios español y portugués, aunque los motivos por los que se construyó fueron bien distintos. En la Antigüedad clásica no se hablaba de imperio comercial cuando se hacía referencia al imperio ateniense. El motivo por el que este funcionó fue por la existencia de una armada, en la que remaban los ciudadanos pobres (thêtes) a cambio de un salario, y que se sostenía sobre la base del tributo cobrado a los miembros de la Liga de Delos, pero generaba beneficios económicos por el comercio y el control de los mares. La flota servía, por lo tanto, de argamasa para apuntalar dicha estructura. El Imperio Británico nació de manera similar, estableciendo factorías en el Caribe, donde la explotación de la caña de azúcar generaba enormes beneficios. Desde la época isabelina, los británicos se habían asentado “tímidamente “en lo que hoy día es América del Norte, aunque la primera colonia realmente exitosa es la de Massachusetts en 1620”.<sup>290</sup>

Hasta mediados del siglo XVIII, la expansión progresará allí mediante la ocupación de lo que se consideraba un “espacio vacío”, que no habían querido, ni podido llenar los españoles, agregando colonias con los nombres de los respectivos monarcas que las fueron gestando, Virginia, Carolina, Maryland, Georgia. En América continental, las factorías británicas se dedicaron a la explotación del arroz y del tabaco, mientras que en la zona de Nueva Inglaterra, de clima más septentrional, fue poblada por emigrantes provenientes de todas las islas británicas lo que generó un fuerte incremento poblacional. Pero quizás la matriz donde se crearía el imperio sería la Compañía Británica de las Indias Orientales, donde podemos ver claramente el complemento capitalista. Creada a imagen y semejanza de su homónima holandesa, llevó a los súbditos británicos a asentarse en lo que hoy es la India.

Así, lo que para mediados del siglo XVII era un puñado de exitosos enclaves comerciales sin mayores responsabilidades políticas, para ya entrado el siglo siguiente se convirtió en la administración de la tercera parte del globo. El país de los hombres libres, aquellos que se habían enfrentado a la tiranía, el país de la constitución mixta que había logrado a lo largo de su historia establecer un “equilibrio” entre ricos y pobres que

---

<sup>290</sup> Taylor, A., *American Colonies: The Settling of North America*, Penguin Books, Londres, 2002, p.181.

tanto añoraba Mitford en sus escritos, ahora debía administrar millones de almas en un mundo extraño y ajeno, además de secuestrar, comerciar y establecer fuera de su tierra a millones de esclavos negros de África reinsertados en las plantaciones de caña del Caribe y en las Carolinas.

En un principio, los barcos esclavistas ingleses trataban a estos esclavos como una mercancía más, trasladándolos a las colonias españolas y portuguesas, pero para el siglo XVII ya los introducían en las propias, compitiendo con los holandeses en el negocio de tráfico.<sup>291</sup> Todo esto hizo que, para 1704, Gran Bretaña se transformara en el país más rico del mundo y con el imperio más poderoso que se hubiera conocido hasta el momento; pero también en un imperio equivocado, más parecido al imperio ateniense que Mitford tanto aborrecía en muchos de sus contenidos, que al imperio moral y espartano que su frenesí literario intentaba mostrar. Fue el hermano del autor, Lord Redesdale, quien se va a ocupar de comparar ambos imperios y va a intentar dejar bien en claro que las diferencias comerciales, sociales, políticas y económicas, se dan en dos contextos históricos distintos.<sup>292</sup>

Aunque incomparables, ambos imperios, el ateniense y el británico, mantuvieron su dominio por medio del férreo control de una flota que ejercía una supremacía sobre los mares, algo nunca antes visto en sus diferentes épocas, todo esto montado sobre una estructura de alianzas continentales que se fue haciendo cada vez más compleja con el paso de los siglos. Pero, sobre todo, ambos imperios fueron construidos sobre un sistema de producción basado, entre otros elementos, en el esclavismo, que en el caso británico estaba anclado en el naciente capitalismo. Sobre esta cuestión, será recién Grote quien intentará establecer algún tipo de paralelismo.<sup>293</sup> Nada de esto se condecía con la visión que Mitford tenía de la Atenas republicana que, según surge de sus escritos, no se asemejaba en nada al Imperio Británico de su época: un imperio construido por los ingleses a la medida de los ingleses, y que poco tenía en común que pudiera compararse con el ateniense. *The History of Greece* de Mitford no rescataba nada del imperio esclavista ateniense, como sí lo haría la de Grote, ya que esta obra había sido escrita, principalmente, para denostar a la democracia. El único imperio que rescataba Mitford en su obra era el de Alejandro Magno, no por sus supuestas bondades culturales o humanas, sino solo por el hecho de ser monárquico.

Los hombres libres de la Gran Bretaña podían participar en la construcción del imperio. A diferencia de las otras potencias coloniales de la época, un Robert Clive, el líder de una banda de matones de Market Drayton, podía conquistar toda la India para la Corona Británica y convertirse en Sir Robert Clive, Barón de Plassey y, no solo eso, sino también administrarla exitosamente para los intereses de la corona británica. Los ingleses se colocaron en la India por arriba de todas las castas y, además de explotar la colonia comercialmente, la convirtieron en el principal destino de las manufacturas que comenzaban a producirse en la metrópoli, algo que difícilmente podría haber hecho Atenas 2000 años antes. Sin embargo, los autores que exploraban la historia de la

---

<sup>291</sup> Schama, S., *A History of..*, Vol. II Op. Cit., p.441.

<sup>292</sup> Mitford, J. F., "Brief Memoire of the...", Op. Cit., p.12

<sup>293</sup> Liddel, P., "The Comparative Approach in Grote's History of Greece" en Demetriou, K. N., *Brill's Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014. p. 242.

antigua Grecia intentaban buscar similitudes, en muchos casos, bastante forzadas. Este imperio equivocado, la cumbre de la civilización según Mitford, equivalente de la moral espartana, solo se encontraba en la imaginación del autor. En algún momento, el imperio de la gente libre que iba a esparcir la libertad de las almas, la libertad de pensamiento y la libertad de comercio, se iba a convertir en un imperio construido con mano de obra esclava, se cree que 1.5 millones de esclavos fueron trasladados en navíos británicos solo durante el siglo XVIII,<sup>294</sup> siendo subyugados en la institución social que Mitford tanto aborrecía

Equivocado o no, la familia Mitford se encontraba absolutamente involucrada en la construcción de este imperio. Además de las actividades políticas propias y de las de su hermano, como señalamos anteriormente, Roger Reveley, su tío materno, falleció en el Black Hole de Calcuta, considerado por muchos el *casus belli* por el cual se conquistó la India. Además, en 1804, durante las Guerras Napoleónicas, Henry Mitford, el segundo hijo del historiador, falleció cuando el buque de guerra del cual era capitán, el HMS York, naufragó mientras patrullaba las aguas del Mar del Norte. A partir de esto, podemos ver con claridad cuál era el imperio que describían los hermanos Mitford en sus obras y cuál era la interpretación política que hacían de sus escritos.

Con todo, la visión del Imperio Británico a fines del siglo XVIII no variaba mucho en la perspectiva de los whigs o en la de los tories, ya que las principales diferencias entre ambos eran puertas adentro. Puertas afuera, el Imperio Británico era para el partido tory una continuación de la propia expansión de Inglaterra. Aquella que primero se había dado por Escocia, cuya población protestante fue asimilada de inmediato dentro del marco de los súbditos de la corona, para luego hacer lo mismo con Irlanda, algo similar a lo que había hecho Alejandro de Macedonia en la Antigüedad, según creía Mitford.<sup>295</sup> En el caso de Irlanda, sin embargo, la población católica local no fue asimilada, sino, marginada de todas las decisiones políticas. Esta expansión llegaba ahora a las costas de América donde la población anglófona prosperaba por sobre la aborigen, excluida también de todo derecho político. Para los whigs, por su parte, el Imperio era una consecuencia de la política comercial de la Gran Bretaña.

Ambas visiones eran correctas, sin embargo, solo Grote, en su obra, se va a atrever a establecer un nexo entre el Imperio Británico y el Imperio Ateniese.<sup>296</sup> Para ello, había otra visión del Imperio. Aunque la *Slavery Abolition Act* de 1833 terminó con la esclavitud en todas las colonias británicas, la situación jurídica de la población local a lo largo de todo el Imperio Británico continuó siendo problemática hasta su disolución en 1945. La revolución de las colonias inglesas en América terminó además con las pretensiones coloniales del viejo estilo, con los férreos controles ejercidos indiscriminadamente desde la metrópoli, que solo parecían servir para poblaciones de esclavos, o de aquellas subyugadas durante centurias como se pensaba en el caso de la India. Los “hombres libres” de América terminaron convirtiéndose en todo aquello en lo que se querían convertir los británicos, exportando al mundo todas las libertades que antes mencioné. La Revolución Americana y la Revolución Francesa van a terminar

---

<sup>294</sup> Schama, S., *A History of...*, Vol. II, Op. Cit., p. 445.

<sup>295</sup> Mitford, W., *The History of Greece...*, Op. Cit., T. Cladell, Vol. VII, 1829, p.228,

<sup>296</sup> Grote, G., *A History of Greece...*, Op. Cit., Vol XII, John Murray, 1867, p.192.

generando una reacción dentro de esta visión equivocada del imperio, que terminaría combatiendo todas estas libertades.

Dentro de la estructura de partidos en el Parlamento, no todo se podía vislumbrar con tanta claridad, o establecer sobre qué bases se había construido el Imperio Británico. William Pitt el viejo, un whig de cuño tradicional, fue, junto a los miembros de este partido, el artífice de la construcción de este imperio, pero también fue quien de alguna manera advirtió, junto a Burke, sobre las consecuencias de las rígidas políticas que se estaban implementando en él, lo cual nos llama en cierta medida la atención, porque es su facción del partido whig la que se va a separar y terminar fusionándose con los tories.<sup>297</sup>

Primero entre las sombras, y luego públicamente, otra visión del Imperio Británico se comenzaba a gestar, no solo en las tertulias y en las aulas de Oxford y Cambridge, sino también en el Parlamento: un imperio superador como el mundo nunca había visto, el cual erradicaría la pobreza, la ignorancia y las enfermedades. No solamente una nueva Roma, sino un imperio construido sobre la virtud. La aparición en la política de los partidos conservador y liberal, reemplazando a los tradicionales whig y tory, corrió la línea de la política hacia la izquierda en Gran Bretaña. El liberalismo, en todas sus facetas, no tan solo en lo político y lo económico, era ahora parte de la voluble programática de ambos partidos.

La necesidad de hacer hincapié en lo social, no solo era una necesidad ideológica, sino también política. Luego de las reformas de 1832, las grandes barriadas que se iban aglomerando alrededor de las ciudades de Londres, Birmingham y Manchester, eran los reductos donde la política victoriana ahora buscaba sus votos para ingresar al Parlamento. La revolución en América fue una dura lección para el imperio en ciernes, que tuvo que esperar casi cien años para aplicar las enseñanzas que esta y la Revolución Francesa habían promovido. Esta modificación en la política británica durante los primeros años de la era victoriana, llevó a la creación de la Commonwealth of Nations, una institución política que, con algunos cambios, continúa hasta la actualidad.

Las colonias pobladas principalmente por europeos comenzaron a autogobernarse. Terranova y Canadá comenzaron a hacerlo en 1855 y 1867 respectivamente, mientras que Australia y Nueva Zelanda lo hicieron entre 1907 y 1910, pasando a llamarse dominios. Pero, ¿qué fue del resto de las colonias? ¿Las del África subsahariana y, sobre todo, de la India, donde la población británica era una minoría insignificante? La nueva visión del imperio decía que estos millones de personas, con el tiempo, estarían lo suficientemente civilizados como para gobernarse a sí mismos, volviéndose devotos de su metrópoli como ahora lo eran los dominios y que estarían en paz, como hijos del sueño liberal británico.<sup>298</sup> Pero las fuerzas del mercado no fueron suficientes para ordenar la compleja sociedad india, generando algunas de las más grandes hambrunas que la historia moderna hubiera visto. Tanto allí, como en la colonia del Cabo y, luego, dentro de la propia Gran Bretaña, cruzando el canal de San Jorge, el imperio de las buenas intenciones tuvo que recurrir a la artillería y a las ametralladoras para sostenerse.

---

<sup>297</sup> Burke, E., *Speech on Conciliation with America*, Cosimo Classics, Nueva York, 2015.

<sup>298</sup> Schama, S., *A History of ...*, Op. Cit., p. 263

Este imperio de las buenas intenciones comenzó a tener peso político e intelectual en la década de los 1830. Uno de los promotores de esta visión, Thomas Macaulay, fue uno de los que elaboró la teoría de la autoliquidación, la cual afirmaba, entre otras cosas, que una vez que los británicos hubieran compartido sus bienes morales y materiales con las antiguas sociedades oprimidas por la pobreza y la tiranía, y les hubieran enseñado a valerse por sí mismas en un justo juego democrático, los británicos harían sus maletas y volverían a casa.<sup>299</sup> Pero este sueño liberal estuvo muy lejos de ser consumado, por lo menos en vida de Macaulay y del grupo de intelectuales y políticos que sustentaban esta visión imperial.

Tanto Mill como Grote, que compartían esta lectura, necesitaban darle un marco histórico al imperio de las buenas intenciones y, para ello, resultaba particularmente útil y plástica la imagen de una Atenas democrática, que expandía la civilización, la cultura pero, sobre todo, la democracia por toda la cuenca del Mediterráneo. Así, la polis griega fungía como un ejemplo histórico ideal en todos los sentidos, un faro capaz de iluminar el camino que los británicos debían recorrer con su imperio. Desde este punto de vista, Gran Bretaña más allá de ser la legítima heredera de la democracia ateniense, tenía un rol histórico que cumplir. Se creía que el Imperio Británico era una fuerza del bien en el mundo,<sup>300</sup> y que todo su andamiaje colonial y militar se ocupaba, o se enfrentaba, solo contra déspotas y que, si alguna vez Gran Bretaña era derrotada, ello sería desastroso para la civilización, tal cual como, creían, había ocurrido más de dos mil años antes con Atenas.<sup>301</sup>

Pero ni el imperio equivocado de la época en que Mitford escribió su *The History of Greece*, ni el imperio de las buenas intenciones de la generación de Grote, distaban mucho uno del otro. Si el primero conquistó por medio de sus cañones y su flota lo que comercialmente ya había obtenido, el segundo lo subyugó bajo una administración colonial férrea que, en alguna medida, no era muy distinta a la de las otras potencias coloniales de la época, compartiendo en muchos casos, las mismas abominaciones. Uno de sus administradores coloniales, Charles Trevelyan, veía a la Gran Bretaña de la época como la nueva Roma, antes que la corrupción y el despotismo echaran raíces: una luz para las naciones.

Pero este renovador liberal con educación clásica, que era cuñado de Macaulay, y que había asistido al mismo colegio y había sido miembro del mismo partido político que George Grote, participó, del mismo modo, en la era de las grandes reformas y del gobierno de John Russell. Trevelyan impondría rígidamente, en este imperio políticamente correcto, las ideas liberales y democráticas, causando una de las sombras más trágicas que se asomaría sobre el Imperio Británico. Su visión clásica, la nueva Roma y la plenitud de virtudes que compartía con sus compañeros reformistas, acentuaron quizás su visión librecambista y capitalista del Imperio Británico durante la

---

<sup>299</sup> Schama, S., *A History of ...*, Op. Cit., p. 265.

<sup>300</sup> Varouxakis, G., *Liberty Abroad: J. S. Mill on International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013, p.144.

<sup>301</sup> Mill fue explícito este paralelismo entre Atenas e Inglaterra en su discurso de las Cámara de los Comunes del 5 de agosto de 1867.

era victoriana. Charles Trevelyan no es otra persona que el padre de la gran hambruna de Irlanda.<sup>302</sup>

Desde el círculo intelectual de Grote, principalmente de la pluma de Mill, se escribieron más de 40 artículos sobre la crisis, criticando a la economía irlandesa y los propietarios absentistas, y, tímidamente, haciendo referencia a las anteojeras con las que el gobierno británico aplicaba las leyes en un lugar tan distinto y tan cercano como Irlanda. A parte de estos artículos y críticas a la legislación vigente, no se hizo nada más.<sup>303</sup>

Parte integrante del Reino Unido desde 1801, sin Traveleyan, posiblemente no habría existido la gran emigración a los Estados Unidos, ni la Revuelta de Pascua, ni el Estado Libre de Irlanda. El mismo Mill afirmaba ya sobre la leche derramada en 1868 en su ensayo *England & Ireland*, que si continuaba la violencia agraria, la independencia de Irlanda sería algo inevitable,<sup>304</sup> por lo cual, podemos afirmar que había poca correlatividad entre la evolución de las ideas y su impacto en la política tal cual lo propiciaban Macaulay, Grote y Mill, y la espantosa realidad social que se vislumbraba en ese imperio con fecha de caducidad, que parecía ser tan incomprendido por las autoridades británicas, que junto al imperio equivocado, no era más que nada: el Imperio Británico en sí mismo.

## **La disolución del Imperio Británico y el fin del partido liberal**

Stafford Cripps había anunciado la disolución del Imperio Británico en 1941, pero esto era la consecuencia final de un proceso que se había iniciado décadas antes. Cripps, laborista, ex embajador en la URSS, y enviado especial para contener el descontento en la India durante la Segunda Guerra Mundial, era el miembro más radical del gabinete de guerra de Churchill. No solo era la punta de lanza para terminar con el Imperio equivocado, también lo haría con el Imperio de las buenas intenciones. El fin del imperio es el colofón de la disputa ideológica en Gran Bretaña, la cual trascendió más allá de la vida de ambos autores, Mitford y Grote. Los dos conceptos de orden público y control social continuaron siendo alternativas válidas durante más de 100 años.

Uno de los ejemplos más claros de esto, es lo sucedido en marzo de 1916, un año antes de que estallara la revolución en el Imperio Zarista. La clase obrera británica en su conjunto se movilizó por las calles de las principales ciudades industriales de la Gran Bretaña. En Tower Hill, Londres, una multitud de trabajadores se reunió para protestar contra algo casi sagrado en medio de la Primera Guerra Mundial: la conscripción. Los encendidos discursos del líder comunista Willie Gallacher llamaban a tomar las armas, pero no contra los alemanes, sino contra sus patrones, indicando que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. En la zona de astilleros del río Clyde, durante los mítines revolucionarios, la bandera roja acallaba los cantos patrióticos.<sup>305</sup> Este

---

<sup>302</sup> Schama, S., *A History of ...*, Op. Cit., p.301

<sup>303</sup> Zastoupil, L., *John Stuart Mill And India*, Stanford University Press, Stanford, 1994, p. 131.

<sup>304</sup> Zastoupil L., *Ibid*, p.184.

<sup>305</sup> Craig, M., *When Clyde ran red*, Mainsteam publishing, Londres, 2011. P. 14.

movimiento fue uno de los causantes de la salida de Lord Asquith del gobierno y el ascenso de David Lloyd George al rango de Primer Ministro. Durante la huelga revolucionaria, este último había tomado una de las decisiones más importantes con el objetivo de mantener intacta la capacidad infraestructural de movilización del Imperio Británico, que para aquellos años, luego de las carnicerías de Ypres y el Somme, estaba cayéndose a pedazos: “Si una inminente huelga parece inevitable, todas las concesiones pedidas deberán ser otorgadas” fue lo que sucintamente ordenó a los negociadores desde el gabinete de guerra.

Esta decisión, que sucedió un año antes de la Revolución Rusa, no puede sorprendernos en absoluto si tenemos en cuenta el origen ideológico e intelectual del, por entonces primer ministro británico, ya que Lloyd George era un benthamita perteneciente al ala más radical del partido liberal, quien había ingresado a un gabinete de coalición donde, entre otros, se encontraba el conservador Winston Churchill. Tanto Bentham, como Grote y Mill, veían al proceso democrático como algo irreversible, donde la participación popular, que se hallaba en pleno auge en Gran Bretaña, era clave para la conducción de un gobierno. Esta directiva del gabinete de guerra es, sin embargo, una decisión de coyuntura y no podemos decir que haya sido algo más que una política de control social en un momento álgido de la política británica.

Los liberales, de esta manera, acallaron la protesta que puso en vilo al gobierno británico y su continuidad en la guerra. A partir de ese momento, las agitadas aguas revolucionarias se calmaron en Gran Bretaña, los soldados en el frente le cambiaron la letra a la canción “*Onward, Christian Soldiers*” para reemplazarla por “*Lloyd George Knew My Father*”, quedando en claro, entonces, que esta política de control social, distaba mucho de la aplicada por los miembros conservadores del gabinete como Churchill, que, poco tiempo atrás, había apaleado a las sufragistas, tratándolas abiertamente como criminales. Durante el Gobierno de Lloyd George se apaciguaron las huelgas de Clyde y se “contuvo” al alzamiento de Pascua en Irlanda. Sin embargo, el asunto de la disolución del Imperio Británico nunca estuvo entre los principales temas de la agenda parlamentaria del gobierno liberal, algo que recién iba a suceder después de la Segunda Guerra Mundial, más por presión del gobierno norteamericano, que por genuino interés.

Con la disolución del imperio, también se desvanece el partido liberal, aún conocido por algunos como “whig”, que también perdió su aporte electoral y su participación en el Parlamento. Algunos de sus miembros migraron definitivamente hacia el partido conservador, otros, quedaron inmersos en un partido con un programa que iba más allá de la cosmovisión del Reino Unido, como lo es el partido laborista. El partido, y la ideología que había construido el Imperio desde la *Glorious Revolution* en adelante, desaparecían así del espectro político británico.

## Conclusión

No podemos afirmar que la era de las revoluciones haya sido el disparador de las *History of Greece* de Mitford y Grote, pero tampoco podemos negar el influjo que tuvo este periodo convulsionado de la historia sobre ambos autores. Las constantes referencias a una multitud ociosa que, por avatares de la política democrática de la Grecia antigua, quedaba a cargo de asuntos tan importantes como la gestión de justicia, la administración del Estado, pero, sobre todo, de la conducción política del Imperio Ateniense, será la obsesión de Mitford. Como hilo conductor, la misma va a estar presente a lo largo de toda su obra. Por el contrario, el devenir político de una Atenas burguesa, signada por una era de grandes transformaciones, va a ser la preocupación central del reformista victoriano, quien veía a la política británica de su tiempo como la continuación natural de la que, en los albores de la participación popular, había quedado trunca por el avance del despotismo encarnado en Filipo II y su hijo Alejandro. Su postura va a ser clara al respecto, puesto que se centrará en la falta de solidez de las instituciones democráticas de la antigua Grecia, que se mostraron incapaces de resistir dicho embate monárquico por no haber ampliado lo suficiente la participación y la libertad del pueblo.

Las obras de ambos autores encontrarán su lugar como herramientas políticas en sus respectivas épocas, convirtiéndose en producciones intelectuales de referencia para cada una de las facciones políticas representadas. La obra de Mitford, demeritoria para con la democracia, va a conseguir el suficiente respaldo político en un principio, pero no va a lograr consolidarse más allá de ser una obra de referencia para su facción política y del estrato social al que representaba. Esto no fue suficiente para erigir al autor como un sujeto competente en el campo, y convertirse en una autoridad con respecto a la historia griega antigua, y su política, para la sociedad británica de su tiempo. Las inmediatas críticas a su obra y el cambio en ciernes en la política británica de la *Regency*, así como la irrupción de un tipo de historia más ‘académica’ (calcada sobre el modelo alemán) lo impedirán. Por su parte, tanto Grote como su entorno sí van a lograr posicionarse como sujetos competentes y autoridades en el tema, ya que por más que su *A History of Greece* parece escrita a la medida de una respuesta a Mitford, trascenderá a la misma y se va a convertir en un referente de su generación y de las posteriores, sobre las cuales va a influir e incluso generará cambios políticos y culturales. No por nada, Grote, “el historiador de Grecia”, tal cual versa el epitafio escrito sobre su tumba, se convertirá en un evérgeta que promoverá las artes y las ciencias de su tiempo. Incluso, su defensa de los demagogos y de los sofistas atenienses, principales frentes de provocación intelectual y política abiertos de su obra, no serán elementos suficientes para convertirse en objetos de crítica que puedan llegar a restar mérito a una obra moderna y erudita que sigue siendo de consulta incluso en la actualidad.

A fines del siglo XVIII la historia como pensamiento ejemplar estaba en crisis. La experiencia de los antiguos no marca ya el horizonte de expectativas de los modernos y el modelo de la *historia magistra vitae* está siendo abandonado en favor del

historicismo.<sup>306</sup> Algunos de los rasgos de aquel modelo son claramente reconocibles en Mitford, y un poco más tenuemente en Grote, ya que las obras de ambos son productos distintos de una etapa intelectual de desarrollo de la conciencia histórica. Aunque escindidos por la experiencia histórica, por la distancia experiencia-presente, algunos eventos antiguos siguen siendo comparados con eventos modernos (aunque no directamente asociados). Ambos autores se encuentran cronológicamente e intelectualmente ubicados, por lo tanto, en un momento de *Sattelzeit* o bisagra entre dos formas de conceptualizar el pasado, tras el cual se modifica decisivamente el modo de comprender el tiempo.

La facción política que sustentó la empresa política e intelectual de Mitford y la de su hermano Lord Redesdale, va a ser una de las primeras víctimas del enfrentamiento *Court-Country* dentro del partido tory, dicotomía que el devenir político, pero más que todo el económico, van a dejar como obsoleta. Dicha facción antidemocrática va ir siendo relegada hasta quedar en franca minoría, mientras los tories se van a ir reconvirtiendo en un partido enfocado en algunos aspectos sociales, más por necesidades electorales de coyuntura, que por una real evolución ideológica. Se abandonaron así a las ideas de Mitford en el ostracismo, al transformarse el Partido Tory en el Partido Conservador durante la era victoriana. No va a suceder lo mismo con los whigs, que eran esencialmente un partido pro democrático. Todas las facciones de este se van a encontrar desde un principio dentro del potencial público de la obra de Grote, pero fue cuando el ala más conservadora se fusionó con el partido tory, durante el gobierno de William Pitt el Joven, que llegó a tener un peso similar dentro del partido que había sido un bastión para Mitford y su entorno, además de haber sido el principal objetivo intelectual de la obra. De esta manera, *A History of Greece* de Grote se va a transformar en un patrimonio intelectual, no solo del partido liberal y del movimiento renovador que modificará la manera de hacer política en Gran Bretaña, sino de toda su generación.

La época en la que ambos historiadores escribieron fue agitada y convulsa. El tema de la revolución revistió, por lo tanto, cierta importancia en sus indagaciones sobre el mundo griego antiguo, siempre con un ojo puesto en la política británica contemporánea. Ahora bien, la “revolución” como concepto es una construcción intelectual moderna. En la Antigüedad, no existe una idea equivalente, puesto que los conflictos están asociados más bien con la idea de rebelión o de revuelta, sin intervención de masas y sin objetivo de modificación drástica de la estructura social y política. El concepto de revolución moderno es más complejo, sobre todo, tras la Revolución Francesa, cuando un Estado con un aparato represivo e ideológico mejor conformado emerge. Estos rasgos no se advierten en los sucesos de la historia griega clásica que estudian Mitford y Grote, quienes, sin embargo, parecen obsesionados por el problema de la revolución y del cambio social, y por cómo prevenirlo o canalizarlo hacia un nuevo modelo político, conservador o liberal. Por ello, ambos efectúan lecturas modernas y reapropiaciones del mundo antiguo griego ancladas histórica y conceptualmente en sus respectivos presentes.

---

<sup>306</sup> Koselleck R. Futuro pasado..., Op. Cit., p. 77.

La expansión del mundo conocido, en la cual Gran Bretaña va a ser uno de sus principales protagonistas, va a poner en crisis el concepto de iterabilidad de la historia. Los procesos desde ese momento, van a comenzar a poseer una vía irreductible de cambio, algo que va quedar patentizado durante la Revolución Americana, y aunque autores como John Gillies continuarán intentando establecer conexiones con el pasado, la fisura entre “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”<sup>307</sup> se va a volver definitiva, sobre todo, después de la Revolución Francesa de 1789. Durante la misma, se intentó por última vez, de forma permanente, establecer nexos necesarios constantes con el pasado grecorromano como un modo de interpretar los hechos del presente.

El intento de defenestración de la democracia ateniense en la obra de Mitford, se va a ver truncada en cierta medida por este principio de quiebre de la visión ciceroniana de la *historia magistra vitae*, por aquella época, en Gran Bretaña. La historia ejemplar y repetible, que advertía con sus enseñanzas desde los albores de los tiempos, va a dejar de serlo en menos de una generación. La idea de progreso y evolución durante la era victoriana, va a influir decididamente en la visión que Grote va a tener del pasado, donde la Libertad, la Justicia y la Revolución misma, van a tener una concepción distinta, adecuada a una perspectiva burguesa y capitalista, en la que la “Revolución” será enmarcada en un proceso lineal de cambio irrepetible y sin posibilidad de retorno. Las “Revoluciones” para Mitford son, en cambio, una consecuencia natural de la democracia, del ejercicio del poder en manos de la multitud ociosa, la cual no se encuentra en condiciones de asumir la administración de asuntos tan importantes como la justicia, el gobierno y, por último, del imperio. Ello ya había fracasado en la Antigüedad y no había motivos para que no fracasara en la Modernidad, según su punto de vista. Además, las Revoluciones Americana y Francesa son para Mitford dos procesos distintos, pero que nacen de una misma matriz que es la intervención política de las masas (ociosas).

Ni para 1810, cuando Mitford publica su último tomo de *The History of Greece*, ni para 1829 cuando Lord Redesdale agrega su prefacio, se refieren a la Revolución Americana con ese nombre, ni siquiera se refieren a los Estados Unidos como tales, aún continúan refiriéndose a ellos como las “colonias americanas”. Pero sí lo hacen en el caso de la Revolución Francesa, a la que muestran como un hecho real y presente, además de erigirla como una verdadera amenaza. La “Revolución” para Grote, por el contrario, es un proceso único que se viene generando desde la Antigüedad, como la “Revolución de Clístenes” o procesos similares, que van a ser analizados de la misma manera que las revoluciones americana y francesa.<sup>308</sup> La revolución es ahora un fenómeno lineal, único e irrepetible, sacado definitivamente del baúl de los ejemplos morales, para transformarse en lo que Herder llama “tendencia generativa”, algo que va a condensar los atributos de unidad y productividad en un nuevo concepto de la temporalidad histórica.

Desde nuestra propia perspectiva temporal, nos es difícil calificar a Mitford como un anti demócrata puro, como una reliquia retrógrada de la facción más conservadora de

---

<sup>307</sup> Koselleck, R., *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 22.

<sup>308</sup> Grote, G., *A History of Greece...* Op. Cit., Vol. X, Harper & Bros, 1854, p. 356.

la *gentry* rural, de la misma manera que a Grote como un revolucionario puro, un radical dispuesto a derribar todas las barreras. Ambos autores, en sus correspondientes periodos de tiempo y, en consecuencia, con las ideas de cada uno, respondieron a las necesidades de cada una de las facciones del partido al que pertenecían. Si bien el periodo clásico de la historia de Grecia, que es al que ambos autores prestan una atención especial, es un periodo convulsionado de la historia, también lo es el periodo revolucionario moderno contemporáneo de los autores, algo que les condicionará para tener una visión sesgada de Grecia.

Para 1905, los estudios clásicos en Gran Bretaña se van a haber profesionalizado, y como afirmó Francis Cormfort,<sup>309</sup> cada generación va encontrar un campo fértil en ellos para estudiarlos desde sus propias perspectivas. El avance del historicismo va a abrir algunas puertas, como la investigación científica y el estudio académico de los clásicos; pero también va a comenzar a cerrar otras, como lo fue el uso abierto de la historia como herramienta política. La profesionalización de los estudios clásicos va a coincidir, de esta manera, con el fortalecimiento de la participación política de las masas, consolidándose un proceso que se había desarrollado a lo largo de todo el siglo XIX. Después de las reformas de 1832 y 1872, que fueron las principales estrategias políticas de control social efectivas en la Gran Bretaña y que, de alguna manera, sirvieron de dique de contención del proceso revolucionario continental, ni el partido tory va a ser el mismo, ni tampoco lo va a ser el whig. Ni sus nombres van a conservar. Podemos afirmar, por lo tanto, que ninguna de las dos facciones a las que pertenecen los autores en sus respectivos partidos sobrevivió intacta a este gran periodo de reformas. Sobre todo, la facción conservadora de Mitford, que, aunque subsistió en los pensamientos y las acciones de la *gentry* rural, no era ya la cara visible de su partido, mientras que Grote sí va a subyacer en la ideología del partido liberal, aunque el partido mismo no sobreviviera.

La profesionalización de los estudios clásicos en Gran Bretaña, pusieron, por fin, coto a la utilización política de la historia. El vínculo que hacía al Imperio Británico heredero directo de la tradición democrática griega, se fue, de esta manera, resquebrajando. Sin embargo, más allá de este tipo de análisis, nos queda rescatar a estos dos trabajos sobre la Grecia antigua, en un momento en el que sus autores se hallaban inmersos en una vorágine de cambios dentro del mundo intelectual, donde la historia *magistrae vitae* le daba paso inexorablemente al historicismo, sino también como fuentes, no solo de la época que relataban, sino de su propio tiempo.

## **Bibliografía:**

---

<sup>309</sup> Turner, F. M., “Antiquity in Victorian ...”, Op. Cit., p. 13.

- Arendt, H., *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 2013.
- Babington. D., “Gladstone and the Classics”, en Hardwick, L. y Stray, C., *A Companion to Classical Receptions*, Ed. Wiley-Blackwell, Hoboken, 2011.
- Barrera C. (Coord.) *Historia del Periodismo*, Ariel, Madrid, 2004.
- Bernal, M., *Atenea Negra*. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica, Editorial Crítica, Barcelona, Vol. 1, 1993.
- Black, J., (et al.) *British Literature: A Historical Overview, Vol. 1*, Broadview Press, Calgary, 2010.
- Bowden, H., *Alexander the Great: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2014.
- Briant, P., “Grote on Alexander the Great”, en Demetriou, K. N. (ed.), *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Reception*, Ed. Brill, Leiden, Boston.
- Briant, P., “Historia y Civilización del Mundo Aqueménida y el imperio de Alejandro” en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* (Filo UBA/Sitio del Instituto)
- Burwick, F., *The Encyclopedia of Romantic Literature: A - G., Vol. 1*, Willey Blackwell, New Jersey, 2012.
- Cartledge, P., “Grote’s Sparta/Sparta’s Grote, en *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.
- Cejudo Córdoba, R., *Ética de la Política en John Stuart Mill y George Grote*, Plaza y Valdez, México, 2015.
- Clark, W., *Academic Charisma and the Origins of Research University*, The University of Chicago Press, Chicago, 2006.
- Costa, R. y Mozejko, D., *El discurso como práctica*, Homo Sapiens, Rosario, 2001.
- Craig, M., *When Clyde ran red*, Mainsteam publishing, Londres, 2011.
- Demetriou, K. N., *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.
- Demetriou, K., *The Palgrave Macmillan John Stuart Mill A British Socrates*, Palgrave Macmillan, New York, 2013.
- Droysen, J. G., *Alejandro Magno*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998 (1833).
- Dupuy, R., “La République jacobine, Terreur, guerre et gouvernement révolutionnaire (1792-1794)”, Tomo II, en *Nouvelle histoire de la France contemporaine*, Ed. du Seuil, Paris, 2005.
- Dyson, S., *En busca del pasado clásico*, Ariel, Barcelona 2006.
- Farrand, M., (ed.) *The Records of the Federal Convention of 1787*, Junio 5, 1787, Yale University Press, N. Haven, 1966, vol. I.
- Findlay, A., y Markidou V., *Shakespeare and Greece*, Bloomsbury, Londres, 2017.
- Finley, M., “La Revolución en la Antigüedad” en *La Revolución en la Historia*, Ed Crítica, Barcelona, 1990.
- Fornis, C., “La Esparta ilustrada”, en *Quaderni di Storia N° 76*, 2012.
- Gallego J. “Siempre es la pesadilla. Las reformas de Efiltes y el derrotero de la democracia radical ateniense” en *Dialéctica Histórica y Compromiso Social, Homenaje*

*a Domingo Placido Vol. 1*, Fornis, C., Gallego, J., López Barja, P., Valdés, M., (Eds) Pórtico, Zaragoza, 2010.

Gonzalez, M., “La Fuerza de las Ideas”, en Wollstonecraft M, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Istmo, Madrid, 2005.

Grafton, A., *Los Orígenes Trágicos de la Erudición*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 1998.

Griewank, K., *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff*, Suhrkamp, Böhlau, Frankfurt am Main, 1973.

Hobsbawm E, J., *La era de la Revolución*, Crítica, Barcelona, 1997.

Hobsbawm E. J., *Industry and Empire*, Harmondsworth, Penguin Books, Londres, 1990.

Hobsbawm, E. J., “La Revolución” en Porter R. y Teich, M., *La revolución en la historia*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990.

Kierstead, J., “Grote’s Athens: The Character of Democracy”, en Demetriou, K., *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.

Kinzer, B., “George Grote: The Philosophic Radical and Politician”, en *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.

Klíma, A. “La Revolución Burguesa de 1848-49 en Europa Central”, en Porter, R. y Teich, M., *La revolución en la historia*, Ed Crítica, Barcelona, 1990.

Koselleck, R., *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona, 1977.

Koselleck, R., *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001.

Langdorf, P., *The Eighteenth Century: 1688-1815*, Oxford University Press, Oxford, 2002.

Levine, J., *The Battle of the Books. History and Literature in the Augustan Age*, Cornell University Press, Ithaca-Londres, 1994 (1991).

Lianeri, A., “The Persian Wars as the ‘Origin’ of Historiography: Ancient and Modern Orientalism in George Grote’s History of Greece” en *Cultural Responses to the Persian Wars. Antiquity to the third Millenium*, Bridges, E., Hall, E., Rhodes, P. J. (Ed).

Lianeri, A., “Unfounding times: The idea and ideal of ancient history in Western historical thought” en Lianeri, A. (ed.), *The Western Time of Ancient History. Historiographical Encounters with the Greek and Roman Pasts*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

Liddel, P., “The Comparative Approach in Grote’s History of Greece” en Demetriou, K. N., *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.

Loizides, A., “James Mill and George Grote: A Benthamite Defence of “Theoric Reform” en *Brill’s Companion to George Grote and the Classical Tradition*, Brill, Leiden-Boston, 2014.

Loizides, A., *John Stuart Mill’s Platonic Heritage: Happiness through Character*, Lexington Books, Plymouth, 2013.

Loraux, N., *La ciudad dividida, el olvido en la memoria de Atenas*, Ed Katz, Buenos Aires, 2008.

Loroux, N., *La guerra civil en Atenas La política entre la sombra y la utopía*, Ed Akal, Madrid, 2005.

Martinez Lacy, R., *Rebeliones Populares en la Grecia Helenística*, UNAM, México, 1995.

Martínez Maza, C., “Democracia ateniense vs. revolución americana: el rechazo al paradigma clásico”, en *Potestas*, Revista del Grupo Europeo de Investigación Histórica, No 3.

Meiksins Wood, E., “La polis y el ciudadano campesino”, en Gellego, J., en *El mundo rural en la Grecia antigua*, Akal, Madrid, 2003.

Momigliano, A., *George Grote and the Study of Greek History*, University Press, Londres, 1952.

Moreno Leoni, A., “Alejandro Magno como ‘conquistador-civilizador’: La lectura ilustrada de Flavio Arriano y Plutarco entre los siglos XVIII-XIX” , en J. Espino Martín y G. Cavalletti (eds.), *Recepción y modernidad en el siglo XVIII. La antigüedad clásica en la configuración del pensamiento ilustrado*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2016.

Mori, J., *Britain in the Age of the French Revolution: 1785-1820*, Routledge, Londres, 2014.

Murray, O., “The Western Futures of Ancient History” , en Lianeri A. (ed.), *Knowing Future Time in and through Greek Historiography*, Walter de Gruyter, Berlín, 2016.

Nippel, W., *Ancient and Modern Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York, 2016.

Paíaro, D., “Entre el ‘gobierno de la muchedumbre’ y la ‘dictadura del proletariado’. La historiografía de la democracia ateniense frente al espejo de la revolución”, en Moreno Leoni, A. y Moreno, A. (eds.), *Historiografía moderna y mundo antiguo (1850-1970)*, La Tinta Libre, Córdoba, 2018.

Paíaro, D., *Las paradojas de la democracia. Igualdades y asimetrías en la Atenas clásica*, Universidad de Buenos Aires, Tesis Doctoral, Buenos Aires, 2011.

Parker, R., *British Prime Ministers*, Amberly Publishing, Gloucester, 2012.

Payen, P., *Conquête et influences culturelles. Écrire l'histoire de l'époque hellénistique au XIXe siècle (Allemagne, Angleterre, France)* , DHA 34 (1), 2008.

Plácido, D., “Nacionalismo, imperialismo y democracia: la Historia de Grecia de George Grote”, en *Revista de Occidente* N° 152, 1994.

Polanyi, K., *La gran Transformación*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

Pomeroy, S., Burstein, S., Donlan, W., Tolbert Roberts J., *La Antigua Grecia, historia política, social y cultural*, Crítica, Barcelona, 2001.

Porter R. y Teich, M., *La revolución en la historia*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990.

Querol Sanz, J. M., *La imagen de la Antigüedad en tiempos de la Revolución Francesa*, Ediciones Trea, Gijón, 2015.

Quinault, R. "Winston Churchill and Gibbon," en *Edward Gibbon and Empire*, eds. R. McKitterick and R. Quinault, Cambridge, 1997.

Rengakos A y Tsakmakis A, *Brill's Companion to Thucydides*, Brill, Leiden, 2006.

Rowland, K.M. (ed.) *The Life and Correspondance of George Mason*, Russell and Russell, N. York, 1964, vol. I.

Rudé, G., *Ideology and Popular Protest*, The University of north Carolina Press, 1980.

Rude, G., *La Multitud en la Historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1750-1848*, Siglo XXI, Madrid, 1971.

Sancho Rocher. L., “La Historia de Grecia de George Grote y la Atenas de los Liberales”, en Sancho Rocher. L (Coord.), *La antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2015.

Schama, S., *A History of Britain*, The Bodley Head, Londres, 2009.

Spencer, J. A., *Historia de los Estados Unidos, Tomo II*, Ed Rafael Jover y C, Santiago de Chile, 1873.

Taylor, A., *American Colonies: The Settling of North America*, Penguin Books, Londres, 2002.

Thompson., E. P. *The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century*, en Past & Present, Oxford University Press, Oxford, 1971.

Thompson E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing Libros S.L., Madrid, 1963.

Tolbert Roberts, J., *Athens on Trial. The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

Turner, F. M., *Antiquity in Victorian Contexts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

Turner, F. M., *The Greek Heritage in Victorian Britain*, Yale University Press, New Haven, 1984.

Urbinati, N., *Mill on Democracy: From the Athenian Polis to Representative Government*, The University of Chicago Press, Chicago, 2002.

Varouxakis, G., *Liberty Abroad: J. S. Mill on International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2013.

Vidal-Naquet, P., *La Democracia Griega, Una Nueva Visión, Ensayos de Historiografía Nueva y Moderna*, Akal Universitaria, Madrid, 1990.

Vlassopoulos, K., “Imperial Encounters Discourses on Empire and the Uses of Ancient History during the Eighteenth Century”, en R. Lane Fox, Hans-Joachim Gehrke, Nino Luragi (eds.), *Intentional History, Spinning Time in Ancient Greece*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2010.

Will, E., *El mundo griego y el Oriente I*, Vol.1, Akal, Madrid, 1997.

Wood, G. S, *The American Revolution: A History*. New York, Modern Library, Nueva York, 2002.

Zastoupil, L., *John Stuart Mill And India*, Stanford University Press, Stanford, 1994.

Zimmern, A., *The Greek Commonwealth*, Random House, Nueva York, 1956.

## Fuentes:

Adams, J., “Thoughts on Government”, 1776 en *The political writings of John Adams*: Peck G.A, Ed Hackett Publishing, Cambridge.

Additional Letters of John Stuart Mill, Marion Filipiuk, Michael Laine, John M. Robson editors, University of Toronto Press, Toronto and Buffalo, 1991.

Burke, E., *Speech on Conciliation with America*, Cosimo Classics, Nueva York, 2015.

Burke, J., *A Genealogical and Heraldic History of the Commoners of Great Britain and Ireland, vol. II*, Ed. Henry Colburn, Edimburgo, 1886.

Clinton, H. F., *Fast Hellenici, vol. I, II y III*, Oxford at the Clarendon Press, 1824.

Critical Review, vol. 58, Hamilton A., 1784.

Doomsday Book. (Versión en inglés moderno) Ed. John Nichols, Bell Yard Temple Bar, Londres, 1788.

English Review, Vol. V, 1785, Murray, Londres.

Franklin, B., “Reply to Coffee-Orators”, 9 de abril 1767: en J. A. L. Le May: *The Writings of Benjamin Franklin*, Library of America, Nueva York, 1987.

Gibbon to Lord Sheffield, 5 de febrero 1791 en *Letters*, ed J. E. Norton, Londres, 1956, Vol. III.

Gibbon, E., *The Autobiography and Correspondence of Edward Gibbon, the Historian*, Alex Murray & Son, Londres, 1869.

Gillies, J., *The History of Ancient Greece*, 2 vols., Dublin, 1786, vol. 1, p. iii: Stenhouse, W., “Early Modern Greek Histories and Republican Political Thought”, en W. Velema y A. Weststeijn (eds.), *Ancient Models in the Early Modern Republican Imagination*, Brill, Leiden-Boston, 2017.

Grote, G., *A History of Greece*, John Murray, Harper & Brothers, Nueva York, Londres, (1846-1856).

Grote, H., *The Personal Life of George Grote*, John Murray, Londres, 1873.

Hamilton, A., Madison, J., Jay, J., *The federalist Papers*, Oxford University Press, Oxford, 1787-2008.

Keats, J., *Ode on a Grecian Urn and Other Poems*, Kessinger Publishing, Whitefish. 2013.

Mill, J. S., *Autobiography*, The Floating Press 2009.

Mitford, J. F., “Brief Memoire of the author”, en Mitford, W., *The History of Greece*, T. Cadell, Strand; and W. Blackwood and Sons, Edinburgh. 1829

Mitford, W., *The History of Greece*, T. Cladell, Londres. (1784-1810)

Monthly Review, or Literary Journal Julio Diciembre 1785, Grifith, Londres 1786.

Muller, K. O., *The History and Antiquities of the Doric Race*, John Murray, 1839.

Paine, T., *Common Sense*, Gutemberg Org, 1776.

Paine, T., *Los derechos del hombre*, 1799.

Rigby, E., *Mrs Grote. A Sketch*, John Murray, Londres, 1880.

Shelley, P., B., *Hellas*, Charles and James Ollier, Vere Street, Londres. 2017.

Shilleto, R., *Thycydides or Grote?* John Deighton, Londres. 1851

Supplement to the Penny Cyclopaedia of the Society for the diffusion of useful knowledge, vol. II, Ed. Charles Knight, London, 1846.